

Los problemas, la presencia de Dios y la oración

**Conozca el gozo de una vida
cristiana exitosa**

C. MICHAEL WELLS



Abiding Life
Ministries International

Library of Congress Cataloging-in-Publication Data

Wells, Michael, 1952-

Problems, God's presence, and prayer: experience the joy of a successful Christian life/Michael Wells; foreword by Sam Jones.

p. cm.

ISBN 0-9670843-8-5

1. Christian life--1960- 2. Presence of God. I. Title.

BV4501.2.W41818 1993

248.4--dc20

93-31241

Publicado por Abiding Life Press

una división de Abiding Life Ministries International

P.O. Box 620998, Littleton, CO 80162

© 2009 por Michael Wells

Originalmente publicado en inglés con el título:

Problems, God's Presence, and Prayer por Abiding Life Press

Littleton, Colorado

Traductor: Ariel E. Ericson

Editor de la versión en español: Raimundo J. Ericson

Las citas bíblicas, salvo cuando se indica otra fuente, están tomadas de la Versión Reina-Valera, revisión de 1960, © Sociedades Bíblicas en América Latina.

Abreviaturas de otras versiones utilizadas:

BA, *Biblia de las Américas*

BJ, *Biblia de Jerusalén*

DHH, *Dios Habla Hoy*

NVI, *Nueva Versión Internacional*

TLA, *Texto en Lenguaje Actual*

VHA, *Versión Hispano Americana*

Revisión 2018

Dedico este libro al Dios de los débiles

CONTENIDO

PRÓLOGO	7
INTRODUCCIÓN	9

PRIMERA PARTE **Los problemas tienen un propósito**

<i>CAPÍTULO 1</i>	
¿Es normal tener problemas?	11
<i>CAPÍTULO 2</i>	
Es necesario que los creyentes tengan problemas	17
Los problemas tienen un propósito	17
Los problemas nos hacen receptores	19
Los problemas nos preparan para servir a Dios	21
Los problemas edifican nuestra fe	23
<i>CAPÍTULO 3</i>	
El embudo de Dios	27
El rechazo del embudo	28
La rendición al embudo	30
La escuela de formación de Dios	32

SEGUNDA PARTE **Obstáculos en el camino angosto**

<i>CAPÍTULO 4</i>	
Los temores	35
El temor al rechazo	35
El temor a la rendición total	36
El temor a ser una esponja	38
El temor a la debilidad	40
El temor en sí	42
<i>CAPÍTULO 5</i>	
Las definiciones equivocadas	45
Las prioridades mal ordenadas	51
La voluntad no conocida de Dios	52
Los tiempos de sequía	54
El síndrome de los resultados inmediatos	55

CAPÍTULO 6

Autogratificación y autoconmiseración	59
La pasividad	59
El perjuicio de vivir en el pasado	60
La amargura: Un obstáculo para los casados	62
El peligro de usurpar la función de Dios	67
La desobediencia	68
La obsesión con el pecado	72

TERCERA PARTE

La vida en la presencia de Dios

CAPÍTULO 7

El gozo de Su presencia	73
La presencia interior	75

CAPÍTULO 8

La oración en Su presencia	79
¿Qué es la oración?	79
La importancia de prestar atención a la voz de Dios	80

CAPÍTULO 9

La participación en Su victoria	85
El sentido de la libertad	86
Libertad del temor de ser como la mayoría	87
Victoria sobre el linaje familiar	89
Libertad de la vida agitada	91
Victoria sobre la amargura	92
Libertad de las normas del rebaño	93
Victoria sobre la necesidad de “apropiarnos” de las cosas de Dios	94
Victoria sobre el mundo del dolor	95
Victoria sobre lo insignificante	96
Victoria sobre el aislamiento	97
Victoria sobre el enemigo	99
La vida sencilla	100

PASAJES BÍBLICOS CITADOS

Antiguo Testamento	101
Nuevo Testamento	102 - 103

PRÓLOGO

Cuando mi amigo Michael Wells me envió el manuscrito de este libro con una nota preguntándome si podía escribir el prefacio, yo acababa de completar la lectura de su libro anterior: *Perdido en el desierto*.

Muchos cristianos han sido engañados por la idea que si tan solo dejan de pensar en el diablo, este se irá y no les causará ninguna molestia. Yo mismo creí esta teoría por mucho tiempo, hasta que comprendí que Satanás está empeñado en atrapar a los cristianos en toda manera posible. *Los problemas, la presencia de Dios y la oración* es un libro que puede ayudar a quienes han adoptado esta falsa teoría.

El mensaje de este libro es claro y profundo: Atención cristiano, el diablo está tras usted; quiere verlo derrotado y destronado de los lugares celestiales en Cristo Jesús en los cuales Dios lo ha colocado por Su gracia... y cuando esto sucede, usted no puede escudarse detrás de una teología de la seguridad eterna, pero sí puede ampararse detrás de 1 Juan 1.9: “Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados, y limpiarnos de toda maldad”. Mike Wells ha llevado este mensaje por todo el mundo, personalmente y por medio de sus escritos.

Mike es una persona especial cuyo método de comunicación cristiana es singular. Se trata de un método en favor del cual misionólogos y teólogos han abogado en sus libros y salones de clase, un método que misioneros en el extranjero han intentado implementar durante muchos años, pero al que no se han podido entregar sin reservas. Se trata de un método que puede revolucionar las misiones de hoy y llevarlas nuevamente al estilo original de Jesús de Nazaret. Se denomina *amistad*.

¡Qué maravillosa y sagrada herramienta es la amistad para el evangelismo, y cuán valiosa es la manera en que Michael Wells la ha personificado a través de su vida y ministerio, cultivando amistades sencillas y genuinas!

Mike ha logrado llegar a eruditos religiosos, jóvenes rebeldes, alcohólicos y agnósticos por igual con la capacidad que Dios le ha dado para ver el potencial que se encuentra detrás del antagonismo hacia la fe cristiana y para reconocer el valor de un alma que necesita a Cristo. Lo he visto dejar de lado la tentación y la ambición de alcanzar notoriedad; es un siervo y un amigo, no un paternalista. No tiene un representante que lo presente diciendo: “Señoras y señores, con usteeedeess... ¡Mike!”.

El culto al éxito, característico de nuestro tiempo, ha engañado a numerosos cristianos. Muchos no se dan cuenta de las complejidades de la obra del enemigo entre ellos, quizá porque imaginan que el diablo actúa en los bares y callejones oscuros pero no en lugares muy prolijos como iglesias y organizaciones cristianas. ¡Cuán equivocados hemos estado! Si evaluáramos a Jesús y Su ministerio terrenal según las pautas del éxito que maneja el mundo, ¡podría decirse que fue un colosal fracaso y un desperdicio total! ¿Quién hubiera creído que una ejecución vergonzosa en una cruz romana, mientras amigos y familiares observaban impotentes, era un éxito? Pero Dios estaba obrando precisamente allí, implementando la victoria definitiva sobre el plan del diablo, mientras el mundo se mofaba de Él.

Muchas voces reclaman nuestra atención, instándonos a escribir o tomar el teléfono para obtener la tarjeta de crédito que nos permitirá un rápido acceso al éxito. Aun algunos cristianos con gran capacidad para persuadir utilizan esta técnica para alcanzar sus metas de éxito y hacerse un nombre. “Notoriedad”, es la palabra clave. “Alcanzar el mundo para Cristo”, es la excusa. Todo en el nombre de Jesús, para quien la notoriedad significó ser clavado en una cruz.

¡Cómo aprovechan esto el diablo y sus ángeles –sí, dije *ángeles*– para desviar a los cristianos! *Los problemas, la presencia de Dios y la oración* analiza esta paradoja del éxito y nos muestra lo que significa ser verdaderamente exitosos. Este libro ayuda al lector a examinar los sitios más recónditos de su corazón en forma honesta, con discernimiento psicológico y autoridad bíblica.

Durante mi ministerio en la Asociación Evangelística Billy Graham tuve el privilegio de conocer a muchos genuinos siervos de Dios de todo el mundo. Mike Wells es uno de ellos. Lo conocí a comienzos de la década de 1980, en una visita que hice a Denver para una reunión especial, representando a Billy Graham y las Conferencias Mundiales de Ámsterdam. Durante un encuentro no programado con Mike, me sorprendí de su comprensión de las Escrituras, como así también de su conocimiento de la naturaleza humana y los intentos del diablo por desalentar a los cristianos. Nuestro amor y respeto mutuos crecieron durante estos muchos años como resultado de nuestra colaboración ministerial y de los intereses y amistades que tenemos en común.

¿Es usted un cristiano desalentado, amenazado por el enemigo y necesitado de ayuda? ¿Está ofendido o enojado por alguna relación rota? ¿Desea ser completamente libre de la esclavitud bajo la cual el enemigo probablemente haya puesto su vida? ¿Desea experimentar el gozo de una vida cristiana exitosa? Si esto es lo que desea, le recomiendo leer *Los problemas, la presencia de Dios y la oración*.

Dr. V. Samuel Jones
Asociación Evangelística Billy Graham

INTRODUCCIÓN

Antes de creer en Cristo, no me sorprendían desmedidamente las circunstancias caóticas de mi existencia. Me parecía que así era la vida. A todos los que estaban a mi alrededor les sucedía lo mismo. Sin embargo, recibí un mensaje de esperanza de la boca de unos amigos cristianos. Me dijeron que la causa de mi turbación era muy sencilla: “No conoces a Cristo; por lo tanto, eres como alguien que insiste en nadar contra una corriente que lo arrastra sin misericordia”. La solución era igualmente sencilla: “Invita a Cristo a entrar en tu corazón y tendrás una vida abundante, libre de preocupaciones, de temores y hasta de calamidades”. Quienes me testificaron del amor de Jesús y Su poder salvador dejaron bien claro que una vez que aceptara a Cristo en mi corazón me vería libre de la vida vacía y conflictiva que llevaba.

Esto ocurrió hace muchos años y, honestamente, mi vida ha mejorado mucho desde que soy cristiano. Sin embargo, no estuve antes ni estoy al presente, libre de confusión, desaliento, momentos de soledad y aun de tragedias. En pocas palabras, sigo sufriendo aflicción. He aprendido también, que no soy el único que se encuentra en esta condición. A menudo ministro a creyentes que están pasando por una situación de caos familiar, que están atados por pecados que pensaban que habían abandonado hace mucho tiempo, que sufren terribles presiones financieras, que están considerando la posibilidad del divorcio o que sienten que no pueden encontrar a Dios. Su vida, según ellos, es todo menos abundante.

¿Cómo es posible que un creyente llegue a encontrarse en situaciones como estas? ¿Qué podemos decir a su favor? Se supone que nada así debería sucederle a quien desea seguir a Dios con todo su corazón, ¿verdad? Si hemos aceptado a Jesús como nuestra vida, ¿cómo puede ser que ocurra todo esto? ¿Existe la posibilidad que de estas dificultades resulte algo bueno? ¿Hay alguna manera razonable de explicar nuestros frecuentes altibajos y el hecho de estar bien hoy y abrumado mañana? ¿Podrá ser que, de alguna manera, la mano de Dios esté detrás de todas nuestras experiencias difíciles y desconcertantes? Si tan solo pudiésemos tener la seguridad que Dios está presente en nuestras decepciones como parte de Su plan y que no estamos meramente controlados por las circunstancias del mundo, entonces quizá podríamos sentirnos alentados en medio de nuestros problemas.

La promesa es que todos *podemos* sentirnos alentados, ¡que existe un propósito celestial para todos nuestros problemas! Al descubrir la maravilla, la sabiduría y la sencillez de esta realidad, nos alegraremos de que Dios nos haya bendecido con problemas. Hay un final divino planeado para cada dificultad. Cuando este se cumple, aprendemos a valorar aquellos momentos en los cuales las esperanzas se hacen añicos y las frustraciones parecen ser una constante.

PRIMERA PARTE

Los problemas tienen un propósito

CAPÍTULO 1

¿Es normal tener problemas?

¿Cuál es la vida cristiana *normal*? ¿Es una vida que incluye luchas, problemas y sucesos que parecieran querer robarnos el gozo que se nos dice se halla en Cristo?

¿Es normal tener problemas relacionados con deseos tan naturales como la comida o la sexualidad, o luchar con pensamientos descontrolados o la falta de disciplina? ¿Es normal sentirnos abrumados por crisis emocionales, heridas del pasado, recuerdos de nuestros fracasos, sentimientos de inferioridad e inseguridad, y aun por el temor a ser rechazados por Dios? ¿No es habitual luchar con las finanzas, la salud, un insoportable compañero de trabajo, cónyuge o padre? Estas preguntas resultan desconcertantes por dos razones fundamentales. En primer lugar, debido a que por lo general luchábamos con estas cosas antes de conocer a Cristo, ¿y quién hubiera imaginado una lucha similar después de estar en Él? En segundo lugar, porque muchos autores, conferencistas y líderes cristianos han dado a entender que experiencias de este tipo no forman parte de la vida cristiana normal sino que, por el contrario, revelan las deficiencias de una fe imperfecta.

Mientras tratamos de comprender las deficiencias de nuestra vida, es probable que lleguen a nosotros los testimonios de creyentes victoriosos que rara vez mencionan experiencias tristes sufridas luego de su conversión. ¡La vida de estos creyentes parece haber sido generalmente una de victoria, alabanza y gran poder para superar cualquier situación! De modo que muchos de nosotros, con el paso del tiempo, terminamos aceptando el hecho que somos creyentes muy anormales: débiles, con una fe inadecuada y faltos de capacidad, inteligencia y disciplina para vivir la vida victoriosa que nos liberaría de los problemas. Luego nos damos por vencidos o comenzamos a buscar el método que nos permita vivir una vida de victoria completa tal como la definen las experiencias de ciertos hermanos.

Sin embargo, quienes tienen problemas deben cobrar aliento, pues lo que he descubierto en el transcurso de mi vida con Cristo y al interactuar con Su pueblo es, precisamente, que los problemas son un elemento natural de la vida del creyente. La vida cristiana normal no está libre de luchas ni de fracasos; tampoco es una vida de constantes experiencias emocionales. Está llena de adversidad; pero adversidad con un propósito.

El apóstol Pablo dice en 1 Corintios 4.9-13:

Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres. Nosotros somos insensatos por amor de Cristo, [...] débiles, [...] y] despreciados. Hasta esta hora padecemos hambre, tenemos sed, estamos desnudos, somos abofeteados, y no tenemos morada fija. Nos fatigamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos.

Este no es un pasaje popular entre los que promueven un evangelio de prosperidad, pero Pablo repite su enseñanza al escribir nuevamente a los corintios: “Estamos atribulados en todo, mas no angustiados; en apuros, mas no desesperados; perseguidos, mas no desamparados; derribados, pero no destruidos; llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, [...]” (2 Corintios 4.8-10).

¿En qué consiste, entonces, la vida cristiana normal? A menudo será una vida llena de dificultades. Una vez que comprendemos que las adversidades sufridas en relación con sucesos, personas, salud y circunstancias tienen un propósito en nuestra vida, podemos dejarnos conducir por la mano de Dios presente en ellas. ¡Los problemas son algo normal!

Muchas veces, las molestias y el desasosiego que sufren los cristianos no se deben tanto a los problemas en sí sino a su continuo autoexamen. Se preguntan qué están haciendo mal para que Dios permita que sucedan tales cosas. La Biblia está repleta de inferencias en cuanto a que los cristianos sufriremos; sin embargo, hoy día, este aspecto de la vida cristiana “normal” a menudo se pasa por alto, lo que impide a muchos reemplazar su desaliento con aliento y esperanza.

Permítame citar un ejemplo. Cuando mi esposa y yo esperábamos nuestro primer hijo, asistimos a un curso en el cual aprendimos lo que ella y yo experimentaríamos durante el proceso del nacimiento, los términos que utilizaría el doctor y la manera en que mi esposa podría manejar más efectivamente el dolor por medio de una serie de ejercicios respiratorios. La noche en que nació nuestro bebé el hospital estaba lleno de pacientes, de manera que solo una cortina de tela nos separaba de otra joven madre que también estaba allí para dar a luz. Al avanzar en la experiencia, mi esposa utilizó las técnicas de respiración aprendidas y ambos escuchamos atentamente cada palabra del doctor y la enfermera. Ella dirá que toda la preparación realizada no la libró del dolor, pero el estar familiarizados con lo que probablemente ocurriría tuvo un efecto tranquilizador en nosotros. Por otra parte, la otra joven madre gritó sin parar durante toda la difícil experiencia del parto, pues nadie le había dicho lo que debía esperar. Lo que para nosotros era normal, ella creía que le estaba haciendo daño.

Todo creyente en crecimiento está continuamente dando a luz una vida espiritual más profunda. Quienes comprenden el lugar del dolor descansarán, pues saben que el resultado será algo glorioso. Quienes no saben que los problemas son necesarios para perfeccionarlos, a menudo pasan por la vida gritando de dolor, preguntándose qué está ocurriendo y quejándose de la persona o las personas que los llevaron a esa situación. Carecen de toda expectativa gozosa por lo que vendrá como resultado una vez que el dolor haya terminado.

Mucho es lo que se ha dicho en círculos cristianos acerca de llevar fruto. Muchos desean sinceramente llevar fruto como muestra de que pertenecen al Padre celestial. Sin embargo, existe un aspecto de llevar fruto que a menudo se pasa por alto: puede causar mucha molestia y aun dolor.

Tengo un manzano en el jardín de mi casa. En este año que pasó, el clima en nuestra región fue excepcionalmente favorable para los árboles frutales. Mi manzano se cargó con tanta fruta que, si yo no hubiera colocado soportes debajo de las ramas que estaban a punto de quebrarse, el árbol habría sufrido un severo daño. El manzano sufrió para llevar fruto útil a otros. Casi muere para dar vida. El fruto espiritual no es para nuestro beneficio sino para beneficio de quienes nos rodean. Al igual que el árbol, cuanto más fruto llevamos, más el Señor puede llegar a mantenernos bajo presión.

El dolor es normal para el creyente que lleva fruto; y también lo es el período de invierno que llega poco después de la estación de la fructificación. Durante el invierno es como si el árbol no tuviera vida. Su fuerza vital está oculta de la vista en lo más profundo del ser del árbol: sus raíces. Allí permanecerá por varios meses, fortaleciéndose para lo que se revelará en la primavera siguiente.

Pocos son los creyentes que han aprendido a disfrutar el invierno, cuando no hay sentimientos, ni fruto, ni grandes expresiones de vida, sino más bien la obra silenciosa y oculta de Dios en lo más profundo del ser del hombre: ¡su espíritu! El invierno es normal. Los tiempos dolorosos son normales. Los tiempos secos son normales. La adversidad es normal. Todo esto es necesario para liberar la vida escondida en el interior del creyente: la vida de Cristo.

Cuando nos entregamos a la vida cristiana normal y vemos, en medio de los problemas, la mano de Dios capacitándonos, guiándonos y liberando la vida de Cristo, aprendemos algunos de los secretos más profundos que al ser humano le es dado conocer. Mucho de lo que nunca podríamos comprender leyendo sobre la vida de grandes creyentes como Pablo se hará real por medio de nuestra propia experiencia.

Para mí era imposible entender las palabras de Pablo: “Nos maldicen, y bendecimos”. Era algo que había memorizado, de modo que mi mente lo poseía, pero la verdad nunca había realizado el viaje de cuarenta y cinco centímetros desde la mente al corazón hasta un día en que se presentó un problema. Yo estaba trabajando en otro país cuando recibí una llamada de mi esposa informándome que ya no esperara recibir una suma de dinero que un amigo me debía. ¡Nunca! Este hombre se negaba a darme lo que era mío. Yo había comenzado mi viaje confiado que, en mi ausencia, ese dinero permitiría a mi esposa pagar la casa, comprar provisiones y hacer frente a otros gastos. Mi confianza se basaba en la capacidad de mi amigo para devolverme lo que me debía. Al oír la preocupante noticia que no recibiría ese dinero, mi primera reacción fue de furia. ¿Cómo podía hacerme algo así? ¿Cómo se atrevía? ¿Quién se creía que era?

Al concluir la conversación con mi esposa comprendí que, a causa de mi enojo y preocupación por mi hogar, no podía ir a ministrar al grupo de creyentes que me esperaba. Me arrodillé y comencé a orar, contándole al Señor acerca de mi gran frustración. Su paz comenzó a descender lentamente. En Su luz pude ver la luz: La provisión diaria no dependía del hombre sino de Él. Dios era mi proveedor. ¡Qué pensamiento más glorioso! No necesitaba confiar en el hombre, quien es incierto. Podía confiar en Dios, que es fiel siempre. En ese momento fui libre de clamar por las riquezas de este mundo; el Hijo verdaderamente me había libertado. Mi respuesta al Señor fue decidir que liberaría de la

deuda al hombre cuando regresara a casa. Básicamente, le regalaría el dinero que me debía; ¡así era cómo me sentía libre de ese hombre!

Me puse de pie con mi corazón tan liviano como mi bolsillo (como dijera una vez Hudson Taylor), ahora preparado para hablar a los creyentes acerca de mi Dios, el Dios de toda provisión. Cuando entré al recinto de reunión, un hermano se acercó y puso en mi mano un cheque a favor del ministerio por diez veces el valor de lo que había perdido. ¡Vaya tasa de cambio! En ese momento fui testigo de una de las leyes más básicas del reino: “Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria” (2 Corintios 4.17). Es decir, estaba contemplando la gran disparidad en la tasa de cambio del reino de Dios, la cual siempre es absoluta (no relativa). Damos poco y recibimos mucho. Si este simple acto de autonegación podía producir tanto, ¿qué ocurriría si decidiera llevar la cruz y negarme a mí mismo, negar mi yo en todas las áreas que hacen a mi relación con los demás?

Cuando me fui a dormir aquella noche, mi corazón estaba lleno de gratitud por lo que antes había sido un problema. Le pedí al Señor que bendijera a este hermano que me había defraudado, pues por medio de él había venido esta bendición tan grande. A no ser por sus acciones, yo quizá nunca habría aprendido tan plenamente que Dios es mi proveedor, una lección que desde ese entonces me ha dado paz en medio de muchas adversidades. A medida que las palabras de bendición para este hermano salían de mi boca, comprendí que Cristo en mí había cumplido las palabras de Pablo: “Nos maldicen, y bendecimos”. En ese momento me sentí entusiasmado como nunca antes. Cuando un problema se presenta, Dios siempre obrará algo maravilloso en mí; por lo tanto, puedo bendecir a los que me maldicen.

Cierto día, al terminar de ministrar a una mujer que atravesaba dificultades en su matrimonio, le pedí que realizara una tarea. Aparentemente era algo pequeño y sencillo. Durante la siguiente semana debía besar a su esposo cada vez que él le dijera –o dijera de ella– algo negativo o hiriente. “¿No podría pedirme más bien que lea un libro?”, comentó ella con humor y perspicacia. La mujer sabía muy bien lo difícil que es llevar a cabo la tarea más pequeña que implique una negación de nuestro yo. Al regresar dos semanas más tarde, comenzó a relatar los cambios ocurridos y la nueva sensación de libertad que empezaba a disfrutar: libertad de la presión de tener que desempeñarse para dejar satisfechos a otros, libertad de los sentimientos de inferioridad y también de la ansiedad derivada de tratar de protegerse y afirmarse a sí misma. Pudimos observar fácilmente que el fruto producido por las dificultades con su esposo había sido mucho mayor que la tristeza y desazón causadas por el problema.

La vida cristiana normal es una vida de problemas; pero recordemos siempre que cada problema ha pasado antes por la mano de un Padre amoroso y que, antes de llegar a nosotros, ya llevaba un propósito intrínseco, expreso. Cuando se está en medio de la aflicción, por lo general no se alcanza a ver el propósito escondido, pero la persona experimentada en el sufrimiento sabe que será glorioso. Los problemas son la principal herramienta de Dios para llevarnos al fin de nuestros propios recursos e introducirnos en la profunda experiencia de conocer todas Sus riquezas.

Uno de los métodos más efectivos para domar un caballo es meterlo en un brete, montarlo y soltarlo en un ruedo de arena. Es interesante observar al caballo correr en círculos, luchar con la profundidad de la arena y quedar empapado de sudor hasta que

finalmente, cuando ya no puede dar un paso más, se rinde. Ahora el animal ya no se dirige a sí mismo sino que permite al jinete dictarle cada movimiento.

Lo mismo ocurre con el quebrantamiento en la vida del creyente. Llegamos a Cristo llenos de esfuerzo propio, terquedad y energías. No estamos dispuestos a entregarle las riendas al Espíritu Santo. Debemos ser colocados en situaciones muy similares a la arena profunda del ruedo (problemas, circunstancias adversas, tratar con personas), en las cuales cada intento por vernos libres solo produce un mayor agotamiento del alma. Finalmente nos rendimos, dispuestos a decir: “No puedo”; y entonces estamos listos para que el Espíritu Santo dicte cada uno de nuestros movimientos.

Allí es donde el alma –la mente, la voluntad y las emociones– el cuerpo y el mundo son separados del espíritu. Dios ha puesto *Su* vida en nuestro espíritu para hacerlo un cofre que contiene lo que los seres humanos necesitamos y deseamos: amor, seguridad, aceptación, paz y descanso. Sin embargo, estamos demasiado acostumbrados a recurrir a nosotros mismos y a otros en busca de esas riquezas. De modo que Dios permite que todo lo que no pertenece al reino del espíritu nos falle, separando así nuestro espíritu de todo lo demás, para que solo allí busquemos satisfacer nuestras necesidades más profundas. Fracasar es un proceso doloroso, pero el resultado será hombres y mujeres que conocen a Cristo y que no quieren realizar acción alguna que esté fuera del espíritu. Estos creyentes pueden vivir “por sobre” las cosas del mundo y no “de” ellas, ya no buscando que otros satisfagan sus necesidades sino estando llenos hasta rebalsar y capaces de dar de la abundancia del cofre de su espíritu.

A este proceso de quebrantamiento se lo ha llamado “la negra noche del alma”; avanzamos en la oscuridad, sin percibir la presencia del Señor y sintiéndonos insatisfechos con todo lo que existe fuera del espíritu. Aquí nos encontramos frente a frente con el hecho que, aunque nuestra boca proclama paz únicamente en Cristo, nuestro corazón ha procurado encontrar su contentamiento en “los deseos de la carne, los deseos de los ojos, y la vanagloria de la vida” (1 Juan 2.16). La comodidad –en lugar de la madurez y el encontrar nuestra realización en Dios– había sido nuestra meta en la vida, razón por la cual aceptamos solo lo positivo de la vida y desechamos todo lo negativo. El proceso de quebrantamiento nos llevará, finalmente, a mirar más allá de nuestra comodidad y a descubrir que todo lo que necesitamos en la vida es saber que Dios está sentado en Su trono.

Poco tiempo atrás, un amigo me contó que en cierta oportunidad había perdido varios millones de dólares. La economía había sufrido una fuerte caída en la región donde operaba y comenzó a perder un negocio tras otro. Esa misma crisis financiera estaba afectando también a varios de sus amigos. Decidió reunirse con uno de ellos y le preguntó cómo planeaba salvar su fortuna. El hombre le dijo que le debía al banco varios millones de dólares y que iría inmediatamente a declararse en bancarrota. Dijo que no intentaría retener nada sino que le informaría al banco que se retiraba de los negocios. Mi amigo estaba un tanto desconcertado frente a tal respuesta y preguntó si no sería mejor intentar resistir, trazar un plan y procurar salvar su imperio financiero. El que se declararía en bancarrota explicó sus razones para hacerlo: “Le debo al banco varios millones. Puedo trabajar para cancelar la deuda y cargar yo solo con toda la responsabilidad o declararme en bancarrota. Si hago esto último, el banco deberá reaccionar. Debido a que ha invertido demasiado en mí como para dejarme caer, ¡sentirá la obligación, la responsabilidad, el deseo y un evidente interés de continuar invirtiendo para impedir que me hunda

completamente!”. Pocos años después, a pesar de haber luchado para salvar su fortuna, mi amigo lo había perdido todo; pero el hombre que se había declarado en bancarrota se había convertido en multimillonario gracias a la ayuda del banco.

Al día siguiente salí a caminar por las montañas mientras meditaba sobre la conversación. Tenía sentido que el banco, habiendo invertido tanto, tuviera una muy buena razón para impedir que el millonario se hundiera. Mi siguiente pensamiento fue: *¿Cuánto ha invertido Dios en nosotros? Nada menos que a su propio Hijo, mucho más valioso que millones de dólares. Al invertir a su Hijo, ha invertido demasiado en cada uno de nosotros como para dejarnos sucumbir.*

Si tan solo declaramos nuestra bancarrota personal, dejamos de inventar soluciones y de esforzarnos por salir adelante con nuestras propias fuerzas, y recurrimos a Él, Dios completará lo que comenzó: “Estoy seguro de que Dios, que comenzó a hacer su buena obra en ustedes, la irá llevando a buen fin hasta el día en que Jesucristo regrese” (Filipenses 1.6, DHH). El hecho que Dios haya invertido en nosotros la vida de Su Hijo debe silenciar todo cuestionamiento que pudiera pasar por nuestra mente. ¿Ayudará Dios a mi familia? ¿Me ayudará financieramente? ¿Crecerá Cristo dentro de mí? ¿Seré, en algún momento, libre de mi pecado y fracaso? ¿Alguna vez sentiré a Dios cerca? Por supuesto que Dios nos ayudará; ha invertido demasiado en nosotros como para no hacerlo. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8.32).

CAPÍTULO 2

Es necesario que los creyentes tengan problemas

Los problemas tienen un propósito

“En mi angustia llamé al Señor”, dijo sabiamente David en Salmos 18.6 (DHH). Los problemas nos acercan a Dios. Tienen el propósito de llevarnos a la presencia del Padre. Una vez allí, el creyente abrumado comprende que no hay nada que la presencia de Dios no pueda sanar. Este es, al fin y al cabo, el propósito de Él para cada problema.

Cuando una persona toma un avión para regresar a casa desde una ciudad lejana, siente alivio y mucha expectativa, pues el avión representa el medio que lo llevará rápidamente junto a los que ama. Los problemas pueden compararse con el avión: constituyen el medio por el cual el cristiano es transportado a la presencia de Dios en el cielo. Al encontrar que Su presencia renueva y restaura, el creyente comenzará a agradecer por cada situación, suceso, persona y calamidad que lo empujen más cerca del Señor.

Hay quienes no están de acuerdo con la idea que Dios pueda tener algo que ver con nuestros problemas, señalando que son las personas y los sucesos los que causan aflicción; más aun, pueden culparse a sí mismos por algunos problemas, eliminando así el papel que Dios desempeña en su sufrimiento. Quienes afirman esto concluirán que son ellos quienes deben solucionar lo que no funciona. Este engaño deja al creyente luchando con sus propias fuerzas contra diversas situaciones, lejos de ese poder para vencer que Dios da sin medida a quienes viven en Su presencia. Muchos creyentes pasan toda su vida planeando la manera de vencer los problemas con sus propios recursos. Hacen un enorme esfuerzo por mejorar su situación, y aunque nunca pueden alcanzar completamente el éxito, logran aliviar la presión lo suficiente como para evitar que esta los lleve a la presencia de Dios, donde encontrarían la vida abundante que Él prometió.

Una vez que comprendemos que los problemas están diseñados específicamente para cada uno de nosotros con el propósito de llevarnos a la presencia de Dios, tendremos respuesta para el noventa por ciento de las preguntas relacionadas con el sufrimiento. Cuando ministro a una persona que me confiesa un pecado o debilidad que la domina, como por ejemplo, dificultades en su matrimonio, luchas en su trabajo, divisiones en su iglesia o diversos errores que ha cometido, inmediatamente me hago la pregunta: *Padre, ¿cómo usarás este problema para llevar a este hijo tuyo más cerca de ti?* Qué maravilloso secreto para poseer: conocer tanto el principio (el problema) como lo que vendrá al final (Su presencia). Solo necesito ayudar al creyente desalentado a trazar el recorrido que conecte ambos puntos.

Un creyente con problemas es una persona bendecida por Dios. Sí, ¡realmente bendecida! Si ya no tiene adónde recurrir, si se ha dado por vencida respecto de sí misma y de los demás y si ha comprendido que no hay solución terrenal para sus problemas, esta persona comprenderá fácilmente que solo tiene una esperanza: la presencia de Dios. En realidad, Dios está utilizando los problemas para llevar al creyente a Su presencia. ¡Qué

persona bendecida! No necesita buscar a Dios, ya que Dios le ha hallado y se ocupará de todo.

Imagine a un jardinero que en el otoño protege sus plantas más valiosas en un invernadero para preservarlas del crudo invierno. Allí son objeto de su constante cuidado y siguen dando fruto, alejadas del ambiente que les causaría la muerte. ¿Qué ocurriría si una planta abandonara el invernadero por su propia voluntad? El invierno la destruiría rápidamente. Lo mismo ocurre con los creyentes. Cuando estamos en la presencia de Dios, vivimos dentro de un invernadero espiritual rodeado de un mundo hostil a Él. Seguros en el interior, contamos con el consuelo del Señor, Su protección y Su compañerismo, todo lo cual nos permite llevar fruto. Si abandonamos Su presencia, inmediatamente experimentaremos las duras realidades del mundo, el pecado, Satanás y la carne.

Demasiado a menudo hemos cometido el error de tratar de encontrar respuestas a los problemas en lugar de regresar a la presencia del Padre amoroso, donde no se necesitan respuestas. Como cristianos, debemos conocer el propósito del dolor y la verdadera razón de la vida: tener comunión con Dios.

¡Qué maravilloso Dios tenemos! ¡Cuán grande es nuestro privilegio al ser el objeto de toda la atención del Dios del universo y que Él nos persiga para bendecirnos! Lamentablemente, es cierto que Dios debe perseguir a muchos creyentes, pues pasan toda su vida tratando de evitarlo. Con su mente desean dar a Dios el lugar que le corresponde, pero al mismo tiempo sus emociones los llevan a recurrir a otras personas o planes para satisfacer sus necesidades más profundas, trazando ellos mismos su camino para alcanzar el éxito y la realización fuera de Dios. El hombre parece tener predilección por meditar en tal o cual plan para sentirse satisfecho y consagraría todo su ser a tal empresa de no ser por una sola cosa: los problemas. Al igual que el dolor, los problemas hacen que el hombre deje de vivir para el futuro o deje de morar en el pasado y tome conciencia del presente. Los problemas hacen que el hombre elija a Dios *ahora*.

Imagine que usted se encuentra en una habitación que tiene cuatro puertas. Tres de ellas están cerradas con llave y la única que puede abrir es aquella por la cual no desea pasar. Usted lucha tratando de abrir las otras puertas hasta que, frustrado y quizá enojado, comprende que no tiene más elección que atravesar la puerta que no está cerrada con llave. Para su sorpresa, al abrirla descubre que esta es, precisamente, la puerta que conduce a la libertad que tanto esperaba encontrar al atravesar alguna de las otras tres. Dios usa los problemas para destruir nuestros planes (los cuales nunca nos proporcionarían vida abundante) y nos lleva a pasar por la puerta que conduce a Su presencia y a la verdadera vida. El hijo pródigo provocó su propia calamidad, pero esto produjo el resultado glorioso de la restauración de la relación con su padre.

¡Dios es amor! Él quiere tenernos cerca a fin de *manifestarnos* Su amor. Sin embargo, el hombre carnal es ignorante por causa de su autosuficiencia. Los problemas hacen que el hombre se dé cuenta que no es un ser independiente y que necesita al Creador como su proveedor. El hombre no puede resolver sus propios problemas, ¡cuánto menos los problemas del mundo! Los problemas nos permiten ver que necesitamos a Dios. Si no hubiera problemas que al hombre le resultaran insuperables, seguramente nunca miraría más allá de sí mismo.

No debería existir duda alguna en cuanto a que los problemas y el sufrimiento son, en la vida del creyente, la fortaleza de Dios para llevarlo desde la autosuficiencia a la

dependencia del Padre todo suficiente que está en los cielos. “En mi angustia invoqué a Jehová” (2 Samuel 22.7). “[...], pero cuando en su tribulación se convirtieron a Jehová Dios de Israel, y le buscaron, él fue hallado de ellos” (2 Crónicas 15.4). “[...] y a causa de nuestras tribulaciones clamaremos a ti” (2 Crónicas 20.9). “Jehová, en la tribulación te buscaron” (Isaías 26.16). “Invoqué en mi angustia a Jehová” (Jonás 2.2). Una y otra vez vemos repetirse el ciclo del sufrimiento en la historia de Israel. El libro de los Jueces da testimonio de este ciclo, pues cuando las cosas iban bien, el pueblo pronto se olvidaba de Dios. Luego clamaban al Señor, Él los liberaba y, un tiempo después de la liberación, volvían a darle la espalda. Los problemas no tienen por objeto destruirnos sino llevarnos a la presencia de Dios para ser hechos completos.

No hay nada que la presencia de Dios no pueda remediar, ¡absolutamente nada! Al oír los mandamientos de Dios probablemente nos sintamos abrumados y hasta huyamos de Él, especialmente cuando en el pasado hemos intentado guardarlos con poco o ningún éxito. Podemos comenzar a evitar a Dios para no oír las palabras que tanto tememos: “Has fallado. ¡Eres un fracasado!”. Aquí radica un enorme engaño; no debemos cambiar nuestra conducta para poder ir a la presencia de Dios, pues eso es simplemente imposible. Es la presencia de Dios lo que cambia nuestra conducta. No trate de limpiarse para acercarse a Dios; acérquese a Dios para que Él lo limpie. Al estar cerca del Señor los mandamientos se convierten en promesas. En lugar de oír: “No adulterarás” y tener temor de cometer adulterio para luego ser condenado por ello, lo que oímos es una promesa: “En Mi presencia, con Mi vida y Mi poder, nunca cometerás adulterio”. ¿Comprende la diferencia? Su presencia proporciona confianza y esperanza.

La Biblia está llena ejemplos de hombres y mujeres que, al acercarse a Dios en medio de sus problemas y sufrimiento, encontraron todo lo que necesitaban para tener una vida abundante. Los israelitas se quejaron contra el Señor en el desierto. Dios oyó sus quejas y se dispuso a actuar a su favor con la condición de que primeramente se acercaran a Él. “Acercaos a la presencia de Jehová, porque él ha oído vuestras murmuraciones. [...] Al caer la tarde comeréis carne, y por la mañana os saciaréis de pan, y sabréis que yo soy Jehová vuestro Dios” (Éxodo 16.9, 12).

Permita que sus problemas lo lleven a invocar al Señor, quien le dará descanso y todo lo que necesita. “Porque ¿qué nación grande hay que tenga dioses tan cercanos a ellos como lo está Jehová nuestro Dios en todo cuanto le pedimos?” (Deuteronomio 4.7). Acérquese a Dios y la conciencia de vivir en Su presencia será tan dulce, maravillosa y restauradora que los problemas ya no serán motivo de preocupación. Usted deseará alabar a Dios por las dificultades, las cuales en el pasado veía como un monstruo que destruiría su vida, pero ahora ve como el agente positivo que confirmó la cercanía con Dios.

Los problemas nos hacen receptores

¿Existe alguna manera de liberarnos de nuestros problemas? ¿Cuál es? ¿Podemos recorrer ese camino de salida en nuestra débil condición? ¿Nos aceptará Dios cuando lleguemos? ¡La respuesta es sí! Todo es increíblemente sencillo. La respuesta se encuentra en el Señor y no en nosotros. Debemos fijar nuestra atención en Él, no en nuestros fracasos, frustraciones, depresión o ansiedad. En Él encontraremos la sencilla respuesta para vencer cada obstáculo.

Sí, la respuesta de Dios es simple porque Su palabra para nosotros en este momento es: “Volveos a mí, [...], y yo me volveré a vosotros, [...]” (Zacarías 1.3). Cuando se encuentre rodeado de problemas, simplemente diga: “Señor, me vuelvo a ti”. Esto es todo lo que tiene que hacer para tener la certeza de que Él se volverá a usted. En la Biblia, el término que se traduce como *volver* es una palabra muy simple y pequeña que significa “buscar o invocar”. Una buena ilustración del término sería que yo tomara el teléfono y marcara su número. Así estaría volviéndome a usted, y si usted atendiera la llamada, estaría volviéndose a mí. Volverse al Señor es tan sencillo como tomar el teléfono y llamarlo. ¿Cuánto esfuerzo requiere tomar un teléfono, marcar los números y esperar la respuesta? Esto es algo que prácticamente cualquier persona puede hacer.

Dios no da soluciones instantáneas, de una vez y para siempre, sino que nos da todo lo que necesitamos en cualquier momento determinado. Debemos invocarlo –llamarlo– y volvernos a Él momento a momento, manteniéndonos en comunión permanente para recibir Su ayuda constante.

Podemos examinar algunos pasajes bíblicos en los cuales se mencionan áreas específicas de derrota, fracaso, depresión o desaliento; la indicación de Dios en cada uno de los pasajes incluidos en la lista que sigue es la misma: volverse a Él. Luego, Dios hará que se produzcan los resultados. En la columna titulada “Problema” quizá encuentre situaciones que se aplican a usted. Confío en que pueda ver que la solución a todas ellas es volverse al Señor para recibir el resultado prometido. Existe el engaño de creer que podemos obtener las soluciones de la columna titulada “Resultado” por medio de algún plan o método propio, pero lo cierto es que no. Si esta posibilidad existiera, la intervención poderosa de Dios en nuestras circunstancias se vería reducida y pronto estaríamos andando por nuestro propio camino. Debemos ver que el resultado deseado para cada problema es la cercanía de Dios; y cuando esto se hace realidad, Él, en Su tiempo, tiene la libertad para solucionar el problema. Dios busca la cercanía de todos los seres humanos, no solo de unos pocos escogidos. Sin embargo, solo unos pocos cooperan con el propósito de Dios de que se acerquen a Él como resultado de sus problemas.

Pasaje bíblico	Problema	Resultado
Deuteronomio 4.30-31	Angustia	Misericordia
Deuteronomio 30.4-6	Maldición	Restauración, liberación
1 Samuel 6.4	Enfermedad	Salud
1 Samuel 7.3	Opresión	Liberación
1 Reyes 8.48-50	Pecado	Perdón
2 Crónicas 6.24-38	Falta de consagración	Consagración total
2 Crónicas 30.6-9	Preocupación	Compasión por la familia y los hijos
Job 22.23	Estar perdido	Ser restaurado
	Aflicción	Bienestar
Salmos 6.3-4	Turbación	Socorro
Isaías 19.20-22	Sin respuesta	Dios responde

Pasaje bíblico	Problema	Resultado
Isaías 44.22	Transgresión	Redención
	Idolatría	Limpieza
Isaías 55.7	Maldad	Perdón
Jeremías 3.12	Rebeldía	La gracia reemplaza el enojo de Dios
Jeremías 3.22	Infidelidad	Fidelidad
Jeremías 15.19	Comunión quebrada	Comunión restaurada
Jeremías 24.7	Corazón dividido	Corazón íntegro
Oseas 6.1	Heridos	Sanados
Oseas 14.1, 4	Caída en pecado	Restauración por gracia
Malaquías 4.6	Familias quebradas	Corazones restaurados

Los problemas nos preparan para servir a Dios

El libro de Jueces relata una interesante historia. Mientras se dirigía a Timnat, Sansón fue sorprendido por un león joven que le salió al encuentro rugiendo, pero “el Espíritu de Jehová vino sobre Sansón, quien despedazó al león como quien despedaza un cabrito, sin tener nada en su mano” (Jueces 14.6). Sansón quedó sorprendido por la aparición del león, pero quizá se sintió igualmente sorprendido por lo que ocurrió cuando el Espíritu del Señor vino sobre Él. Tiempo después, al regresar por el mismo camino, “he aquí que en el cuerpo del león había un enjambre de abejas, y un panal de miel” (versículo 8). Sansón comió hasta saciarse y, al llegar junto a sus padres, les convidó de la miel. Sansón estaba lo suficientemente impresionado por aquella aventura como para componer una adivinanza con ella. “Del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura” (14.14). La bestia que iba a destruirlo se convirtió en una fuente de alimento para él y sus padres.

En 1 Pedro 5.8 leemos que nuestro “adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar”. El diablo, al igual que el león de Sansón, puede aparecer súbitamente en la forma de un problema, una tentación o un pecado, una circunstancia y hasta una persona, con un solo propósito: devorar. Sin embargo, si permanecemos firmes en medio de lo que parecería ser un ataque devastador, el Espíritu del Señor nos liberará. “Y después de que ustedes hayan sufrido un poco de tiempo, Dios mismo, el Dios de toda gracia que los llamó a su gloria eterna en Cristo, los restaurará y los hará fuertes, firmes y estables” (1 Pedro 5.10, NVI).

Alcanzada la victoria, quizá no podamos discernir la razón del problema durante semanas o meses y hasta podríamos no conocerla mientras vivamos. Pero el hecho de no saberlo puede llevarnos mucho más lejos a medida que crecemos “en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo” (Efesios 4.15).

Mientras visitaba la India, formulé a uno de mis mentores una pregunta teológica. Su respuesta inmediata fue: “Antes de responder la pregunta, debemos plantearnos si la respuesta nos aportará algo de valor”. Después de meditar por un momento, respondí que la respuesta no tendría un impacto directo sobre mi vida ni la de otros. La reflexión del hermano fue: “Entonces no está en el propósito de Dios que la conozcamos”. ¡Me asombró el ver cuán cómodo podía sentirse este hombre sin tener ciertas respuestas!

Hay muchas cosas que cuestionamos y tratamos de comprender, pero a las cuales Dios no nos ha dado acceso. La respuesta, si la tuviésemos, sería de poco beneficio. Por ejemplo, podríamos querer saber por qué razón falleció un ser querido. Aun si Dios nos diera una respuesta directa, eso no aliviaría en nada nuestro dolor, ya que solo Él puede hacerlo. A medida que maduremos estaremos satisfechos, a pesar de que tengamos muchas preguntas sin responder.

En el tiempo perfecto de Dios encontraremos que aquellos problemas que en un principio creíamos nos iban a destruir, en realidad nos han dotado de poder y hasta se han convertido en una fuente de fortaleza para otros. Podremos decir, entonces, con Sansón: “Del devorador salió comida, y del fuerte salió dulzura”. Sin la capacitación que produce el enfrentar problemas en la vida es imposible que el pueblo de Dios sea una fuente de vida para otros. Debemos pasar por problemas si deseamos ministrar a otros. “Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, Padre de misericordias y Dios de toda consolación, el cual nos consuela en todas nuestras tribulaciones, para que podamos también nosotros consolar a los que están en cualquier tribulación, por medio de la consolación con que nosotros somos consolados por Dios” (2 Corintios 1.3-4).

Después de leer los escritos de Pablo y analizar su vida, podemos decir con toda confianza que de las grandes debilidades y sufrimientos surgen grandes enseñanzas. Una enseñanza poderosa puede desarrollarse en la cabeza, pero tiene que madurar en el corazón. Este proceso rara vez ocurre si no intervienen los problemas.

En las montañas de Colorado existe un hongo (o seta) llamado bejín. El hongo está lleno de vida, pero la vida que hay en su interior no se libera sino hasta que se encuentra completamente seco y es destrozado por la pezuña de algún animal, o por alguna rama al caer sobre él. La siguiente lluvia puede traer nueva vida al hongo de tal manera que vuelva a cubrir el bosque.

Lo mismo ocurre con nosotros. La experiencia de ser quebrantado periódicamente liberará el poder de la vida que tenemos dentro para que se difunda en nueva vida a nuestro alrededor. “Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2 Corintios 4.11).

En el tiempo en el cual se escribió el Nuevo Testamento, los fundidores calentaban el mineral de oro para extraer la escoria. Después de enfriarse, el oro era calentado nuevamente, con lo cual se desprendía más escoria. Este proceso continuaba hasta que el fundidor podía ver su rostro reflejado en el oro, lo cual determinaba su pureza. No se añadía oro durante cada nueva etapa de calentamiento pues el oro siempre había existido en el mineral. Sencillamente se revelaba cada vez más a medida que avanzaba el proceso.

Del mismo modo, el hijo de Dios posee en todo momento todo lo que es posible poseer de Cristo. Sin embargo, la vida centrada en el yo oculta la expresión de ese gran tesoro que se encuentra en el interior de cada creyente. Dios debe quitar todo lo que no es de Él por medio de “calentamientos” periódicos (problemas). Cuando la refinación está completa, se revela más de Cristo en la persona. Este proceso se repite una y otra vez.

El creyente que ha renunciado a tratar de resolver por sí mismo todos sus problemas permite que estos lo acerquen a Dios para que Él los resuelva. Este creyente pasa a ser para Dios un hijo precioso. “En lo cual vosotros os alegráis, aunque ahora por un poco de tiempo, si es necesario, tengáis que ser afligidos en diversas pruebas, para que sometida a prueba vuestra fe, mucho más preciosa que el oro, el cual aunque precedero

se prueba con fuego, sea hallada en alabanza, gloria y honra cuando sea manifestado Jesucristo” (1 Pedro 1.6-7). Esta clase de cristiano experimentará la promesa de Jesús: “De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará, porque yo voy al Padre” (Juan 14.12). En esta persona, la vida centrada en el yo ha sido reemplazada por la vida de Cristo y participa de la obra de Él en la tierra. Algo que necesariamente debe entender todo aquel que quiera disfrutar de esta vida es que el proceso para llegar a ser productivo espiritualmente incluye problemas.

Antes de conocer los problemas y de llegar al convencimiento de nuestra debilidad para superarlos, es poco frecuente ver nuestras fallas; nos creemos justos en nuestra propia opinión. Pero una vez que tomamos conciencia de nuestros defectos nos acercaremos a los pecadores, tendremos compasión de ellos y sentiremos dolor por sus pecados. No es suficiente que odiemos el pecado con el odio de Dios (como muchos enseñan); también debemos amar a los pecadores con el amor de Su Hijo. Los problemas nos conducirán a desarrollar un ministerio fructífero sobre la base de ese amor.

Los problemas edifican nuestra fe

Muchos creyentes se quejan de su falta de fe para llevar a cabo la tarea que el Señor los ha llamado a realizar. Desean más fe para poder ser más productivos. A menudo, Dios utiliza precisamente las circunstancias adversas para edificar nuestra fe.

Todo lo que recibimos de Dios debemos recibirlo por fe. Debemos confiar que será nuestro a pesar de la manera en la cual se presenten las cosas. La Biblia está llena de promesas para los hijos de Dios; sin embargo, cuando tratamos de tomarnos de una promesa, se presenta un problema que pareciera negar su cumplimiento. La explicación es muy sencilla: Dios está edificando nuestra fe. Si cada promesa se cumpliera inmediatamente, ¿cómo crecería nuestra fe?

Imagine que colocamos un dulce a los pies de la cama de un niño y le decimos que lo podrá comer al día siguiente. Nuestra promesa de que podrá comer el dulce al día siguiente, ¿exige fe por parte del niño? ¡Por supuesto que no! ¡Él ya puede ver el dulce!

Dios nos hace una promesa, pero no la vemos cumplirse inmediatamente, porque la fe es “la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11.1). Luego, Dios permite que ocurra un problema que parece negar Su promesa, pero si permanecemos firmes creyendo, nuestra fe será edificada. Así, vemos a menudo que experimentamos lo opuesto de una promesa antes de recibir su cumplimiento. Este proceso edifica fe en nuestro interior como pueblo de Dios y, como resultado, hace nuestra vida verdaderamente abundante.

La Biblia contiene algunos ejemplos de este principio en acción en la vida del pueblo de Dios. Comprenderemos más fácilmente el concepto si reflexionamos sobre algunos de esos ejemplos. Abraham sufrió en diversas oportunidades lo opuesto de las promesas de Dios, pero se mantuvo firme creyéndolas hasta recibir su cumplimiento. Creyó que Dios le daría la tierra y su creencia en esta sencilla promesa se convirtió en la semilla a partir de la cual crecería y se expandiría su fe en un Dios infinito. El mensaje de Abraham para todos los creyentes es: Si confiamos en Dios con respecto a algo simple y pequeño, eso simple y pequeño será el comienzo de grandes y magníficas bendiciones. Sin embargo, ¿qué ocurrió después de recibir la promesa acerca de la tierra? Tuvo que abandonarla a causa de una hambruna, dio a su sobrino la posibilidad de elegir primero

qué territorio quería ocupar y tuvo que librar una guerra. Finalmente, encontramos a Abraham preguntando a Dios respecto de la tierra que le fuera prometida: “*SEÑOR* y Dios, ¿cómo sabré que voy a poseerla?” (Génesis 15.8, NVI).

José recibió por medio de un sueño la promesa de que sus padres y hermanos se inclinarían ante él, pero entre la promesa y su cumplimiento experimentó mucho sufrimiento, rechazo (incluido el total desprecio por parte de los mismos hermanos que había soñado que lo honraban) y humillación.

Aunque con temor, Moisés creyó que Dios lo enviaba a libertar a los israelitas de Egipto, pero antes de ver cumplida la misión, varias señales y maravillas que Dios le había dado para realizar fueron igualadas por los magos de Faraón; además, los israelitas se le opusieron por haberlos hecho odiosos a los ojos del soberano de Egipto.

Después que Samuel ungiera a David porque el Señor lo había elegido para ser rey, ¿fue David directamente a sentarse en el trono? No. Antes de convertirse en monarca fue amenazado de muerte una y otra vez por Saúl. Mientras se escondía, lejos de ser majestuosas, sus habitaciones fueron cuevas y conoció muy de cerca privaciones y obstáculos de toda clase.

El Espíritu Santo apartó a Pablo para llevar a cabo Su obra. En el proceso, lo sacaron de la ciudad, fue apedreado hasta ser dado por muerto, naufragó y fue encarcelado.

¿Por qué planearía Dios cada una de estas situaciones? Es muy simple: A Dios le encanta estimular, alimentar e incrementar la fe. Él se goza y deleita enormemente cuando alguien, después de recibir la promesa y luego las condiciones inversas, se mantiene firme a pesar de lo oscuras que puedan ser las circunstancias, confiando y meditando en Su Palabra.

He podido comprobar en mi propia vida que Dios a menudo pone en mí un deseo de ministrar de cierta manera, dejando claro que Él es quien me ha llamado. Luego, experimento reveses. Hubo oportunidades en las cuales no me mantuve firme y no recibí la bendición; pero más y más encuentro que permanezco firme esperando con expectativa el cumplimiento de las promesas.

Existen muchas áreas de nuestra vida en las cuales podemos ver este principio en acción, ya que Dios ha hecho muchas promesas a cada uno de los creyentes. Tomemos como ejemplo el caso de nuestros hijos. “Instruye al niño en su camino, y aun cuando fuere viejo no se apartará de él” (Proverbios 22.6). Sin duda, al criar a nuestros hijos, muchas veces creemos que estamos viendo lo inverso de esta promesa. No obstante, si nos mantenemos firmes en la fe, sabiendo que a menudo lo opuesto viene primero, podemos permanecer firmes y con la mayor paz en medio de las calamidades. Esta es la confianza que puedo observar en el padre del hijo pródigo (Lucas 15.11-32). Seguramente se sentía desconcertado por la mala conducta de su hijo, pero a pesar de ello, tenía absoluta confianza en Dios.

Es posible que experimentemos reveses tan severos que creamos que el cumplimiento de una promesa nunca ocurrirá. Recordemos lo que Pedro tuvo que experimentar después que el Señor le dijo: “Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia; y las puertas del Hades no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos” (Mateo 16.17-19). ¿Imagina usted lo que sintió Pedro luego de recibir una promesa tan grande de los

labios del Hijo de Dios? Sin embargo, inmediatamente después comenzó a producirse lo opuesto. En cierto momento su Señor lo miró y le dijo: “¡Quítate de delante de mí, Satanás!”¹, y poco después, le anticipó: “[...] esta noche me negarás”². Pedro se mantuvo firme todo lo que pudo en ambos casos. Pero a pesar de todo, al final recibió la promesa del Señor.

La historia de la iglesia está repleta de ejemplos de santos que experimentaron episodios enormemente adversos en su vida personal, su matrimonio, su familia, su ministerio y su salud. Ellos continuaron andando por fe y no por vista, sabiendo que cuando las promesas finalmente se cumplen, las lecciones de fe más profundas que aprendemos a lo largo del camino son las más valiosas.

¿Qué le ha prometido Dios? ¿Qué lo ha guiado a hacer? ¿Hay en su corazón deseos de ministrar? Entonces, ¡ánimo! Dios hará que se cumpla el deseo de su corazón una vez que usted se rinda a Él con absoluta confianza y fe. No le tema a los reveses que los problemas traen consigo. Manténgase firme en medio de las dificultades y recibirá el cumplimiento de la promesa, no como un niño consentido, sino como una persona de fe.

Debemos comprender que las dificultades son parte integral de la fórmula para el crecimiento en la vida de cada creyente. Los obstáculos no significan que hemos sido abandonados ni sugieren que somos menos importantes o menos bendecidos por Dios. Lo que ocurre es que estamos avanzando para desempeñarnos dentro del ámbito de un llamamiento mayor.

Hermanos míos, tened por sumo gozo cuando os halléis en diversas pruebas, sabiendo que la prueba de vuestra fe produce paciencia.

Santiago 1.2-3

Bienaventurado el varón que soporta la tentación; porque cuando haya resistido la prueba, recibirá la corona de vida, que Dios ha prometido a los que le aman.

Santiago 1.12

¹ Vea Mateo 16.23; Marcos 8.33. *Nota del editor.*

² Vea Mateo 26.34; Marcos 14.30; Lucas 22.34; Juan 13.38. *Nota del editor.*

CAPÍTULO 3

El embudo de Dios

Entren por la puerta estrecha. Porque es ancha la puerta y espacioso el camino que conduce a la destrucción, y muchos entran por ella. Pero estrecha es la puerta y angosto el camino que conduce a la vida, y son pocos los que la encuentran.

Mateo 7.13-14, NVI

Jesús dice que hay dos caminos que las personas pueden tomar: El camino espacioso que lleva a la destrucción y el camino angosto que lleva a la vida. Los creyentes pasan del camino espacioso al camino angosto por medio de lo que me gusta denominar el embudo de Dios.

Cuando debemos llenar de agua una botella de cuello estrecho y el líquido está en un recipiente de boca ancha recurrimos a un embudo, el cual concentra el líquido y lo obliga a pasar a través de la pequeña abertura por la que deseamos que ingrese, sin que se pierda ni una gota.



Dios tiene un embudo –en sentido figurado– que le permite tomarnos (a pequeñas criaturas como nosotros) de entre millones de seres humanos y colocarnos exactamente donde Él desea. Si pudiésemos verlo, descubriríamos que Su “embudo” está hecho de diversos problemas: personas, sucesos y circunstancias que nos son contrarias, situaciones irritantes en la iglesia, presiones financieras, fracasos, pensamientos, conflictos matrimoniales, una salud debilitada y pruebas en la familia, para nombrar solo algunos.

Todos estos problemas están diseñados para empujarlo a usted, al creyente, más y más hacia el camino angosto que lleva a la presencia de Dios, donde los problemas no serán una preocupación sino que el curso del día estará marcado por la oración, el gozo y la alabanza.

El rechazo del embudo

Muchos cometen el error de rebelarse contra los problemas que encuentran a su alrededor en lugar de someterse (ser obedientes) al propósito de Dios. Hay diversas actitudes que se manifiestan cuando los creyentes pasan por situaciones difíciles. Algunos comienzan a luchar contra el embudo con todas sus fuerzas. Conciben toda clase de métodos y se esfuerzan hasta el agotamiento con la esperanza de deshacerse de aquello que les causa tanta molestia. No han aprendido que Dios no hará nada con nuestros problemas mientras tratemos de resolverlos por nuestra cuenta.

Debido a que Él es el único capaz de resolver el problema, el creyente autosuficiente se encuentra en la angustiosa situación de tener que confiar tanto en sus propias fuerzas que no puede permitirle a Dios proveer la solución. Lo que ocurre con este creyente es que carga una maleta invisible de recursos, llena de métodos que ha desarrollado para enfrentar las emergencias: control, manipulación, religión, ira, evasión, depresión, resentimiento, bloqueo emocional, culpar a otros, culparse a sí mismo... y la lista continúa. Si Dios permitiera que uno de estos recursos resolviera el problema, estaría aplicando Su sello de aprobación a estas patéticas herramientas humanas usadas para enfrentar la vida, alimentando al mismo tiempo el deseo de la persona de ser autosuficiente. Es importante que Dios no permita que la maleta de recursos ayude al creyente a obtener la victoria.

Es fácil identificar a quienes están sufriendo el fracaso de su maleta de recursos, pues se vuelven irascibles, retraídos y depresivos, y a menudo regresan a los pecados del pasado con la esperanza de encontrar en ellos cierta medida de alivio. Si experimentan el más leve alivio en su molestia o incomodidad, volverán a intentar con todas sus fuerzas resolver el problema por sí mismos. Estos creyentes necesitan ser sanados de lo que verdaderamente es un estado de idolatría. Un ídolo es todo aquello a lo cual una persona recurre cuando tiene problemas, en lugar de recurrir a Cristo. Estos ídolos son variados y pueden incluir el comer, discutir, retraerse, controlar o trabajar mucho. Los recursos guardados en nuestras pequeñas maletas imaginarias –con los cuales intentamos resolver los problemas de la vida– no son más que ídolos cuya eficacia Dios no hará nada por confirmar.

Simplemente, no tenemos dentro de nosotros los recursos para resolver nuestros problemas y disfrutar de una vida abundante. Hay una lección que surge de los fariseos, quienes llevaban la vida egocéntrica más religiosa, disciplinada y educada que pudiera concebirse. Sin embargo, rechazaron a Dios cuando lo tuvieron cara a cara, y son prueba de que la carne carece de valor a la hora de intentar resolver conflictos.

Algunas personas se acostumbran tanto a los problemas que finalmente deciden que eso es todo lo que la vida tiene para ellos. Quizá se quejen de sus penurias y se lamenten por sus problemas, pero en todo lo que hacen y dicen revelan que están dispuestos a permanecer en su infeliz condición porque creen que la vida en el embudo es todo lo que llegarán a conocer. Recuerde que el propósito del embudo de Dios es

llevarnos a Su presencia. ¡No hay recompensa por quedarse estancado en una vida de sufrimiento! Debemos permitir que cada circunstancia nos empuje hacia la presencia de Dios, donde encontraremos nuestro descanso.

Cuando el creyente logra ver la mano de Dios en sus problemas, lo invade una tranquila confianza. No se trata de sentirse a gusto en medio de las dificultades, lo cual para muchas personas se convierte en la “actitud filtro” a través de la cual ven el mundo y a los demás. Una vez que un creyente decide que todo lo que le ha tocado en la vida es sufrir, cada suceso parece confirmar su teoría.

A menudo observo la misma actitud filtro en los matrimonios. El enemigo se encarga de convencer a uno de los cónyuges que no hay esperanza para el matrimonio. Una vez que la persona acepta esta mentira, todo lo que se le pueda decir a este cónyuge es filtrado y distorsionado para confirmar el engaño de que el matrimonio nunca más mejorará.

Imagine que dentro de su cabeza existe una fábrica. Sus oídos representan dos enormes puertas, una de entrada y otra de salida. Lo que se procesa en esta fábrica es infelicidad. Cuando una carga de infelicidad es depositada en la puerta de entrada, es procesada y sale por la otra puerta como “infelicidad refinada”. Esto no es en realidad sorprendente. Sin embargo, lo interesante es que cuando son rosas lo que entra a la fábrica, lo que sale también es infelicidad. Ocurre algo en la fábrica, oculto a la vista, que puede transformar una rosa en infelicidad, un beso en infelicidad o el amor en infelicidad.



Hacemos que los sucesos se adapten a nuestra percepción

A menudo encuentro activa la fábrica de infelicidad en padres que se enojan por situaciones insignificantes como una manguera sin enrollar en el jardín, una bicicleta abandonada en medio del garaje o una tarea inconclusa. En un matrimonio el enojo puede provocarlo un objeto fuera de lugar, la presión financiera, una palabra hiriente o una expectativa sin satisfacer. En el lugar de trabajo, el enojo puede estar generado por insatisfacción por la labor que se realiza, un compañero grosero o hasta un lugar de aparcamiento ocupado por otro.

Muchos hombres entre los treinta y los cuarenta años de edad se encuentran insatisfechos. Algunos lo llaman la crisis de la edad mediana, cuando el hombre comienza a temer que su vida esté por alcanzar un punto a partir del cual ya no pueda hacer realidad sus esperanzas, sueños y deseos. En realidad el hombre está enojado consigo mismo por su propia incapacidad para realizar sus sueños, pero por otra parte, todo esto ha permitido que el enemigo construya en su interior una fábrica de infelicidad. El resultado es que el hombre culpará a su esposa e hijos por hacerle sentir la carga de tener que realizar un trabajo que detesta para mantenerlos. El razonamiento es el siguiente: “Si mi esposa e hijos son los responsables de mi desdicha, debo hacerlos a un lado o descargar sobre ellos toda mi frustración”. Con la fábrica de infelicidad operando a su máxima capacidad, el hombre no puede aceptar con un corazón gozoso y agradecido a su esposa, sus hijos, su trabajo y las circunstancias en las cuales se encuentra. Es incapaz de ver que Dios le dio esa esposa, esos hijos y ese empleo y que estar enfadado con ellos es, en realidad, estar enfadado con Dios.

Debemos comprender que lo que nosotros consideramos fructífero y valioso en la vida rara vez coincide con lo que Dios evalúa de esa manera. Aceptar con gozo y agradecimiento que lo que somos hoy proviene de la mano de un Dios amoroso que sabe exactamente lo que necesitamos, nos permite encontrar paz. Cuando desarrollamos la actitud de que el mundo entero está contra nosotros, todo lo que ocurre parece confirmar que la vida es infelicidad, que Dios está ausente y que nada va a cambiar. Algunos de nosotros hasta acomodamos inconscientemente las circunstancias para probar nuestra falsa teoría. Al creer que somos despreciables e indeseables, comenzamos a comportarnos de una manera que lleva a otros a evitarnos o a rechazarnos abiertamente.

Hay personas que a pesar de todo disfrutan de sus problemas y que, por temor a perderlos (¡sí, créalo!), nunca se rinden a Cristo. Algunos utilizan sus problemas mentales y emocionales para obtener constante aceptación de parte de todos los que los rodean y ser siempre el centro de atención.

En una oportunidad visité a un joven internado en una institución psiquiátrica, a quien habían declarado incurable. Sus padres me dijeron que aunque lo visitaban regularmente, su hijo ya no reconocía a nadie y no podía “procesar” nada de lo que se le decía. Luego de pasar algunos minutos con el muchacho, le dije que creía que no tenía ninguna enfermedad sino que estaba manipulando la situación para controlar a su familia. Inmediatamente se enojó mucho y comenzó a discutir vehementemente conmigo, afirmando que estaba realmente muy enfermo. Encontré muy interesante su capacidad para discutir, teniendo en cuenta que la familia me había asegurado que el joven no podía sostener una conversación elemental.

Abundan los creyentes que hacen lo correcto al mostrar misericordia a los que sufren. Lamentablemente, a menudo atraen a quienes no tienen intención de salir de sus problemas buscando la presencia de Dios, sino que desean aprovecharse de ellos consumiendo su tiempo en la mayor medida posible.

La rendición al embudo

¿Por qué sufrimos? ¿Por qué Dios aún no nos ha liberado? ¿Por qué no ha cambiado todavía a esta persona o situación tan molesta? ¿Podrá ser que Él aún no ha completado en *nosotros* la obra que las circunstancias y las situaciones deben producir?

¿Podrá ser que todavía no nos hayamos decepcionado con la capacidad de nuestros ídolos para liberarnos? ¿Podrá ser que todavía necesitemos rendirnos al embudo?

Véalo de esta manera. Imaginemos que usted toma un curso de doce meses titulado “Llevado a Su presencia”. Usted ha sufrido mucho para completar nueve meses del curso y ahora se queja de lo difícil que es. Dios podría liberarlo y sacarlo del salón de clases, pero si lo hiciera, los nueve meses del curso ya realizados estarían desperdiciados y tendría que volver a realizar todo el curso más adelante. ¿Es eso lo que usted verdaderamente quiere? ¿Que sus sufrimientos no hayan servido de nada y tener que repetir el curso desde el comienzo en otro momento? ¡De ninguna manera! Continúe hasta completarlo.

Un hermano en Cristo me contó que durante su niñez en Brasil siempre había querido tener un cachorro sin cola. Un día su padre le trajo la tan ansiada mascota, pero el problema era que tenía cola. Planteó el dilema a su padre y como respuesta recibió un cortaplumas y la consigna: “Ve y córtasela contra un poste de la cerca”. El niño llevó el cachorro al jardín, pero al analizar la situación sintió pena porque no quería causar dolor al animal. Como todavía deseaba un perro sin cola, tomó la decisión que a su mente juvenil le parecía la más lógica. En lugar de causar al cachorro un gran dolor al cortarle la cola de una sola vez, ¡le provocaría menos sufrimiento cortándosela de a poco!

Muchas personas rechazan el dolor del momento junto con la posibilidad de atravesarlo de una sola vez, y optan por extenderlo. Cada uno debe permitir que los problemas que Dios ha personalizado para él o ella los lleven a Su presencia. Si Dios es verdaderamente amoroso no nos liberará hasta que la obra esté completa.

Me resultaba muy frustrante cuando nos mudábamos a una nueva ciudad y debía buscar un nuevo empleo. Le decía a Dios: “Señor, ¿por qué permites que continúe buscando si tú sabes qué empleo tienes para mí? ¿No podrías simplemente guiarme al lugar correcto y evitarme toda esta búsqueda?”. ¡No! Dios no podía mostrarme el empleo hasta que yo renunciara a todos mis esfuerzos y capacidades (ídolos) que sentía que podía utilizar para conseguirlo. Dios debe colocarnos en situaciones que nos harán rendirnos, después de lo cual proveerá la respuesta, que es Él mismo. Jesús es *la respuesta* que da origen a *una respuesta* para cada situación. Cuando lo tenemos a Él no necesitamos nada más.

¿Recuerda que a los hombres que fueron crucificados a los costados de Cristo debieron quebrárseles las piernas? Cuando los romanos crucificaban a una persona, le atravesaban los pies con un clavo; si el crucificado tenía suficiente fuerza de voluntad podía apoyar el peso de su cuerpo sobre el clavo –a costa de un gran dolor– para evitar la asfixia y mantenerse vivo un tiempo más. De esta manera, por medio del dolor la persona prolongaba su dolor.

¿No es esta la condición de muchos? Por medio de su obstinación, preocupados únicamente por lo que creen que es lo mejor para ellos, logran prolongar el dolor de la vida. Cristo, por el contrario, no estaba dominado por la obstinación sino que rindió Su voluntad a los pies de Su Padre amoroso. Si el Padre lo había colocado en un lugar como la cruz, Él lo aceptaría esperando en Dios y agradeciéndole por la liberación que con seguridad vendría. Se levantaría de la tumba venciendo la muerte.

Nosotros también debemos llegar al punto de rendición en el cual la voluntad propia da paso a la voluntad de Dios. Para llegar a ese punto quizá necesitemos algo de ayuda, como ocurrió con los ladrones crucificados junto a Jesús. Únicamente cuando los

soldados veían la patética escena de una persona crucificada que intentaba prolongar su dolorosa existencia, quebraban sus piernas para acabar con su sufrimiento. Mientras tenga fuerzas, el crucificado lucha por vivir; a veces se hace necesaria la intervención de otro para que se produzca la muerte.

¿Necesita usted que las piernas de su yo sean quebradas? ¿Es tan grande su obstinación que no puede darse por vencido? ¿Necesita la intervención de un tercero para terminar de una vez por todas con su sufrimiento? El Espíritu Santo hará precisamente esto a través de circunstancias y relaciones. Una vez que usted se rinda y acepte la muerte que todas estas cosas ayudan a producir, la verdadera vida –la vida de Cristo– se manifestará pronto, pues el propósito del embudo es llevarlo más cerca de Él.

En resumen, ¿por qué está usted sufriendo? Porque usted no es solo uno de los “muchos llamados” sino uno de los “pocos escogidos”. Usted está sufriendo porque Dios, en Su amor, lo ve como alguien precioso y especial a quien quiere para sí. ¡Piénselo! Usted, entre millones de personas, ha sido elegido para conocer a Dios en una manera más profunda. Para que esto ocurra usted debe llegar al fin de sus recursos, al fin del yo. Una vez que usted vea la gloria de esto, alabará a Dios por cada suceso que lo ayudó a llegar hasta allí. Ríndase al embudo, que tiene el propósito de acercarlo a Dios.

La escuela de formación de Dios

Hoy día predominan dos métodos de discipulado. Uno es el método humano, análogo a un molde. Los moldes reproducen objetos a semejanza de sí mismos. Los objetos pueden ser atractivos, pero no presentan variaciones. Cada uno es exactamente igual a los otros. El discipulado puede procurar reproducir a la persona que imparte la enseñanza por medio de un molde hecho de diversos métodos que –según el artífice (discipulador)– han demostrado ser eficaces o de gran valor, como la memorización de versículos bíblicos, el evangelismo, la vestimenta apropiada, la utilización de frases especiales y la exhibición de talentos codiciados. El objetivo es producir una réplica del discipulador. Las escuelas de evangelismo pueden desear crear duplicados de evangelistas y las escuelas de misiones dinámicas pueden tratar de moldear misioneros dinámicos. La iglesia está abarrotada de programas que prometen reproducir en la vida del estudiante aquello (lo que sea) que el autor o maestro posee en abundancia. Esta es una forma de discipulado.

Otra forma de discipulado es el método de Dios para crear personas útiles, que consiste en la atención individualizada durante un cierto período. Imagine dos bloques de arcilla de forma cuadrada. Si entregara uno de los bloques a un grupo de ciento cincuenta personas y pidiera a cada una que realizara en ella la impresión que desee, sería interesante observar cuánto cambiaría la forma de la arcilla al haber pasado por tantas manos. Algunos la aplastarían, cambiando completamente su forma; otros podrían realizar una impresión muy suave con sus pulgares y otros podrían intentar devolverle su forma original. Una vez que la pieza de arcilla ha completado su recorrido, si se la coloca junto a la pieza que no pasó de mano en mano, ¿podría alguien duplicar en el bloque que no fue manipulado, *exactamente* las mismas impresiones de la pieza que pasó por las manos de tantas personas? ¡Por supuesto que no! El primer bloque fue moldeado por los sucesivos agregados de ciento cincuenta personas.

Lo mismo ocurre con el método de Dios para el discipulado. Nuestra forma no proviene de un solo molde que nos hace iguales a los demás; cada uno de nosotros es modelado en forma singular, exclusiva y personalizada.³

Imagine a un creyente cualquiera como un bloque de arcilla en las manos de Dios. Él hace pasar la arcilla por el taller del alfarero, el cual está lleno de personas; algunas de ellas tienen martillos, otras blanden problemas, otras, tentaciones, y algunas tienen vendajes. Puede sorprendernos que se les permita a los demonios estar en el taller, como así también a la enfermedad física. Mientras Dios sostiene en Su mano el trozo de arcilla, llama a diversas personas y sucesos. Únicamente aquellos a quienes Dios llama tienen permitido pasar a realizar una impresión en la arcilla. A veces es atacada y su aspecto se vuelve distorsionado y desagradable. En otros momentos una belleza escondida, nunca antes imaginada, comienza a surgir de este sencillo bloque de material modelable. A través del constante presionar, aplastar y modelar, nos encontramos con algo útil y muy hermoso, una expresión perfecta del corazón mismo del Alfarero. Ha creado algo para Su gloria, algo que hable de Él y destinado para una buena obra muy especial. Al final, el objeto creado está lleno de vida y ya no puede mirar atrás con enojo siquiera a un solo suceso o persona que en un comienzo pareció herirlo y distorsionarlo. En cambio, este hermoso ser se gloria únicamente en el Señor y no desea crear a otro como él, sino alentar a las personas a entregarse totalmente en las manos de Dios a fin de ser transformadas en algo útil, hermoso y único.

Resulta interesante que a uno de los misioneros más grandes que ha existido se le dijo que no fuese al campo misionero porque carecía de la capacitación necesaria. Pero fue, permitiendo a Dios que hiciera de él lo que quisiera. Hoy existe un instituto misionero que lleva su nombre, el cual intenta moldear a otros grandes misioneros a semejanza del primero. Sin embargo, ninguno de ellos logró superar la estatura del creyente en cuyo honor se fundó este centro de capacitación. ¿Por qué? Porque ese hombre permitió que Dios lo transformara de un bloque de arcilla en un discípulo útil. Un molde creado por hombres nunca puede producir una obra maestra con estas características.

No existe más alto llamado para un creyente que el de rendirse a la obra de Dios en su vida y alentar a otros que también están procurando dejarse modelar como el bloque de arcilla. Quienes conocen el potencial que encierra “un bloque de arcilla” no se desesperan por arrojarlo dentro de un molde para reproducir en otro lo que *ellos* consideran importante. Saben que la arcilla debe ser modelada por Dios a través del tiempo. Estos discipuladores no se conforman con moldear sino que procuran crear en la arcilla la impresión que Dios los ha creado y dotado para que realicen. A su vez, cuando les llega el turno de ser modelados, reciben las marcas con gozo sabiendo que están siendo cambiados y formados de acuerdo con la voluntad de Dios.

No interprete este proceso únicamente como problemas y dolor; tenga presente siempre la meta: la hermosa persona que el Maestro Artesano está creando. Aliéntese al saber en qué se está convirtiendo: en la expresión de la belleza de Dios y en una herramienta productiva para Él.

³ Este tema se desarrolla en forma extensa en el libro *Discipulado celestial*. (Nota del editor)

Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante, puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe, el cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz, menospreciando el oprobio, y se sentó a la diestra del trono de Dios.

Hebreos 12.1-2

SEGUNDA PARTE

Obstáculos en el camino angosto

Una vez que llegamos a la conclusión que no hay esperanza de superar nuestros problemas con recursos propios, y después de vernos obligados a recurrir al Señor para encontrar la solución a nuestros dilemas, saldremos del embudo de Dios para entrar en el camino angosto que lleva a Su presencia. Cuanto más nos concentremos en un problema, más feliz estará el enemigo de dejarnos tranquilos. Sin embargo, cuando comprendemos que la liberación tiene que estar en Dios e iniciamos el viaje a Su presencia, Satanás comienza a preocuparse porque los creyentes que moran en la presencia de Dios son “más que vencedores”. De manera que coloca una serie de obstáculos en el camino angosto en un intento por hacer retroceder a quien está destinado a ser un vencedor.

Al discipular a cientos de creyentes en diferentes países y culturas, algo interesante que observé es que hay una acción perfectamente coordinada por parte del diablo para colocar obstáculos que impidan a los creyentes vivir delante del trono del Padre sobre la base del poder que les pertenece. Analicemos algunos de los obstáculos más comunes.

CAPÍTULO 4

Los temores

El temor al rechazo

Muchas personas comprenden la necesidad de estar cerca de Dios pero le temen a esta posibilidad. Este temor se reveló en Adán después de su pecado (“[...] tuve miedo [...] y me escondí”) y también en Pedro (“Apártate de mí [...]”)⁴. ¿Por qué razón alguien no desearía pasar cada día de su vida a la luz de la gloria de su Salvador? Para muchos, el temor a esta clase de encuentro puede tener sus raíces en rechazos humanos anteriores, lo cual les hace temer que cuando se acerquen a Dios, Él también los rechazará. Este razonamiento hace que la persona piense: “Me dolerá cuando Dios me rechace, así que evitaré a Dios y de esa manera evitaré el dolor del rechazo”. Tal razonamiento parecería lógico, pues cuando fallamos a otros casi siempre fuimos rechazados. Sabemos que le hemos fallado a Dios, de modo que suponemos que Él nos rechazará. Sin embargo, Dios no se comporta como los seres humanos y no debe ser juzgado como tal. Aquel que lo está conduciendo a Su presencia es un Dios de compasión; tenga por seguro que Él no lo rechazará.

Las personas podrán alejarse del homosexual, la prostituta, la mujer controladora, el chismoso, el alcohólico, el orgulloso y el legalista, pero Dios no se apartará de ellos. Aunque su conducta es pecaminosa, deben comprender que Dios se duele por ellos. La

⁴ Vea Génesis 3.10 y Lucas 5.8. (Nota del editor)

compasión de Dios lo llena de dolor al ver que la corona de Su creación vive en forma desdichada. No crea ni por un momento que a Dios no le importa verlo a usted rodeado de problemas e infelicidad. Dios esperará y actuará únicamente cuando las circunstancias hayan obrado para bien y lo hayan conducido hasta Sus brazos de amor. El consuelo que recibirá será sanidad para los recuerdos de aquellos terribles sucesos.

Imagine que Dios tiene un recipiente identificado con su nombre. Cada día, a medida que usted sufre, el recipiente se va llenando lentamente con la compasión del Señor. En el tiempo apropiado, cuando el sufrimiento haya cumplido todo el propósito de Dios, el recipiente estará completo y listo para ser vaciado, derramando sobre usted toda esa compasión acumulada.

A menudo he visto este principio en acción en la vida de los creyentes. Una tarde un hombre entró a mi oficina y me anunció que yo no podría ayudarlo porque él no era creyente. Por la tensión que reflejaba su rostro, era evidente que el hombre estaba pasando por graves dificultades. Me relató algunos de los sucesos de su vida marcados por el abuso físico, emocional y mental por parte de un padre psicopático. El concepto que este hombre tenía de Dios era el mismo que tenía de su padre terrenal, de modo que no era de extrañarse que no le interesara ser creyente. Mientras estaba sentado oyéndolo, percibí en mi espíritu que el recipiente de la compasión de Dios finalmente se había llenado para él. Dios no permitiría más sufrimiento para este hombre. Lo único que yo necesitaba hacer en ese momento era abrir mi boca y transmitirle las verdades cristianas más sencillas para ver cómo mi visitante era inundado por el amor y la compasión de Dios. El pobre hombre estaba tan herido que prácticamente no podía expresar ninguna emoción, pero observé que una pequeña lágrima asomaba en uno de sus ojos. Sí, una lágrima muy pequeña, pero que repre-sentaba para él la última gota en el recipiente, ahora lleno hasta rebalsar. ¡Su aflicción había terminado! Los problemas habían sido útiles tanto a Dios como a esta persona. El Señor estaba ahora satisfecho por haber recibido la vida del hombre y el hombre estaba satisfecho por haber recibido la vida de Dios; todo esto gracias a los problemas.

Nunca permita que el enemigo tenga éxito en colocar un obstáculo que lo lleve a creer que una vez que usted se encuentre en la presencia de Dios, Él lo tratará como lo trataría un hombre, porque nuestro Dios es un Dios de compasión.

El temor a la rendición total

Mucho se ha escrito acerca de la consagración total del creyente al Señor. Yo prefiero la palabra *rendición*. Mientras que *consagración* implica que debemos hacer algo, la *rendición* parece reconocer que Dios, y solamente Dios, puede llevar a cabo lo que es necesario. Somos como ramas rendidas a la vid, confiando en Él para todo lo que necesitamos. Nuestra vida misma debe provenir de Él. La rendición es una *actitud*, no algo que debemos hacer.

Muchos temen a la rendición total que el estar cerca de Dios les demandará; luchan por aferrarse a cosas que han reservado para sí y que intentan esconder de Dios. O quizá en el pasado entregaron al Señor cierto pecado o situación y no pareció que se produjeran cambios. Esto los llevó a perder la esperanza y a concluir que si algún cambio ha de producirse será porque *ellos* habrán hecho que así fuera. Las personas con este tipo de

experiencias tienen una visión distorsionada de lo que es verdaderamente la rendición total, pues la asocian con una pérdida inmediata o con resultados inmediatos.

Hace algunos años conocí a una joven que deseaba con todo su corazón servir al Señor en el ministerio, pero tenía un problema: luchaba continuamente con la depresión. Le hice varias preguntas, como: “¿Disfrutas de estar desanimada? ¿Sientes alguna satisfacción cuando estás deprimida?”. (Porque muchos aman la compasión que reciben de otros y no tienen intención de cambiar.) Le pregunté si podía identificar algún suceso que explicara su abatimiento. Luego me referí al tema del pecado en su vida. Respondió de manera honesta y clara a todas mis preguntas, y no había razón aparente para la depresión. Le formulé una última pregunta: “¿Amó más Cristo a Su Padre cuando estuvo en el monte de la Transfiguración, donde los discípulos vieron Su gloria, que cuando estuvo colgado en la cruz del Calvario?”. Su respuesta fue correcta: “Amó a Su Padre de la misma manera en ambas circunstancias”.

Le expliqué que la rendición es amar a Dios tanto en los tiempos buenos como en los malos; es amar a Dios en medio de la tristeza o el gozo, porque Él es Dios. Seguidamente le dije que ya no le diera prioridad a la depresión y que dejara de hacerla el centro de su vida; que en cambio, hiciera de Cristo su todo. Al dejar de preocuparse por su incapacidad para servir al Señor por culpa de su mala salud emocional, pronto y casi sin darse cuenta se encontró sirviendo a Cristo sin reservas. No ocurrió de la noche a la mañana, pero ocurrió.

Debemos amar al Señor durante nuestra prueba más severa de la misma manera que lo hacemos cuando somos sorprendidos por sucesos agradables. Muchos creyentes desean rendirse totalmente al Señor para recibir bendiciones constantemente, pero cuando las cosas comienzan a tornarse dolorosas, retoman el control de la situación rehusándose a esperar en Él.

Observe la actitud de simple rendición de Job; había determinado mantenerse firme aun en medio de los peores sucesos, circunstancias y problemas. “¿Recibiremos de Dios el bien, y el mal no lo recibiremos?” (Job 2.10). Sin importar lo que tuviera que enfrentar, Job no quería flaquear.

Si al estar frente a lo que se presenta como una adversidad usted elige resueltamente rendirse, no espere que otros lo alienten en su decisión. Recuerde que la esposa de Job no lo apoyó. No espere consuelo de otros; el único solaz que conocerá será el que Dios da. Debe aprender a amar la actitud de tomar la cruz y negarse a sí mismo, negar su yo, lo cual constituye la rendición total, pues este amor le permitirá mantener la paz aun en medio de experiencias como la de Job.

Al elegir la cruz, estará eligiendo al Señor Jesús. Al practicar la rendición a Dios en lo que sea que Él permita en su vida, habrá ocasiones en las cuales encontrará que rendirse es algo sencillo de realizar con gran confianza y fortaleza. En otras oportunidades ocurrirá con debilidad y mucha lucha; como sea que ocurra, recuerde que lo importante es que usted se rinda. Ya sea en debilidad o fortaleza, su actitud para con Dios debe ser siempre la de cederle su vida al Señor con un corazón agradecido.

Estoy convencido que el hombre espiritual no ve cosas buenas ni malas, sino solo a Dios. El enemigo se esfuerza por hacer que mostremos extremos apasionados: autosatisfaciéndonos o rechazándonos a nosotros mismos, esforzándonos por agradar a nuestros cónyuges o dándonos por vencidos diciendo “¿Qué más da?”, repudiando las

horribles manifestaciones de la carne al mismo tiempo que mostramos orgullosamente otras manifestaciones de ese mismo estilo de vida carnal, gobernado por el yo. El hombre espiritual, rendido, reacciona de la misma manera ante la alabanza y la crítica, la fortaleza y la debilidad, la libertad y la prisión, la dulzura y la amargura, la tentación y la derrota, el dolor y la salud, el hastío y el placer, y la incertidumbre y un plan concreto, porque es una persona Cristocéntrica y vive para Aquel que está por sobre todo lo que es de esta tierra. Esta persona no permite que nada lo demore siquiera un momento en su camino. La rendición no requiere de gran fortaleza, simplemente requiere someterse al poder de Dios y vivir cada día consciente de ese poder y dependiendo de él.

El temor a ser una esponja

El enemigo ha persuadido a muchos para que crean que si se rinden totalmente al Señor su vida se verá caracterizada por toda clase de abusos y sufrimiento a manos de personas que los afligirán y utilizarán. Satanás logra esto debido a que pocos han aprendido acerca de las bendiciones que resultan de recibir la crueldad que el mundo descarga sobre ellos; la bendición de ser esponjas para quienes los rodean.

Una esponja se usa para absorber. En lugar de hacerse eco de la ira, la frustración o la amargura y permitir que aflijan a otros, el creyente las absorbe y detiene su avance. La ira es como la pelota en un partido de tenis: con cada golpe de los contrincantes su velocidad aumenta hasta que uno de los dos pierde. Sin embargo, hay una gran diferencia cuando se trata de descargar manifestaciones de la vida controlada por el yo: Nunca habrá un ganador, ya que en la vida cristiana no hay ganadores sino solo “perdedores/perdedores” y “perdedores/ganadores”. Cuando se manifiesta la carne en el creyente o cuando se revela la carne de otra persona y el hijo de Dios paga con la misma moneda, se convierte en un “perdedor/perdedor”. Sin embargo, si absorbe lo desagradable que recibe de los demás, descubre que todo el problema puede detenerse. La mentira que comúnmente creemos es que el creyente perdió, pero en realidad ha ganado: Es un “perdedor/ganador”, porque aunque aparentemente perdió en la tierra, ha ganado en el reino de Dios. Del mismo modo, Cristo absorbió hasta la muerte todo lo que le hizo la humanidad, y ganó para siempre riquezas, poder, honor y gloria. Cuando lo crucificaron pareció convertirse en un perdedor, pero en realidad es un ganador absoluto.

¿Está usted dispuesto o dispuesta a hacer que los conflictos en su hogar, en sus relaciones con otros y en su corazón terminen? Entonces simplemente sea una esponja. Absorba durante el día todo lo que provenga de la carnalidad humana a su alrededor y observe cómo prevalece la paz de Cristo.

Ser una esponja se traduce en una vida bendecida, una vida de verdadera fortaleza y carácter. “[...] nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la soportamos. Nos difaman, y rogamos; hemos venido a ser hasta ahora como la escoria del mundo, el desecho de todos” (1 Corintios 4.12-13). Pablo fue un hombre de una gran fortaleza porque fue una esponja para quienes lo rodeaban.

Hay tres formas de ver el mandamiento de amar. La primera es desde la perspectiva de la ley, la cual básicamente enseña que debemos amar o de lo contrario Dios nos castigará. La segunda es desde el deseo de ser felices por obedecer la Palabra de Dios, amando a los demás como a nosotros mismos. La tercera y mejor de las tres perspectivas surge de la vida de Cristo, la cual es en realidad lo que nos permite amar a

nuestros enemigos. La primera forma es buena, la segunda es excelente, pero la tercera es la manera perfecta de Dios. Es la manera de ser una esponja y negarnos a nosotros mismos (nuestro yo) en lugar de negar al Señor que está en nosotros.

En una ocasión vino a verme un hombre que estaba preocupado por su matrimonio. Me contó que su esposa siempre le decía palabras ofensivas. Era un hombre intimidante y muy enérgico. Me relató varias situaciones de peligro en las que se había visto envuelto a lo largo de su vida y la manera en que había podido superarlas gracias su fortaleza y determinación. Yo estaba asombrado frente a las peligrosas circunstancias que este hombre había enfrentado, pues sabía que de haber estado en su lugar seguramente no me habría ido tan bien como a él. Era un hombre valeroso en todo el sentido de la palabra. Sin embargo, cuando terminó de hablar le dije que era un cobarde y un pusilánime. Casi saltó en su silla por la indignación y farfulló: “¡Explíquese!”. Le dije que yo no podría haber llevado a cabo empresas tan peligrosas como las que él había realizado, pero que la verdadera hombría no se evidenciaba por esos actos temerarios sino por la medida en que podemos ser esponjas. Le dije que resultaba patético ver a un hombre tan fuerte quejándose por algo tan trivial como que su esposa le hablaba en una manera que a él no le agradaba, y que por eso ahora estuviera pensando en divorciarse, incapaz de absorber una palabra dura. A pesar de toda su fortaleza externa, era un debilucho.

¡Cuántos matrimonios serían inmediatamente transformados si el esposo o la esposa aceptaran ser una esponja! Es la incapacidad para perder lo que causa el surgimiento de tantas raíces de amargura en los matrimonios. Si cuando un hombre se va a dormir su esposa le dice algo que le resulta ofensivo, quizá la castigue negándose a hablarle. La venganza de ella podrá ser negarse a tocarlo. Luego, el marido encontrará alguna nueva manera de hacerle pagar por sus agravios, de manera que el matrimonio entra en una espiral descendente que muchas veces termina en el divorcio. Lo triste es que uno u otro podrían haber detenido el proceso simplemente recibiendo el insulto y decidiendo amar.

Su respuesta a cada situación negativa revela lo que hay en su corazón más que en el corazón de quien la causó. ¿Ama usted a su esposa como Dios le ordena que lo haga, o solo la ama si...? ¿Respeto usted a su marido como lo establece la Biblia o solo lo respeta si...? Los “si” condicionales en su relación revelan su debilidad y deben ser rendidos antes que Dios considere que es tiempo de cambiar a su cónyuge.

La rendición –ser un perdedor/ganador– es una vida abundante para ser deseada, no temida. Quite este obstáculo de su camino mientras se acerca a Dios. Junto con el mandamiento de negarnos a nosotros mismos (de negar nuestro yo), Dios da toda la fortaleza espiritual necesaria para cumplirlo.

Cuando ministro a una persona que está enojada por lo que otra le ha hecho o ha dicho acerca de ella, me gusta preguntarle: “¿Está usted ofendido/a?”. Luego le digo que me alegro por la afrenta y que espero que en el futuro continúe recibiendo insultos. El ser ofendido es un elemento crucial en la vida del cristiano, porque cuando lleguemos al punto en el cual la insolencia de los demás ya no nos moleste, sabremos que estamos viviendo la vida que permanece. Jesús podría haberse resentido con la multitud que pidió Su crucifixión; sin embargo, muy poco después entregaría Su vida en favor de esos y otros transgresores. Si aceptamos los insultos de otros, podemos dar nuestra vida a esas mismas personas. Nosotros morimos para que ellos vivan (2 Corintios 4.10-12).

Cuando somos despreciados, tenemos dos responsabilidades: La primera es recibir el insulto con perdón y la segunda es sacar al ofensor de la condición en la cual desea ofender a otros.

¿Desearía usted que se publicara un libro en el cual figuraran por orden alfabético los nombres de todas las personas que usted conoce y los comentarios negativos que ha hecho sobre ellas? ¡Por supuesto que no! A nadie le gustaría eso. Usted procuraría que ese libro fuese destruido. Cuando oiga que alguien dice algo negativo acerca de usted, destruya esa información inmediatamente, tanto para beneficio de esa persona como para beneficio suyo, y no permita que afecte la relación. Después de todo, usted sabe que también es culpable de lo mismo.

En medio de toda confrontación negativa hay algo que no solo debe aprender el ofensor sino también usted, el ofendido. ¿Puede usted perdonar, amar y alentar a otros de la misma manera en que lo hizo el Señor cuando usted lo ofendió a Él? El corazón del ofensor se identifica claramente, pero *nuestra* reacción revela *nuestra* condición: carnal o espiritual. Si usted es carnal, espero que continúe recibiendo afrentas hasta que andar en la carne lo deje tan insatisfecho que tenga que recurrir a la profunda vida interior que no puede ser ofendida.

A menudo he pensado qué maravilloso sería asistir a una iglesia en cuya entrada pudiera leerse la inscripción: “Esta es una congregación de creyentes a quienes es imposible ofender”. Digo esto porque a menudo me desconcierta la manera en que los miembros de la iglesia y los integrantes del equipo ministerial se evalúan celosamente unos a otros para detectar fallas que confirmen sus observaciones; ¡observaciones condicionadas por sus emociones! Analizan de manera crítica cómo otros gastan su dinero, la clase de automóviles que conducen, la ropa que visten y aun el tamaño de sus oficinas, hasta encontrarse completamente envueltos en resentimientos. Esto no debería ser así.

Si asumimos seriamente que la vida cristiana debe vivirse en una relación de permanencia momento a momento, entonces podremos ver cada ofensa como la primera de ese momento y, por lo tanto, como la primera de todas. Es sencillo perdonar la primera ofensa, pero demasiadas personas ven a cada una como otra gota en el recipiente de las evidencias que confirman que una persona no vale nada y debe ser desechada. Al recibir siempre cada ofensa como la primera, veremos que es muy fácil perdonar setenta veces siete.

El temor a la debilidad

Muchos creen que son demasiado débiles para entrar en la presencia de Dios. Han sido persuadidos que tal privilegio está reservado para los poderosos. Sin embargo, la debilidad nunca debe ser un impedimento.

Los israelitas que salían cada mañana a recolectar el maná constituían un grupo muy heterogéneo. Algunos eran jóvenes y fuertes, mientras que otros eran ancianos, viudas o personas débiles. Sin embargo, si el fuerte recogía mucha cantidad, a la mañana siguiente encontraba que no le sobraba nada. Al mismo tiempo, los débiles que recogían solo una pequeña porción encontraban que tenían todo lo que necesitaban. El fuerte y el débil eran tratados de la misma manera, porque Dios no es parcial.

Así sucede con los creyentes que recogen diariamente el verdadero maná (Jesús) que descendió del cielo. Los que tienen gran fortaleza no pueden recoger más que los que tienen muchas deficiencias. Nuevamente, Dios no es parcial. La totalidad de la vida del Hijo está a disposición aun del más débil, quien precisamente es el más apto para vivir en la presencia de nuestro Salvador. Porque cuando somos fuertes es más probable que nos volvamos confiados y no reconozcamos la necesidad que tenemos de Él momento a momento.

El enemigo ha persuadido a muchos para que crean que son incapaces de tener una relación profunda con el Señor. Este engaño es posible debido a los conceptos equivocados acerca de lo que es en realidad una relación profunda con Dios. El creyente puede pensar que se trata de una vida monástica de oración y deberes religiosos, ministrar en algún país lejano o llegar a un nivel de perfección visible. Definida en tales términos, ¿es de asombrarse que pocos creyentes crean que esta clase de vida es para ellos? La definición del Señor de una vida profunda no es una vida que impone cargas sino una en la cual simplemente rendimos nuestro espíritu a Él momento a momento. Es la vida natural que permanece, la misma conciencia (que no es resultado del esfuerzo) que posee una rama injertada en una vid. Aunque la rama puede no sentir nada especial, existe una serena dependencia y confianza en que la vid proveerá todo lo necesario. Al observar la rama, vemos que su vida de confianza inquebrantable no solo es posible sino que es su forma más natural de existir. De hecho, sería mucho más difícil y artificial para la rama vivir en un florero, separada de la vid. La vida profunda que permanece es posible para todos, aun para el más débil.

¡Cuánto ha sufrido el cuerpo de Cristo por la constante comparación de los miembros entre sí! Muchos avivamientos simplemente están centrados en una persona, quien dedica una semana entera a relatar todos sus logros. Silenciosamente, los presentes comienzan a compararse con esa persona y concluyen que nunca serán así de eficaces ni agradables a Dios. Esta enseñanza deja a la iglesia con muchas personas que se sienten demasiado débiles, faltas de preparación y desalentadas como para siquiera entrar alguna vez en una relación profunda con el Señor.

Es necesario señalar claramente que lo que se necesita para vivir la vida bendecida de comunión continua con el Señor no es una inteligencia, capacidad o poder superiores, sino una cualidad del corazón que puede determinarse fácilmente. Cualquiera que responda afirmativamente a la pregunta: “¿Ama usted a Dios?”, posee todo lo necesario para vivir y andar en una relación profunda con el Señor. Debemos apropiarnos de una sencilla verdad que ha sido obstruida y ocultada. Debido a que Dios dio a Su Hijo para hacer de nosotros Su posesión, *no hay nada más fácil de tener que la presencia y el gozo de Jesucristo momento a momento*. No existe nada más sencillo, ya que es algo que el Padre da a todos sin medida, aun al más débil.

Nunca permita que el enemigo lo convenza de que usted no es la persona adecuada para estar en la presencia de Dios; que esta bendición puede ser para otros pero no para usted. Obedezca el mandamiento de entrar confiadamente en Su presencia. ¿Por qué se nos dice que lo busquemos? ¡Porque Él puede ser hallado! Dios quiere que todo creyente lo encuentre. “Y me buscaréis y me hallaréis, porque me buscaréis de todo vuestro corazón” (Jeremías 29.13). “Mi corazón ha dicho de ti: Buscad mi rostro. Tu rostro buscaré, oh Jehová” (Salmos 27.8).

Hemos oído el mandamiento, los problemas nos están acercando a Dios y somos libres para obedecer. Buscaremos al Señor, quien puede ser hallado.

El temor en sí

Al seguir analizando los obstáculos que el enemigo pone delante de nosotros cuando nos acercamos a la presencia de Dios, debemos ser conscientes de que si sus otros engaños fracasan, gustosamente utilizará su as en la manga: el temor.

Es interesante observar que en la Biblia predominan dos enseñanzas respecto del temor. La primera abarca todos los mandatos para temer a Dios. “Los que teméis a Jehová, alabadle” (Salmos 22.23). “El principio de la sabiduría es el temor de Jehová” (Salmos 111.10). “La comunión íntima de Jehová es con los que le temen, y a ellos hará conocer su pacto” (Salmos 25.14). “He aquí el ojo de Jehová sobre los que le temen, sobre los que esperan en su misericordia” (Salmos 33.18). Esta primera enseñanza sirve de base para la segunda respecto del temor. “Mira, Jehová tu Dios te ha entregado la tierra; sube y toma posesión de ella, como Jehová el Dios de tus padres te ha dicho; no temas ni desmayes” (Deuteronomio 1.21). “Entonces os dije: No temáis, ni tengáis miedo de ellos” (Deuteronomio 1.29). “Y me dijo Jehová: No tengas temor de él, porque en tu mano he entregado a él y a todo su pueblo, con su tierra; y harás con él como hiciste con Sehón rey amorreo” (Deuteronomio 3.2).

¡Nuestro Dios es un Dios celoso! No debemos tener otros dioses delante de Él. Una de las características de un falso Dios es que inspira temor, sin lo cual los adoradores pronto perderían interés en él y lo abandonarían.

Es sencillo darse cuenta cuál es el objeto de adoración de las personas al observar qué las inquieta. Algunos permiten que los desestabilice su situación financiera, lo cual señala que han puesto su confianza en el dinero y no en su Padre celestial para Su provisión. Algunos se acercan a las autoridades de manera temerosa, revelando que su esperanza está puesta (consciente o inconscientemente) en los poderosos. Algunos temen a las acciones de los hombres, pues sus expectativas están puestas en los seres humanos. Y la lista continúa. Es importante que comprendamos que se nos *manda* temer únicamente a Dios.

El temor está reservado como una de las formas más elevadas de adoración. Satanás se presenta a sí mismo como el dios de este mundo y demanda el temor de sus seguidores. Sin embargo, se nos manda temer solamente al único Dios verdadero, el Padre de nuestro Señor Jesucristo. Solo Él es digno del temor de la humanidad. Temer a un dios como Satanás es adorarlo. ¡Eso no es otra cosa que pecado! Nuestra adoración al único Dios verdadero tiene el propósito de liberarnos de todo otro temor: del temor a Satanás, al hombre y a las circunstancias. “Y no temáis a los que matan el cuerpo, mas el alma no pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10.28).

La razón por la cual el enemigo busca inspirar temor en el pueblo de Dios es para intentar probarse a sí mismo que es más que un ángel caído, un enemigo derrotado y un león que ruge pero que no tiene dientes. A través del temor, Satanás recibe una medida de adoración que debe ser reservada únicamente para Dios, y nuevamente intenta elevarse a sí mismo al nivel del Señor.

Cuando Jesús estuvo en el desierto, Satanás lo tentó diciéndole: “Todo esto te daré, si postrado me adorarés” (Mateo 4.9). La palabra *adorar* significa sencillamente “dar o prestar atención a”. En otras palabras, Satanás estaba diciendo: “¡Dame tu atención!”. Jesús se rehusó, diciendo: “Vete, Satanás, porque escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás” (Mateo 4.10). Únicamente Dios debe tener nuestra atención.

Lamentablemente, hay muchos creyentes que prestan demasiada atención a Satanás, pues no pasa un día sin que el temor de él los consuma mientras hablan constantemente de sus estrategias y engaños. No es extraño oírlos mencionar más al enemigo que a Cristo. Han sucumbido, si bien inconscientemente, a la adoración del adversario; pero se equivocan, porque no hay forma de comparar su poder con el poder de nuestro Dios.

Muchas veces la batalla entre el bien y el mal se ilustra mediante el símbolo taoísta de un pequeño círculo, mitad blanco y mitad negro. Los colores están dispuestos en el círculo de tal manera que luchan entre sí para dominar, pero en la medida que el negro gana terreno el blanco pierde, y viceversa. Algunos creyentes entienden que el cielo y la tierra se encuentran en medio de esta clase de batalla entre las fuerzas de la oscuridad y las fuerzas de la luz. Sin embargo, no ocurre así: “En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres. La luz en las tinieblas resplandece, y las tinieblas **no prevalecieron contra ella**” (Juan 1.4-5; énfasis del autor). La luz y las tinieblas no batallan con igual fuerza, porque la oscuridad siempre debe ceder ante la luz. La oscuridad nunca domina a la luz, sino que ingresa cuando la luz se retira y se lo permite. La luz, por el contrario, vence a la oscuridad y la obliga a retirarse.

El hombre aun no ha inventado una “luz oscura” –lo opuesto a una linterna– que pueda penetrar la luz del día con un haz oscuro. No existe nada que pueda producir un efecto negativo sobre la luz, pues la oscuridad no tiene poder sobre la luz ni defensa contra ella. Al encontrarme en las montañas, en medio de la noche más oscura sin el brillo de la luna o las estrellas, mi linterna es capaz de disipar las tinieblas. La enorme expansión oscura no puede vencer a mi pequeña linterna barata, sino que debe huir ante su rayo de luz.

¿Qué sería de nuestra vida sin el amanecer que obliga a la oscuridad a huir inmediatamente y que permite la productividad y la seguridad del día? Cada día la luz de Dios debe amanecer en nuestro corazón; así, toda tiniebla y todo temor desaparecerán. No es necesario estudiar montañas de libros para comprender la oscuridad y su poder, cuando todo lo que necesitamos conocer es la presencia de la luz de Cristo que está en nuestro corazón. No hay fuerza demoníaca, por grande que sea, que pueda oponerse a Su luz, pues las tinieblas deben huir y ceder terreno a Su gloria.

Así como la luz es infinitamente mayor que la oscuridad, también el poder de Dios es infinitamente mayor que el poder del enemigo. Por esta razón sabemos que la oscuridad de Satanás solo podrá operar donde Dios determine que puede hacerlo. Es importante que mantengamos nuestra atención en la luz de Dios liberada en nosotros, la cual obligará a huir a cualquier oscuridad que pretenda introducirse en nuestra vida.

Satanás tuvo que obtener permiso para cada acción que llevó a cabo contra Job. En las palabras de Jesús a Pedro: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo”, también vemos que Satanás tuvo que pedir permiso antes de llevar a cabo su plan, el cual Jesús le permitió ejecutar por una razón: “Pero yo he rogado

por ti, que tu fe no falte; y tú, una vez vuelto, confirma a tus hermanos” (Lucas 22.31-32). Habría sido el final de Pedro, y también el nuestro, de no ser por la intercesión de la gran Luz que es Jesucristo. Sin duda, necesitamos ser conscientes de la actividad del enemigo, pero más importante aun, necesitamos reconocer en nuestro corazón la verdadera omnipotencia de nuestro Dios a quien adoramos con temor.

Una joven que se hallaba en medio de un conflicto matrimonial y cuyo esposo se comportaba de manera muy irracional, me dijo que cada vez que debía bajar al sótano se sentía paralizada por el temor. Le pedí que fuera a ese lugar, abriera la Biblia y leyera los siguientes versículos: “Y les dijo: Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo” (Lucas 10.18). “Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo” (Efesios 6.11). “Someteos, pues, a Dios; resistid al diablo, y huirá de vosotros” (Santiago 4.7). “Jehová te reprenda, oh Satanás” (Zacarías 3.2). Le sugerí que también ordenara a toda fuerza demoníaca salir de su casa en el nombre del Señor Jesús. Le advertí que si sentía más temor después de ordenar a Satanás que se fuera, sería importante que no escapara, porque esta es la última arma que utiliza el enemigo para hacer retroceder al creyente. De manera que nuestro temor no es evidencia del poder del enemigo sino la prueba de que no tiene autoridad para quedarse. Dije a la joven que el propósito del ejercicio no era buscar demonios detrás de cada armario ni debajo de las camas, sino que ella pudiera reconocer el poder que hay en la luz de Dios.

Cuando regresó a mi oficina la semana siguiente estaba asombrada por lo que había ocurrido. Había descendido al sótano con su bebé recién nacido y, cuando comenzó a leer los versículos que le di, la envolvió el temor. Entonces ordenó al enemigo que se fuera, tras lo cual le sobrevino un temor tan grande que cayó de rodillas. Recordó que el temor es prueba de la pérdida de poder por parte del enemigo y de su supremo esfuerzo por permanecer, por lo que se mantuvo firme en la victoria ya ganada por la sangre de Jesús y ordenó una vez más al enemigo que se fuera. Inmediatamente un río de paz inundó el lugar.

Me contó luego que debido a que mi sugerencia había dado tan buen resultado, se paró en el umbral de la puerta de entrada de su casa y ordenó a Satanás que nunca volviera a entrar a la casa junto con su esposo. Algo muy interesante ocurrió aquella noche, pues su esposo no quería entrar a la casa para acusarla y discutir con ella, sino que quiso que saliera y discutiera con él en su vehículo. Cuando regresaron, él ya no deseaba continuar con la riña. “Y el Dios de paz aplastará en breve a Satanás bajo vuestros pies. La gracia de nuestro Señor Jesucristo sea con vosotros” (Romanos 16.20).

Felices los que no confían en sí mismos y no ponen su confianza en la carne, sino que confían en la Luz que ha vencido la oscuridad. Sin duda, nosotros no podemos hacer frente al enemigo; pero él tampoco puede hacer frente a la Luz que mora en nosotros. “Pero ustedes son una familia escogida, un sacerdocio al servicio del rey, una nación santa, un pueblo adquirido por Dios. Y esto es así para que anuncien las obras maravillosas de Dios, el cual *los llamó a salir de la oscuridad para entrar en su luz maravillosa*” (1 Pedro 2.9, DHH [énfasis del autor]).

CAPÍTULO 5

Las definiciones equivocadas

Muchos creyentes buscan realidades espirituales en su vida y nunca las encuentran. Son sinceros y no carecen de celo y dedicación al proyecto. ¿Por qué no pueden todos los creyentes hallar lo que por derecho les corresponde en Cristo? Muy a menudo, la respuesta se encuentra en las definiciones equivocadas respecto de lo que se busca. Las definiciones de los creyentes respecto de lo que buscan no coinciden con las definiciones de Dios respecto de lo que Él da, de modo que están buscando algo que no está en el propósito de Dios proporcionar. Ellos (u otros por ellos) han definido incorrectamente lo que significa ser personas espirituales, agradar a Dios, estar cerca de Él, ser uno con nuestro cónyuge o tener la seguridad de ir al cielo.

Imagine que usted tiene problemas financieros y le dicen que la solución es llenar con oro el jardín de su casa. Debido a que usted no conoce el oro, pregunta: “¿Cómo es el oro?”. Le responden que un poste de teléfono es oro. Sobre la base de esta definición equivocada, usted se esfuerza por llenar el jardín con postes de teléfono, creyendo que ello constituye la solución a sus problemas. Después, descubre que toda su labor ha sido en vano y que ahora es más pobre que antes de iniciar la búsqueda.

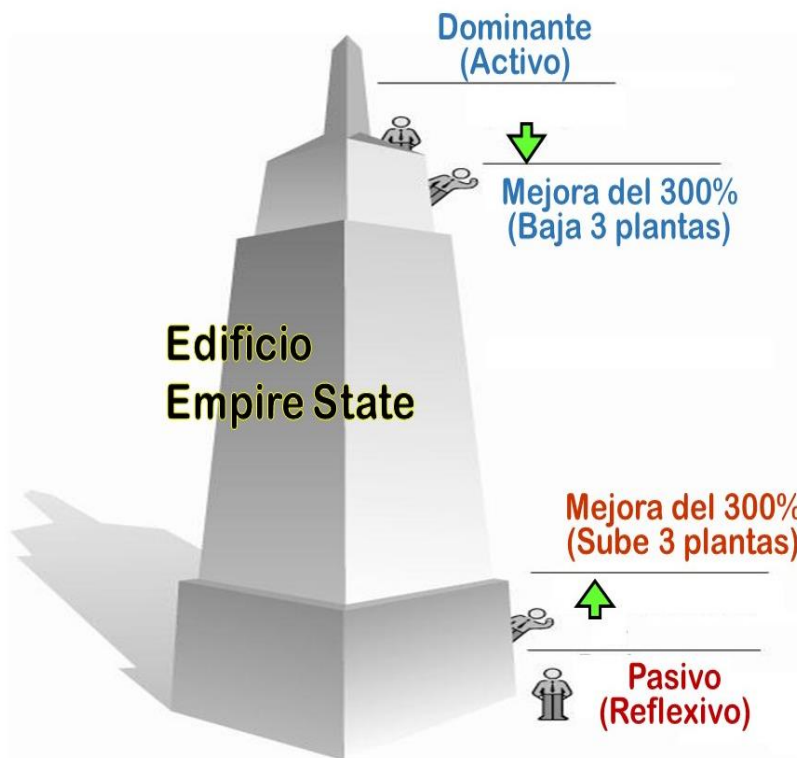
Las definiciones equivocadas han causado mucho sufrimiento en numerosas vidas. En la relación matrimonial, tanto el esposo como la esposa poseen un diccionario invisible del corazón. Si yo buscara en mi diccionario la palabra *limpio*, la definición que aparecería sería la siguiente. *Limpio*: Tener un camino en medio de los elementos esparcidos, para llegar de una habitación a otra. Sin embargo, si buscara la misma palabra en el diccionario del corazón de mi esposa encontraría lo siguiente. *Limpio*: Ver inmaculado; lo opuesto a mi esposo. Como podrá ver, existe una enorme diferencia entre mi definición de *limpio* y la de mi esposa.

Otra definición que sería interesante analizar es la de la palabra *amor*, pues mi diccionario la relacionaría con abrazos constantes, besos y muestras visibles de afecto, mientras que la definición de mi esposa estaría dada en relación con hacer el bien a otros, limpiar, lavar y cocinar. Las diferencias en nuestras definiciones podrían causar considerable división. Yo podría decirle a mi esposa: “No me amas” (porque deseo que se exprese de manera más emocional para conmigo), a lo que ella a su vez podría responder: “Tú no me amas a mí” (porque le gustaría que yo le brindara más ayuda y participara en más actividades prácticas). La verdad es que ambos podemos estar amándonos el uno al otro tanto como podemos según nuestras propias definiciones, pero no nos estamos amando mucho según la definición del otro. Sencillamente no hemos entendido lo que el otro desea o quiere decir cuando procura dar o recibir amor.

Podemos ver fácilmente cuánto conflicto se origina en una pareja a causa de las diferencias en sus definiciones. Este conflicto puede llegar tan lejos que cada uno se da por vencido respecto del otro y hasta llega a la conclusión que él o ella ya no cambiará.

Relacionarnos con nuestro cónyuge sobre la base de definiciones diferentes también nos hace percibir al otro de manera distorsionada. Imagine que un esposo muy

emocional que ama las alturas se encuentra en la parte más alta del Edificio Empire State de Nueva York (102 pisos) y debajo de él, en la acera, se encuentra su muy analítica y nada emocional esposa que le teme a las alturas.



Aunque el esposo descendiera tres pisos, ¿lo vería más cerca su esposa que lo observa desde abajo? ¡Claro que no! Aunque el esposo ha hecho algo para mejorar su posición, ella no lo percibe. Su comentario podría ser: “¡Aún no puedo verte!”. El marido, al observar que su cambio no fue apreciado, podrá creer que lo mejor sería regresar a lo alto del edificio donde se encontraba muy a gusto disfrutando de la vista. Por otra parte, enfrentando enorme estrés y temor, la esposa podría subir tres pisos y comenzar a hacer señas a su esposo, convencida de que él apreciará su gran esfuerzo por acercarse. La respuesta del esposo podría ser: “¡No puedo verte! ¿Acaso no vas a subir?”. Este es todo el desaliento que la esposa necesita para regresar inmediatamente a su zona de comodidad: la acera. No han logrado acercarse más de lo que estaban antes y ahora se rehúsan a realizar nuevos intentos.

Conocer las definiciones y percepciones de nuestro cónyuge nos alentará y permitirá apoyar sus esfuerzos. Sin embargo, esto no ocurre en el común de los casos.

Si somos la novia de Cristo, ¿no es lógico que Él también tenga un diccionario con todas las definiciones con respecto a nuestra vida juntos? Ese diccionario está representado por la Biblia. Nosotros también tenemos nuestro propio diccionario del corazón con respecto a nuestra relación con Dios. La pregunta es, ¿concuerdan las definiciones del Señor con las nuestras? Si no es así, nos encontraremos viviendo una vida insatisfecha y vacía, sintiéndonos un rotundo fracaso y que somos totalmente inaceptables para Él.

Me gusta pedir a los creyentes desalentados que realicen el siguiente test de percepción espiritual:

- ¿Cómo sabe con certeza que Dios le oye?
- ¿Cómo sabrá cuándo está cerca de Dios?
- ¿Cómo sabrá que ha llegado a ser una persona espiritual?
- ¿Cómo sabrá cuándo Dios lo acepta?
- ¿Cómo sabrá cuándo es agradable a Dios?
- ¿Cómo sabrá cuándo está libre de su pecado?
- ¿Cómo sabrá cuándo su vida cuenta para Dios?
- ¿Cómo sabrá cuándo usted es santo?
- ¿Qué es la vida abundante?
- ¿Qué debe hacer para obtener recompensas?

Pocos responden correctamente las preguntas del test. ¿Por qué la mayoría de los creyentes poseen las definiciones de Dios (la Biblia) y, sin embargo, no las creen? Continúan buscando las cosas de Dios utilizando sus propios significados erróneos e inadecuados. Un ejemplo es con respecto a la pregunta: “¿Cómo sabrá cuándo está cerca de Dios?”. La respuesta a menudo indica ciertas actitudes o emociones con respecto a la cercanía. De acuerdo con la definición de Dios en el Salmo 139, no hay sitio dónde escondernos de Su presencia; así que ¡siempre estamos cerca de Él! La cercanía en sí no necesita evocar emociones, pues es algo que se recibe por fe, no por vista. Estamos cerca porque Dios dice que lo estamos; cuando lo creemos, nos damos cuenta que se trata de una conciencia y no de emociones que debemos buscar. Si continuamos buscando lo que ya poseemos, lo perderemos.

Conocí a un hombre que creía que el único lugar del planeta donde existía oxígeno era la sala de estar de su casa. Cuando vino a mi oficina estaba completamente alterado (pues creía que allí no había oxígeno) y enojado (porque me culpaba de haber tenido que alejarse del lugar donde podía respirar). ¡Qué imagen patética! Un hombre semiahogado buscando aire para respirar en un cuarto lleno de él... y todo por haber creído a una voz engañadora que lo había convencido que si el cuarto estuviera realmente lleno de oxígeno lo embargaría un sentimiento especial que lo confirmaría. El pobre hombre no necesitaba más que detenerse, descansar y respirar profundo.

Así también ocurre con el creyente que continúa buscando la cercanía de Dios de acuerdo con sus propias definiciones, sin reconocer que debido a que tiene a Cristo, ya tiene la cercanía de Dios. ¿Existe alguien que esté más cerca de Dios que Cristo? El creyente no necesita seguir buscando ¡ya puede comenzar a vivir una vida de cercanía con Dios! Quizá no sienta nada, pero la fe no es una emoción. Al descansar y llenar del Señor sus pulmones, el creyente comprenderá que siempre tuvo lo que estaba buscando. “Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos” (Hechos 17.28).

Una definición equivocada que puede constituir un gran obstáculo para un cristiano es la confusión en cuanto a qué es permanecer en Cristo. Para comenzar a echar algo de luz sobre esta cuestión es conveniente destacar lo que *no es* la vida que permanece.

En primer, lugar la vida que permanece no es una en la cual nos llevamos bien con todo el mundo. Aunque se nos ha mandado amar a los demás, la manera en que ese amor es recibido no es un método preciso para determinar si somos carnales o espirituales. Los cristianos a veces piensan que su madurez se mide sutilmente por las respuestas de los demás. Es decir, si la persona a la cual aman responde positivamente, quiere decir que son espirituales y cualquier reacción negativa demostraría que son inmaduros. Muchos sufren por la autocondena y por el juicio de otros cuando no logran tener una buena relación con sus padres, su cónyuge, sus vecinos o sus compañeros de trabajo. Sin embargo, Jesús enseñó claramente que si los hombres lo odiaron a Él, también nos odiarían a nosotros; que Él trajo una espada para dividir y que aun habría familias que serían destruidas por Su causa. “El hermano entregará a la muerte al hermano” (Mateo 10.21). Esta no es excusa para el comportamiento carnal de los creyentes, pero debemos tener en cuenta que los cristianos serán perseguidos, rechazados, difamados y culpados aun cuando hayan hecho poco o nada para provocarlo. Pablo pregunta si la luz y la oscuridad pueden tener comunión. Hay personas que están en la oscuridad y buscan la luz, y a estas debemos guiar. Pero hay quienes aman la oscuridad y odian a los que están en la luz; y algunos de estos que así se conducen son miembros de nuestra familia.

Hay también quienes creen que un cristiano debe preocuparse cuando alguien piensa mal de él o ella, pues esto indicaría que ha incurrido en alguna clase de equivocación. Jesús dijo exactamente lo contrario en Lucas 6.26: “¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres hablen bien de vosotros! Porque así hacían sus padres con los falsos profetas”.

Que no nos llevemos bien con otros creyentes no quiere decir necesariamente que seamos carnales, egoístas y pecadores. Tampoco implica que no deberíamos ministrar. John Wesley fue un extraordinario hombre de Dios, pero simplemente no podía llevarse bien con su esposa; ella se negaba a vivir en armonía. Él no dejó de amarla, pero no cargó con toda la culpa ni dejó de ministrar.

En una ocasión en la cual me preparaba para enseñar un seminario sobre la manera de vivir la vida abundante, un pastor permanentemente me señalaba todas las minúsculas doctrinas que él atesoraba y su preocupación en cuanto a que yo no las presentara correctamente. Por ese motivo, no estaba seguro de apoyar abiertamente el seminario. Le dije que comprendía sus objeciones y las razones que le impedían participar en el seminario. También le expliqué que la conferencia no era para todos; no procuraba ministrar a quienes estaban bien y en victoria sino a quienes estaban luchando. Inmediatamente me acusó de ser arrogante por no querer discutir con él sobre nuestras pequeñas diferencias.

Un hermano de Inglaterra, después de hablar sobre la vida profunda en Cristo, fue abordado por un participante descontento que deseaba conocer su posición con respecto a la predestinación. Mi amigo escuchó mientras la persona cuestionaba su punto de vista y luego le respondió: “Perdóneme, ¿qué dijo usted acerca de Jesús?”.

El contencioso replicó: “No estaba hablando de Jesús; estaba hablando sobre la predestinación”, y continuó con su perorata.

Mi amigo escuchó pacientemente y al final preguntó una vez más: “Perdóneme, ¿qué dijo acerca de Jesús?”.

Frustrado, el hombre exclamó: “¡No estaba hablando de Jesús! ¡Estoy intentando hablar sobre la predestinación!”.

En ese momento mi amigo le dijo: “No puedo continuar hablando con usted porque solo quiero hablar de lo que es importante: Jesús”.

Lo que quiero decir es que la vida profunda puede incluir conflictos con otras personas. En todos los casos, debemos permanecer siempre cimentados en el amor, porque el que no ama es un rebelde en el reino de Dios. Sin embargo, no debemos dejarnos desviar de nuestro camino por quienes no quieren llevarse bien con nosotros.

De hecho, cuando algún miembro de nuestra familia, un compañero de trabajo o un miembro de la iglesia habla mal de nosotros, ¡en realidad nos están haciendo un cumplido! La conducta de estas personas –que todos perciben– es completamente carnal, contenciosa, airada, amarga y manipuladora.

En segundo lugar, la vida que permanece no es una en la cual nunca cometeremos errores, porque aun los creyentes profundamente espirituales y devotos se equivocan.

En diferentes momentos mi abuelo crió ovejas y cerdos. Es interesante que después de una lluvia, las ovejas –generalmente por su insensatez– pueden meterse en el lodazal y quedar inmovilizadas con sus cuatro patas atascadas en lodo que les llega hasta el vientre. Al verse en tal condición, inmediatamente comienzan a balar pidiendo socorro; lo cierto es que ellas mismas llegaron a esa situación tan ridícula, la cual son impotentes para remediar. En cambio, al dejar libres a los cerdos, estos se lanzan a propósito en el lodazal, echándose y revolcándose en el barro, felices de estar allí. Si usted intenta sacarlos, se opondrán chillando ruidosamente.

Al igual que las ovejas, los creyentes experimentados en la vida que permanece a veces caen –ellos también por insensatez– en el lodo del pecado. Sin embargo, a diferencia de los creyentes carnales que se revuelcan en el pecado y disfrutan de esa condición, los creyentes espirituales pedirán socorro porque no disfrutan del sitio en el cual se han metido. Sí, los creyentes consagrados a Cristo se equivocan, fracasan, hacen cosas insensatas y pueden sucumbir al pecado; pero nunca, nunca lo disfrutarán.

Un hindú me dijo cierta vez que la religión es victoria, victoria y victoria. Eso es lo que la religión intenta proclamar y dar como solución de una vez y para siempre. Sin embargo, la fe cristiana no es religión, es el Camino, la Verdad y la Vida. Cuando llegamos a Cristo, la vida que entra en nosotros a menudo lo hace con tal fuerza y gozo que puede sorprendernos que no quede nada de la vieja naturaleza. Sí, la antigua persona ha sido crucificada, quitada y ya no existe. Sin embargo, el bagaje de la vieja persona permanece. El creyente espiritual debe entonces aprender el secreto de tomar su cruz cada día y negar el bagaje de la vieja naturaleza. La vida del creyente espiritual es una combinación de sucesivas experiencias de victoria y derrota, mientras la vida de Cristo continúa expandiéndose en el interior de este creyente y revelándole más cosas que Él quitará. Nunca se desanime por los fracasos, porque la realidad es que tenemos en nuestro interior una vida victoriosa que no dejará de manifestarse.

Tercero, la vida que permanece no es una vida exenta de tentación. Las tentaciones no revelan el corazón de la persona tentada sino el carácter del tentador, el

enemigo. Demasiados cristianos están obsesionados con sus tentaciones. Se preocupan pensando qué clase de creyentes serán por tener esa clase de pensamientos. Sin embargo, el hecho que sus tentaciones les resulten algo que no encaja en su vida es prueba de que no representan su verdadero carácter.

¿De dónde reciben los creyentes estas definiciones equivocadas que ejercen más poder sobre ellos que las definiciones de Dios? Muy a menudo provienen de lo que resulta importante para su subcultura cristiana (sus denominaciones o grupos). Tales énfasis, que generalmente tienen su raíz en experiencias y logros importantes de líderes destacados dentro del grupo y no en la Biblia, se transforman con el paso del tiempo en dogmas, confundiéndose con realidades espirituales que ninguno de los miembros cuestionará.

Por ejemplo, cuando fumar cigarros era un símbolo de estatus, algunos evangelistas predicaban con un cigarro en la mano. En la actualidad, en la mayoría de los países fumar se considera una conducta no cristiana; la persona que fuma es vista como menos aceptable delante de Dios que un creyente que no lo hace.

Cada subcultura cristiana ejerce una enorme influencia sobre sus adherentes, definiendo por ellos qué es la verdadera espiritualidad. Memorizar la Biblia, no mirar televisión, asistir a todos los cultos de la iglesia, nunca beber alcohol, no bailar ni jugar a las cartas, tener manifestaciones emocionales de revelaciones o aun permanecer calmos en medio de un gran movimiento del Espíritu son algunas características de las personas espirituales según las definiciones propias de ciertos círculos.

En una oportunidad, cuando viajaba por África, asistí a dos iglesias que habían sido fundadas por el mismo maestro estadounidense, quien tiene un estilo de predicación muy particular. Para mi asombro, ambos pastores, los cuales habían recibido la misma capacitación por parte de este hombre, caminaban, hablaban, sostenían su Biblia y hasta utilizaban frases de la misma forma que su maestro. Para ellos, su conducta externa se había convertido en la señal de la verdadera espiritualidad; se esforzaban por imitarlo, y si fracasaban en ello, creían que habían fracasado en ser espirituales. Al mostrar esta conducta delante de sus congregaciones, los creyentes más jóvenes habrán pensado que así era como un verdadero hombre de Dios camina, habla y sostiene su Biblia. En este sentido, su subcultura estaba ejerciendo sobre ellos más poder que la Biblia.

¿De dónde provienen *sus* definiciones de lo que es la espiritualidad exitosa? ¿De otros, de la subcultura de su iglesia, de sus propias experiencias? Lo importante es que concuerden con las de Dios, ya que usted puede verse estorbado en su viaje a la presencia de Él a causa de falsas ideas y percepciones acerca de su vida en Cristo. ¡Usted puede estar buscando lo que ya posee! Muchos aspectos de la vida cristiana no son difíciles de alcanzar, pues son algo que simplemente debe recibirse. Deténgase y conozca el verdadero carácter de Dios, y la búsqueda será reemplazada por la alabanza.

Las definiciones de Dios para el éxito las hallamos en el Sermón del monte, donde encontramos lo que los hijos de Dios expresan por medio de su nueva naturaleza: la vida de Cristo dentro de ellos. Esta expresión singular de la manera de vivir celestial distingue al creyente del resto del mundo. Los credos eclesiales, las declaraciones de doctrina y las teologías sistemáticas puedan creerse de todo corazón, y aun así no producir cambios en sus adherentes. Existe suficiente dinamita en Mateo 5 como para eliminar cualquier vestigio del yo cuando la vida de Cristo es liberada a través de un cristiano en una

relación de comunión de momento a momento con Él. El error de muchos creyentes es creer que la ansiada solución “de una vez y para siempre” existe, y que después, por medio de una acción sobrenatural del Espíritu Santo, se encontrarán viviendo en victoria constante y sin obstáculos. Israel recogió el maná en el desierto. Si recogían más de lo que necesitaban para un día, se agusanaba. Jesús es el verdadero maná, y el Jesús que usted tenía ayer no sirve para hoy. Debe ser recogido, por así decirlo, diariamente. Dios no está satisfecho con una solución de una vez y para siempre, de una llenura de una vez y para siempre, ni con liberarnos de una sola vez. Dios desea que entremos en una relación de permanencia en la cual reconocemos cada día que separados de Él nada podemos hacer. *Permanecer* es vivir en la tierra como se vive en el cielo; es una vida que consiste en recibir, de un Padre amoroso, momento a momento lo que necesitamos.

Las prioridades mal ordenadas

La subcultura particular del cristiano también lo afecta en otra manera. Puede hacer que desarrolle prioridades que no son las prioridades de Dios. Si yo ordenara mis prioridades de uno a diez, lo que para mí es un diez quizá sea para Dios apenas un uno o viceversa. Además, no es seguro que lo que yo considero valioso para incluir en mi lista sea lo que Dios incluiría en la suya. Por lo tanto, existe la posibilidad de pasar por la vida trabajando sobre la base de mis diez prioridades y no tener en cuenta las diez de Dios. Por ejemplo, muchos creyentes tienen un pecado en su vida que, a su juicio, deben desterrar antes de poder agradar a Dios y serle útiles. Para diferentes personas, el pecado que ocupa el lugar más alto en su escala de prioridades puede ser la mentira, o sus explosiones de ira, o la homosexualidad, entre otros; eso les impide resolver cualquier otro aspecto de la vida cristiana hasta haberlo erradicado. Sin embargo, para Dios, ese pecado quizá esté en el extremo opuesto de la escala. Una de las prioridades más altas para Dios es que permanezcamos en el Hijo momento a momento (vea Juan 15), porque cuando permanecemos recibimos como nuestra la vida de Cristo, la cual está libre de pecado. Si una persona se esfuerza por vencer su pecado con sus propias fuerzas y por medio de la disciplina personal, el resultado será un creyente cuya conducta ha mejorado en alguna medida, pero que todavía no está permaneciendo en Cristo y sigue sin poner en primer lugar lo que es la prioridad más alta para Dios.

A menudo menciono que Dios me ha liberado de muchas cosas, pero ni una sola vez me liberó de algo que yo estuviera luchando por vencer. La liberación ocurre naturalmente cuando tenemos nuestras prioridades bien ordenadas y actuamos sobre la base del orden determinado por Dios, lo cual lleva indefectiblemente a la libertad.

Permitamos que sea Dios quien defina cuál es la más alta prioridad para cada uno de nosotros. Demasiado a menudo nos equivocamos al pensar que entre las principales prioridades de Dios están los edificios, la cantidad de bautismos, los presupuestos, arreglar relaciones, escudriñar cada área de nuestra vida y tratar de hacer que los demás admitan el mal que nos han hecho. ¿Son en realidad estas las prioridades más altas en la escala de Dios?

Hace poco, luego de asistir a una conferencia que afirmaba alentar a los participantes a profundizar en su espiritualidad, regresé a casa perplejo por lo difícil que podía llegar a ser vivir como un cristiano. Decidí buscar en la Biblia cuántas de las más

altas prioridades presentadas en la conferencia eran en verdad las que Dios ponía en ese orden. Pensé que en lugar de buscar todo lo que debemos hacer, abordaría un tema mucho más serio: Lo que no debemos desatender. Encontré cinco cosas que nunca debemos descuidar (las más importantes para Dios): La oración y el dar testimonio de las buenas nuevas (Hechos 6.2-4), nuestros dones espirituales (1 Timoteo 4.14), una salvación tan grande (Hebreos 2.3), la hospitalidad (Hebreos 13.2), y el hacer el bien y compartir lo que tenemos con otros (Hebreos 13.16). Para mi sorpresa, ni una de estas prioridades principales determinadas por Dios fue tratada en la mencionada conferencia, que se proponía enseñar cómo ser un cristiano dinámico y exitoso.

La vida cristiana es simple de vivir; y ha de ser así, pues el más débil y más parecido a un niño es el más apto para ella. Sin embargo, el enemigo ha alentado el desarrollo de un enorme manual de discipulado para desviar de la simplicidad del evangelio al creyente que cuenta con todo lo necesario para ser un creyente victorioso.

La voluntad no conocida de Dios

¿Le gustaría conocer la voluntad de Dios fácilmente y con certeza? La mayoría de las personas respondería que sí, pues buscan honestamente conocer la perfecta voluntad del Señor para su vida y temen no encontrarla. Se sienten inmersos en la penosa tarea de intentar encontrar algo que no alcanzan a definir claramente, pero que están fácilmente dispuestos a reconocer que no poseen. De esta manera, el enemigo los aparta –también fácilmente– del camino que lleva a la presencia de Dios.

Recuerdo una oportunidad en la cual un amigo vino a verme a su regreso de Europa. Estaba muy disgustado con Dios porque afirmaba que aunque había realizado el viaje bajo Su guía, las cosas no habían resultado según lo esperado. Lo primero que me dijo fue: “Tú sabes que fui a Europa tal como Dios me dijo que hiciera”.

Inmediatamente le respondí: “Sí, recuerdo que me *dijiste* que Dios te había hablado de ir a Europa. Sin embargo, no creo que Dios te haya dicho específicamente que fueras; fuiste a Europa porque deseabas ir. Dijiste que Él te dijo que fueras, solo para que nadie lo cuestionara, ¿no es así?”. Mi amigo admitió que, en efecto, deseaba ir, y que Dios no le había dicho específicamente que fuera. Mi siguiente pregunta fue: “¿Qué tiene de malo ir a Europa si eso es lo que deseas hacer? ¿A Dios realmente le interesa dónde pasas tus vacaciones?”. En realidad, no importa si uno va o no a Europa. Permítame explicárselo.

¿Qué es, exactamente, la voluntad de Dios? En Salmos 40.8, David dijo que se deleitaba en hacer la voluntad de Dios; en Mateo 6.10 se nos manda orar que se haga Su voluntad en la tierra, y Marcos 3.35 dice: “Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre”. Cada uno de nosotros desea y busca la perfecta voluntad de Dios, pero la realidad parecería indicar que pocos la han encontrado realmente. Hay algunos creyentes que pueden afirmar con seguridad que están en la perfecta voluntad de Dios. ¿Por qué? Tan pocos conocen la exacta voluntad de Dios porque han decidido equivocadamente cuál es, y en consecuencia, no están buscando lo correcto. Pueden haber determinado que la voluntad de Dios es una vocación, una persona, una escuela, un ministerio o un objeto material en particular. La voluntad de Dios no es una persona, lugar o cosa, y en tanto sea vista como tal no la identificaremos.

¿Qué es, entonces, la voluntad de Dios? Es la condición de tener un corazón que puede ser guiado. La voluntad de Dios es la actitud en el andar de una persona a lo largo del día (Efesios 5.15-21; Romanos 12.2-3) y no los detalles específicos de los lugares donde podría ir. Jesús poseía esta actitud de corazón: “Mi comida es que haga la voluntad del que me envió” (Juan 4.34). En pocas palabras, la voluntad de Dios es la disposición para dejarse guiar siempre por Él. “He hallado a David hijo de Isaí, varón conforme a mi corazón, quien hará todo lo que yo quiero” (Hechos 13.22).

Muchos colocan el carro delante del caballo al creer que deben poner su mayor esfuerzo en discernir cuáles son las tareas que el Señor tiene para ellos en lugar de *orientar su corazón* hacia Él. Una vez que la condición del corazón está resuelta, hacer la voluntad específica de Dios ocurre muy naturalmente. No debemos poner nuestros ojos en la tarea sino en Él, quien nos guía a la tarea.

El apóstol Pablo es el ejemplo perfecto de un hombre que estaba en la voluntad de Dios, pues había dispuesto su corazón para ser guiado por Él. En primer lugar recibió un llamado en cuanto a *cómo* vivir: debía “dar testimonio del evangelio de la gracia de Dios” (Hechos 20.24). Después de recibir este llamado, leemos que Pablo *decidió* adónde ir, y todos los lugares a los cuales *decidió* ir eran la voluntad de Dios (Hechos 15.36-41).

Pablo estaba siempre dispuesto a cambiar de dirección, demostrando su disposición para ser guiado. En uno de sus viajes había decidido ir a cierto lugar, pero “el Espíritu no se lo permitió” (Hechos 16.7). Pablo simplemente pasó de largo ese lugar y continuó decidiendo dónde debería trabajar. Poco después recibió una visión que lo guiaba a Macedonia, la cual obedeció porque la actitud de su corazón era la correcta. Al concluir la obra en Macedonia, Pablo no se detuvo a esperar otra visión sino que continuó tomando decisiones respecto de su viaje.

En Pablo vemos la progresión de caminar en la voluntad de Dios. No tenía que agotarse tratando de decidir qué hacer, porque era responsabilidad de Dios enviarlo en una nueva dirección en caso necesario. Nuevamente, la voluntad de Dios no es una actividad sino la disposición del corazón al realizar la actividad. Con una actitud de corazón correcta, lo que sea que haga la persona será lo perfecto. No hay diferencia entre tareas seculares y tareas cristianas; solo hay corazones seculares y corazones cristianos.

La Biblia nos dice que Jesús es el Buen Pastor. Por otra parte, nosotros somos Sus ovejas, cuya tarea es seguirlo. La responsabilidad de guiarnos y llevarnos adónde debemos ir le corresponde a Dios. Es *Su* trabajo saber hacia dónde vamos, traernos de regreso si nos desviamos y buscarnos si nos perdemos. ¿Comprende usted lo maravilloso que es permitirle a Dios ser Dios? Su única obligación es tener un corazón dispuesto a ser guiado y siempre estará en la voluntad de Dios.

¿Tenía razón mi amigo respecto de su decisión de ir a Europa? ¿Estaba en la voluntad de Dios? Sí, siempre y cuando la actitud de su corazón fuera la correcta. ¿Cómo puede usted saber si tiene esa clase de actitud de corazón? Sus respuestas a dos preguntas muy simples se lo responderán. Si Jesús le dijera en forma audible que hiciera algo, ¿usted lo obedecería? En segundo lugar, si la Biblia hablara en contra de un determinado curso de acción, ¿se apartaría usted de él? (Por ejemplo, un creyente que está pensando casarse con un no creyente debe aceptar el impedimento por parte de la indicación bíblica.) Si usted respondió afirmativamente a ambas preguntas, entonces puede ir de vacaciones donde desee, casarse con quien elija, ministrar donde quiera y aceptar

cualquier vocación que le guste. Debido a que la actitud de su corazón es la correcta, es responsabilidad de Jesús dirigir sus pasos. Cada mañana, al decidir qué dirección tomar, simplemente reconozca: “Si el Señor quiere, [viviré] y [haré] esto o aquello” (Santiago 4.15).

En una oportunidad una joven me preguntó si debía casarse con su novio. No sabía si hacerlo era lo correcto. Su novio era creyente, oraban juntos y ella lo amaba. La muchacha estaba tan feliz con la idea del matrimonio que pensaba que quizá solo sus deseos egoístas podían estar interponiéndose en el camino de lo que Dios quería. ¿Era esta la perfecta voluntad de Dios? ¿Cómo lo sabría? Y las preguntas seguían y seguían. Finalmente le dije: “No tienes a Dios en tu vida, ¿verdad?”. Rápidamente me respondió que sí lo tenía, pero yo le dije nuevamente que no. Se lo expliqué diciéndole: “¿No es Jesús nuestro Pastor? ¿No es Su trabajo proteger a Sus ovejas, alimentarlas, cobijarlas, buscar a las perdidas y asegurarse que oigan Su voz?”. Me respondió que sí. “Entonces”, continué, “¿por qué estás haciendo el trabajo de Dios? Tenemos un Dios; por lo tanto, ¡vive como si lo tuviéramos! ¡Ve y cástate con el muchacho!”.

¡La vida cristiana es simple! No se quede sentado esperando una voz que lo dirija. Cristo mora en usted; Él es el Buen Pastor. Usted fue creado para buenas obras, así que hágalas. Teniendo un corazón recto usted no se equivocará.

Los tiempos de sequía

Existe algo a lo cual muchos creyentes le temen: los tiempos de sequía en su relación con el Señor. Es durante estos tiempos de sequía que el enemigo a menudo incrementará su ataque y lanzará cientos de dudas y preguntas contra la mente del creyente, intentando hacerlo dudar aun de su salvación. Es fundamental comprender que los tiempos secos son un elemento integral de nuestro crecimiento y tienen un propósito sumamente precioso. A medida que perseveramos y avanzamos en Cristo, debemos entender que estas experiencias son normales para los creyentes que están creciendo.

Un árbol revela su mayor belleza durante la primavera. Poco después las flores son reemplazadas por el fruto, tras lo cual la vida del árbol comienza a escurrirse lentamente hacia su parte más profunda, las raíces. Entonces —a veces de la noche a la mañana— ocurre: el invierno golpea. El árbol puede sentir como si fuera a morir, lo cual ocurriría si no fuera porque el frío mortal no puede alcanzar la parte más profunda de su ser. Aparentemente de manera muy lenta, la primavera regresa y el ciclo se repite.

Como en el caso del árbol, el invierno del alma es una parte normal de la vida del creyente y es crucial para el crecimiento. La idea que el invierno es señal de que algo anda mal en nosotros es un error contraproducente.

¿Por qué tenemos tiempos tan excepcionales con el Señor, en los cuales sentimos Su presencia, leemos la Biblia, oramos y aun predicamos sin ningún esfuerzo, y luego parece golpearnos la sequía? Se debe a que Dios no desea que nuestra relación con Él esté fundamentada en algo tan subjetivo como las emociones. Es por eso que Dios quita los adornos y las emociones de nuestra vida interior.

La conducta de un cristiano durante los tiempos de sequía revela su verdadera condición espiritual; si continúa orando, buscando al Señor y actuando sobre la base de la realidad de Su presencia (aunque no la “sienta”), entonces este creyente demuestra ser una

persona espiritual. ¿Buscamos a Dios únicamente por lo que Él es o lo buscamos por lo que puede darnos? ¿Estamos contentos de vivir en Su presencia porque Él dice que la tenemos o intentamos generarla a través de ciertas emociones?

En el matrimonio los tiempos de sequía prueban la consagración de ambos cónyuges el uno para con el otro. Cuando no prevalecen las emociones y parecieran estar ausentes los sentimientos de unidad en el matrimonio, y sin embargo ambos siguen comprometidos por amor a la unión y a ser uno con el otro, el vínculo *siempre* resultará fortalecido.

Así ocurre con nuestro Señor. Si a pesar de la falta de emociones permanecemos firmes, nuestra relación con Él finalmente se fortalecerá. Los tiempos de sequía no indican que Dios se haya alejado de nosotros, pues Él nunca cambia; es decir, Él permanece cerca de nosotros. Los tiempos secos son un elemento normal y necesario en la vida del creyente, y damos gracias a Dios por lo que producen en nosotros. No prestaremos oído a la mentira del enemigo que nos dice que la ausencia de sentimientos significa que hemos sido rechazados y por lo tanto debemos *hacer* algo para poder continuar avanzando.

El síndrome de los resultados inmediatos

A menudo permitimos que nuestros ojos se aparten de Cristo y se fijen en nuestros problemas y circunstancias a causa del síndrome de los resultados inmediatos, el cual define nuestro éxito exclusivamente por lo que nos sucede en el presente, ya sea positivo o negativo. Este síndrome es uno de los mayores obstáculos para la fe.

Permítame ilustrarlo. Muchos estarán de acuerdo conmigo en que los Estados Unidos de América están perdiendo su margen económico porque, a diferencia de quienes tienen una manera de pensar de tipo oriental, no estamos dispuestos a invertir en algo que no producirá beneficios inmediatos. Deseamos riquezas inmediatas, mientras que ellos están dispuestos a invertir año tras año y recibir ganancias menores al principio, sabiendo que en el futuro recibirán diez veces más que su inversión original. La espera habrá dado sus frutos. Al haber visto la sabiduría de invertir y esperar, no se desalientan por alguna fluctuación ocasional en la situación financiera presente.

Pretender resultados inmediatos es un obstáculo para la fe; más aun, esta forma de pensar en realidad anula la fe. La profundidad de nuestra fe no se mide por lo mucho que hemos recibido sino por el tiempo que podemos esperar sin recibir nada. La fe es lo que hace gozosa mi vida cristiana; por lo tanto, si dejo a un lado la fe por esperar resultados inmediatos, en la misma medida he aniquilado el gozo.

Cuando los creyentes no tienen un plan a largo plazo se vuelven vulnerables a los altibajos de la vida. Sus energías están puestas en resolver aquí y ahora lo que sea que se les presente, con el objeto de sentirse cómodos y seguros en el momento. Luego se vuelven controladores, sacando a Dios del camino y tratando de resolver con sus propias fuerzas, a través de una serie de planes y manipulaciones, lo que ellos perciben que es el verdadero problema. Estos creyentes simplemente comienzan a jugar a ser Dios. Esto convierte a la vida cristiana en una lucha llena de desaliento, depresión, ira y recriminación. Hace que la mente y las emociones sufran un formidable ataque del

enemigo por medio de preguntas, acusaciones y sentimientos de desesperanza. ¡Es duro jugar a ser Dios!

Imagine que se encuentra sentado dentro de una bañera con agua y alguien vacía en ella una cesta llena de pelotas de ping-pong que llevan escritos los nombres de todos los problemas, circunstancias, fracasos y personas que le causan malestar. Su tarea consiste en tratar de mantener todas las pelotas debajo del agua. El ejercicio resultaría al principio agotador y finalmente muy frustrante. Esta ilustración describe a un creyente que trata, con sus propias fuerzas, de controlar cada área de su vida.

Ahora bien, todo esto está relacionado con un simple versículo bíblico: “Pero tengo temor, no sea que así como la serpiente con su astucia engañó a Eva, vuestras mentes sean desviadas de la sencillez y pureza de la devoción a Cristo” (2 Corintios 11.3, BA). La vida cristiana, ¿es sencilla? ¿Es sencilla la respuesta a vivir solo, a vivir con otros, a criar hijos, a no tenerlos y cualquier otra lucha? ¡Sí, sí y nuevamente sí! Para que la vida cristiana sea una vida sencilla, en primer lugar debemos comprender que Dios no da respuestas para todas las situaciones, sino que revela actitudes apropiadas para enfrentar cada una de ellas. Al mantener estas actitudes no estaremos libres de los altibajos de la vida cotidiana, pero veremos el cumplimiento de las promesas en la plenitud del tiempo de Dios. Todo esto hace crecer la fe.

Ante la promesa de Dios no vacilé como un incrédulo, sino que se reafirmó en su fe y dio gloria a Dios, plenamente convencido de que Dios tenía poder para cumplir lo que había prometido.

Romanos 4.20-21, NVI

Muchos aspectos de la vida del creyente han sido planeados para que resulten casi imposibles de llevar a cabo. Existe una enorme cantidad de material impreso sobre la manera de ser buenos padres, cónyuges e hijos de Dios. La información que debíamos conocer pareciera ser infinita. ¿Cómo podemos incorporarla toda? ¿Cómo podemos hacer siempre lo correcto? Por otra parte, quienes nos presentan la supuestamente tan necesaria información parecen mucho más espirituales que nosotros, han dado los pasos correctos y hasta poseen títulos que avalan sus éxitos. Sin embargo, la Biblia no indica que ser un padre, cónyuge, hermano o hermana en Cristo sea tan difícil. En realidad, encontramos muy poca información en la Biblia en cuanto a “qué hacer”, aunque sí encontramos actitudes fundamentales que debemos hacer nuestras.

Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia; soportándoos unos a otros, y perdonándoos unos a otros si alguno tuviere queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo perfecto.

Colosenses 3.12-14

La vida cristiana es tan simple y sencilla como amar a su esposa, respetar a su esposo, perdonar a su enemigo, no provocar a sus hijos, obedecer a sus padres y trabajar como para el Señor. Este es el plan a largo plazo para usted. Al llevarlo a cabo cada día,

enfrentará altibajos, reveses y lo que me gusta llamar el inevitable hipo del cristiano, pero nunca permita que las situaciones cotidianas lo aparten de Su plan a largo plazo, el cual traerá su recompensa en la plenitud del tiempo.

Se cuenta la historia de un hombre que dictaba seminarios en todo el mundo sobre lo que un cristiano debe hacer para ser exitoso. El hombre murió y fue al cielo. En su primer día en el cielo decidió enseñar uno de sus seminarios. Reservó el salón más grande y miles de personas se reunieron para oírlo. Mientras hablaba, observó que Jesús estaba sentado en la primera fila llenando páginas y páginas de notas; esto intrigó al hombre. Cuando llegó el momento del descanso, corrió hasta Jesús y le preguntó por qué, precisamente Él, estaba tomando tantas notas, a lo cual Jesús respondió: “¡Es que es la primera vez que oigo esto!”.

¡El hacer convierte a la vida cristiana en algo demasiado difícil! No es el *hacer* lo que debe venir primero, sino el *creer*. El hacer, que prioriza los resultados inmediatos, no lo ayudará a llegar al final; el creer sí lo hará. Fue el creer lo que condujo con éxito la vida de cada persona de fe mencionada en la Biblia. Dios ha dado a cada creyente, en toda situación concebible, actitudes absolutas que se deben mantener. Continúe amando, rindiéndose y capacitándose. Quizá usted no vea directamente los resultados positivos de su actitud, pero recuerde que este es Su plan a largo plazo y que en medio de los altibajos su alma puede permanecer en calma.

A menudo, en nuestra búsqueda de alivio inmediato vemos en otros (y ellos en nosotros) cosas que es necesario cambiar. Tratamos de cambiar, abierta o veladamente, a quienes nos rodean; esto no es otra cosa que controlar y jugar a ocupar el papel de Dios. Si Dios creyera que es importante cambiar la conducta de otra persona, ¡ya lo hubiera hecho! Un cambio en la conducta de los amigos de Job no habría minimizado en nada su difícil situación. Fue la confianza de Job en Dios y el resultado a largo plazo de su fe lo que lo sostuvo. La totalidad de la prueba estaba calculada para limpiar a Job, no para cambiar a otros. En realidad, los demás desempeñaron un papel muy poco trascendente en la historia de Job. El papel de Dios fue protagónico, el de Job secundario, y el de los demás se ubicó en alguna posición muy por debajo de los dos primeros.

CAPÍTULO 6
Autogratificación y autoconmiseración
La pasividad

Como resultado de muchos años de pasividad, muchos han llegado a creer que su mente y voluntad son algo que no pueden controlar. El enemigo utiliza este engaño sutil para convencer a los cristianos que no hay necesidad de avanzar porque ya no son capaces de modificar la situación en que se encuentran. Finalmente se convencen que elegir no está dentro de sus posibilidades.

Tomemos, por ejemplo, a un hombre que mira pornografía y que no cree tener la libertad para dejar de hacerlo, de modo que continuará mirando pornografía mientras se culpa a sí mismo y se pregunta por qué Dios no lo cambia. Una mujer que ha tratado de dejar de ser controladora con su esposo decide que no puede cambiar. Ella considera que no tiene posibilidad de elegir, y que por lo tanto su esposo tendrá que aceptar su actitud dominadora. Estos ejemplos muestran la obra que hace el enemigo en una voluntad pasiva.

A menudo la razón por la cual este engaño puede cobrar tanto impulso es que el creyente cree que su decisión de cambiar debe ir acompañada de una acción que le corresponde llevar a cabo con sus propias fuerzas. Debido a que en su mente los conceptos de *elegir* y *hacer* están combinados en una sola acción junto con los recuerdos de sus fracasos pasados en el hacer, la persona se da inmediatamente por vencida y se rehúsa a elegir. Recuerde que aunque *elegir* es nuestra responsabilidad, el *hacer* es siempre de Dios.

En una oportunidad ministré a un hombre adicto a la pornografía. Me decía que sencillamente no podía elegir la opción de no visitar tiendas que vendían material pornográfico, porque lo había intentado muchas veces y continuaba frecuentándolas. Le expliqué que podía elegir no tener nada más que ver con la pornografía y permitirle a Dios encargarse del hacer. Después de todo, si él tuviera las fuerzas que le permitieran controlar la práctica, ¿estaría ahora sentado en mi oficina? Oramos juntos y le expresé a Dios su deseo de no tener nada más que ver con la pornografía; eligió activamente permitirle a Dios hacer algo por él. Antes de salir de mi oficina, preguntó: “¿Y qué debo hacer yo?”.

Mi respuesta fue: “Cuando viaje de regreso a su casa esta noche, no se preocupe por la pornografía, sino continúe alabando y dando gracias a Dios, quien por medio de Su acción lo liberará. Mantenga sus ojos puestos en el Hacedor y en su elección de permitirle a Él hacerse cargo del problema”. El hombre me llamó más tarde para decirme que por primera vez había pasado por una tienda de material pornográfico sin desear detenerse porque estaba demasiado ocupado dando gracias a Dios, nuestro poderoso Libertador. Por supuesto, el no haberse detenido esa primera vez era una victoria pequeña y tendría que pasar todavía muchas veces por el lugar para ser librado otras tantas, ¡pero cada liberación comenzaría con la elección de permitirle a Dios ser el Hacedor! “Porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2.13).

Numerosos creyentes analizan las características del apóstol Pablo y concluyen que nunca podrán tener una vida como esa. ¿Por qué? Porque están acostumbrados a ver

únicamente lo que pueden hacer con sus propias fuerzas. Algunos lo disfrazan con el argumento de que necesitan la ayuda de Dios para vivir la vida cristiana, pero la fuente del hacer permanece en ellos. Sus ojos aún no han sido abiertos a lo que Dios hará si eligen permitirlo.

Muchas personas tienen una mente pasiva que se ha convertido en patio de recreo del enemigo. No ejercen ninguna clase de control sobre los pensamientos que Satanás coloca libremente allí. Sin duda, en el pasado intentaron rechazar pensamientos de odio, amargura, lujuria y otros similares, pero debido a que los pensamientos regresaban, aceptaron la idea que debía haber una razón para que estuviesen allí. La verdad en cuanto a que podemos limpiar nuestro pensamiento y nuestra vida se evidencia por la insistencia con la que el enemigo lucha por reconquistar el terreno que perdió cuando comenzamos a rechazar pensamientos que no se ajustaban al patrón bíblico de lo que es correcto. “Por lo demás, hermanos, todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre; si hay virtud alguna, si algo digno de alabanza, en esto pensad” (Filipenses 4.8). Algo que podemos aprender acerca del enemigo en nuestro avance en el camino angosto es que puede ser fácilmente desplazado, prueba de lo cual es lo mucho que se esfuerza por mantener su influencia a través del engaño y el temor cuando hacemos algo tan simple como rechazar un pensamiento.

En cierta oportunidad, una hermana en Cristo se acercó a mí para decirme que se consideraba una madre terrible, porque a menudo, mientras conducía, pensaba en arrojar a su hijo del vehículo. Había luchado mucho con estos pensamientos y había concluido que, sin lugar a dudas, era una madre muy peligrosa e insuficiente. Le expliqué que, precisamente, el hecho que ella estuviera luchando contra esas ideas probaba que no eran suyas y que le resultaban verdaderamente repulsivas. Su lucha revelaba su verdadero carácter: ella era una buena madre. Esos pensamientos revelaban la verdadera naturaleza del diablo, quien, si se le diera la oportunidad, arrojaría a un niño indefenso fuera de un vehículo en movimiento. Ella necesitaba reconquistar el terreno que su mente pasiva había cedido y para eso debía concentrarse en el Dios que con facilidad ha vencido al enemigo de nuestras almas. No debía batallar con los pensamientos sino mantener su atención puesta en Aquél que haría que el que daba origen a los pensamientos huyera. Estaba haciendo frente al adversario equivocado al luchar contra los pensamientos y creer que eran de ella, en lugar de resistir al enemigo que enviaba los pensamientos. Al reconocer esas tácticas del diablo y acercarse a Dios, su mente fue reconquistada. “No vivan ya según los criterios del tiempo presente; al contrario, cambien su manera de pensar para que así cambie su manera de vivir y lleguen a conocer la voluntad de Dios, es decir, lo que es bueno, lo que le es grato, lo que es perfecto” (Romanos 12.2, DHH).

A medida que usted avanza en el camino angosto, elija poner sus ojos en Jesús y rechazar los pensamientos y emociones mentirosas del enemigo. Recuerde que es Dios quien lo ha llamado a morar diariamente en Su presencia.

El perjuicio de vivir en el pasado

Demasiadas personas permiten que el enemigo lleve en forma continua su mente y sus emociones a sucesos del pasado, no solo del pasado distante, sino también a sucesos ocurridos el día anterior o una hora atrás. Al permitir que nuestra mente se concentre en

forma obsesiva en el pasado, nuestro progreso en el Señor se detiene inmediatamente, y no volvemos a avanzar hasta que reconquistamos el momento y la conciencia de Él. Satanás –quien conoce todos nuestros fracasos, culpas y temores– viene a nosotros desde nuestro pasado y quisiera mantenernos viviendo allí, mientras que Dios viene a nosotros en el presente trayendo esperanza para el futuro. Como creyentes debemos analizar nuestros caminos por una razón: “Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Jehová” (Lamentaciones 3.40). Es muy triste ver a creyentes a quienes el continuo examen del pasado les roba su futuro en el Señor. Algunos hasta pagan por sesiones de terapia que se encargan de robárselo.

Una vez que permitimos que los problemas, presiones y sucesos de la vida nos introduzcan en el camino angosto que conduce a la presencia de Dios, ya no nos amargaremos por estas cosas, pues podemos confiar en que Dios las utilizará. ¿Cuál es la razón, entonces, para que continuemos viviendo en ellas? Parte de nuestra rendición a Dios es negarnos a culpar al hombre. Al apóstol Pablo le fue dicho que moriría en Roma. Fue entregado por el hombre para que lo mataran, pero no encontramos a Pablo culpando a los seres humanos por su situación. En cambio, Pablo recibió la situación como proveniente de la propia mano de Dios. Debemos ver todo lo que llega a nuestra vida como un trato de Dios. Una vez que lo reconocemos, nos rendiremos –incluidas nuestras reacciones– a lo que Dios está haciendo.

¿Pone usted mala cara y se lamenta cuando las cosas no salen como esperaba? ¿O hay un sentimiento de gozo y agradecimiento en medio del dolor, que proclama que Dios sabe lo que está haciendo? El alto llamado que tenemos no incluye vivir en el pasado para perder el momento presente en el cual Dios está obrando.

Hace un tiempo visité a un matrimonio que buscaba consejo respecto de una inminente comparecencia en la corte por una injusticia que habían sufrido. No estaban seguros respecto de lo que debían decir, pues eran conscientes de lo engañosa que era la persona con la cual contendían. Durante varias horas me relataron los sucesos que los habían llevado a esta situación difícil, tras lo cual les pregunté: “¿Desde cuándo sabían de esta comparecencia ante el tribunal?”.

“Aproximadamente tres meses”, respondieron. Luego les volví a preguntar: “Durante todo este tiempo, ¿cuántas veces han repasado los detalles del caso con otros creyentes?”.

Su respuesta fue: “Diariamente”.

Les dije que estaba gravemente preocupado por el problema en que se encontraban. La única manera de tener las palabras necesarias para enfrentar tal situación era presentándose diariamente delante del Señor. Cuando derramamos nuestro corazón delante de Dios somos fortalecidos, alentados y llenados; así es como adquirimos la tranquilidad y la confianza de que todo marchará de acuerdo con Su voluntad, cualquiera que ella sea. Este matrimonio había desperdiciado aquellas oportunidades diarias para ser dotados espiritualmente de poder, y en lugar de ello hablaron a diario con el hombre sobre sucesos del pasado. ¡Ahora iban a la corte sin preparación interior! ¿Era motivo de sorpresa, entonces, que se sintieran desarmados y temerosos por el resultado? No habían obtenido nada de su constante reiteración del pasado sino únicamente pérdida de confianza en el futuro. Esto es lo que ocurre con los creyentes que continúan viviendo en el pasado y descuidando el momento presente.

Cuando visitaba a mi familia en Kansas, a menudo pasaba un tiempo con mi abuelo trabajando en la granja. Siempre parecía haber algo que aprender de todo lo que observaba allí. Andrew Murray dijo una vez que toda la creación nos predica. Esa es la razón por la cual, a menudo, una noche observando las estrellas y contemplando a nuestro Creador puede enseñarnos más acerca de Dios que tres años de seminario. En una ocasión, mi trabajo consistió en emparejar el piso del lugar donde se alimentaban los animales, el cual había sido usado recientemente. Debido a que contaba con cierta experiencia con el ganado, no me resultó difícil detectar cada “plasta de vaca”. Las había pisado antes y siempre me causaban el mismo desagrado. Los repetidos encuentros me habían enseñado a fijarme dónde ponía el pie. ¡Sé todo lo que me interesa saber acerca del estiércol!

Después de toda mi experiencia con las plastas de vaca, ¿me ve usted dedicando ocho horas para estudiarlas? ¿Sabría más al final de mi inspección, que lo que la experiencia ya me había enseñado? ¡Por supuesto que no!

En este momento seguramente usted se estará preguntando –con justa razón– qué tiene que ver esto con la vida cristiana. Sencillamente, que muchos creyentes han tenido experiencias horribles en el pasado, tanto antes como después de aceptar a Cristo. Un primer análisis puede resultar valioso para entender de qué manera el desagradable pasado los hace actuar, pero solo si ese entendimiento está unido a la comprensión de la manera en que el Señor escoge liberarlos de él definitivamente. Demasiadas personas continúan analizando el pasado una, otra y otra vez. El pasado es simplemente eso, ¡pasado! ¿Qué beneficio podemos obtener de examinar continuamente algo que huele mal, está podrido y es repugnante?

¿Por qué continuar rememorando la manera en que otros lo maltrataron, cómo su cónyuge le fue infiel, la manera en que su madre lo ofendió u otro creyente lo utilizó? Si continúa viviendo en el pasado, revolviéndolo constantemente, hurgando en él con una vara intelectual y examinándolo con una lupa emocional, no descubrirá nada que no haya aprendido en su primer análisis. Así, usted se convierte en un cristiano “plasta de vaca”, que se rehúsa a soltar las heridas, desilusiones y fracasos que sufrió, y elige vivir revolcándose en el lodo del pasado. En lugar de meditar en Dios en el presente, usted medita en el pasado, el cual se ha convertido en su objeto de atención, su dios. En esa condición se encuentra muy lejos de ser el aroma fragante que Pablo ordena a los creyentes que sean. Puedo asegurarle que después de pasar una tarde entre “plastas de vaca”, mi esposa no quiso tener nada que ver conmigo. De manera similar, muy pocos desean estar cerca de los “cristianos plastas de vaca”.

Hermanos, yo mismo no pretendo haberlo ya alcanzado; pero una cosa hago: olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús.

Filipenses 3.13-14

La amargura: Un obstáculo para los casados

**¡CUIDADO! ¡PELIGRO! ¡RIESGO DE DERRUMBE! ¡NO AVANZAR!
¡DIRECCIÓN OBLIGATORIA!**

Todas estas son señales de tránsito que hemos aprendido a obedecer. Transmiten advertencias que, si las tomamos en cuenta, protegerán nuestra vida. ¡Si tan solo tuviéramos señales de advertencia emocionales rojas y amarillas que respetáramos con la misma seriedad con la cual respetamos las señales de tránsito!

La mayoría de las cosas en la vida parecieran tener un propósito primario y otro secundario. Por ejemplo, el propósito más importante de un automóvil es trasladar a las personas desde un punto A hasta un punto B; menos importante que trasladarlas es que lo hagan confortablemente. Sería desafortunado que las prioridades estuvieran invertidas, pues los pasajeros podrían encontrarse cómodamente sentados en lujosos interiores pero detenidos a la vera del camino en un vehículo que ha sufrido desperfectos mecánicos.

Lamentablemente, muchos han invertido los objetivos primario y secundario del matrimonio, haciendo del propósito secundario –la felicidad– la principal prioridad. En realidad, la meta primordial del matrimonio es que se manifieste en nosotros la vida de Cristo, el ser “prensados” para que se revele el Cristo que mora dentro, el ser sacados de una existencia centrada en el yo para conocer la vida centrada en Cristo, y revelar el gozo de entregar nuestra vida por otros sin que nos ofendamos al andar en amor y estar dispuestos a perder. Cuando se alcanza el propósito primario, inevitablemente se experimentará el propósito secundario de la felicidad.

Cualquiera que crea que la felicidad es más que un subproducto del matrimonio podrá rechazar a su cónyuge y buscar gratificación en otra parte. Se trata de un engaño, ya que disfrutar de la unión es imposible hasta que esto sea el resultado de descubrir la bendición de entregar la vida por alguien a quien amamos y que nos ama. Insistir en buscar la felicidad sin completar el propósito primario de Dios para el matrimonio es, por una parte, extremadamente egoísta; por otra parte, es como comprar un automóvil sin un buen motor. No importa cuán atractivo luzca, ¡no irá muy lejos!

Si me hubiesen dado un dólar cada vez que oí las siguientes quejas, hoy sería rico. Estas quejas provienen de esposos o esposas a quienes Satanás ha hecho ciegos a todas las señales de advertencia; son historias de destrucción, profunda derrota y engaño. Echar la culpa al otro es algo que existe en todas las culturas; lo he visto en más de treinta países. Es un buen ejemplo del obstáculo de la amargura, el cual se desarrolla lentamente desde las etapas iniciales de una relación y que, si no se reconoce y se renuncia a él, pone trabas a la presencia de Dios. Este obstáculo en particular puede hacer que la persona piense: “Mi cónyuge no satisface mis necesidades. [Necesidades que un cónyuge nunca podría satisfacer, pues solo pueden ser satisfechas por Dios]. Si continúo junto a él (o ella) me sofocaré y pronto toda mi vida se desvanecerá ante mis ojos. Debo salir de la relación ya, mientras haya tiempo de encontrar la felicidad. No hay nada que pueda hacer para complacer a mi cónyuge. Nunca cambiaré, de modo que ¿por qué debo cambiar *yo* para favorecerlo?”.

Una vez que estos pensamientos se arraigan firmemente en el corazón del creyente, se produce un divorcio emocional, el cual precede siempre al divorcio intelectual y físico. Una persona enfrenta un gran conflicto antes de entrar en la etapa del divorcio emocional, y he encontrado que pocas veces regresará con su cónyuge una vez que eso ha ocurrido. Para llegar al punto del divorcio, la persona tiene que haber sopesado y aceptado todas las consecuencias resultantes de su decisión –los hijos, los amigos, los familiares, el respeto de los demás, su lugar en la iglesia y la sociedad, su moralidad y el respeto hacia sí

misma— y haber manipulado las variables para aparecer como la supuesta vencedora. La víctima vindicada se describe a sí misma como una especie de santo martirizado por haber dado tanto durante tanto tiempo y haber recibido tan poco. A cambio, ahora merece una vida libre de la terrible tiranía de quien le causó tanto sufrimiento. No intente señalar los errores en la lógica de esta persona porque para ella el asunto está resuelto y tiene perfecto sentido. Todo lo que necesita es un consejero profesional que esté de acuerdo con su decisión y la alabe por haberse sacrificado durante tantos años y ser valiente en dar este paso para salvarse a sí misma.

El cónyuge que recibe el divorcio emocional se sentirá rechazado y confundido por esta conducta. La vida para él o ella se volverá prácticamente intolerable, pues para que el cónyuge emocionalmente divorciado logre llevar la situación hasta el divorcio físico, necesita justificarla intelectualmente. Su blanco será el otro cónyuge, a quien le recordará cada ofensa que alguna vez haya sufrido de su parte. En una escala de uno a diez, cada error que haya cometido se ubicará en el nivel más alto. Continuamente tratará de hacer que su cónyuge se enoje, se ponga violento, se retraiga o actúe de manera irracional; así, el agresor puede proclamarle al mundo (después de haber empujado a su cónyuge a tal conducta) que todo esto es evidencia de su sabia decisión de terminar con la relación.

A esta altura de los acontecimientos, la persona que *busca* divorciarse tiene su conciencia entenebrecida, danza con el diablo, camina sin luz y hasta permite que Satanás utilice premisas bíblicas para alentarla en su decisión: *El amor de Dios es incondicional, y aun si el divorcio es pecado, todo pecado tiene perdón. ¿En qué sentido es peor que cualquier otro pecado? ¡David cometió adulterio y miren como Dios lo usó! Podrá costarme algo, pero los niños se repondrán. Después de todo, deben aprender que vivimos en un mundo en el cual las personas se divorcian.* Simultáneamente, el enemigo hace que la persona vea a los demás cristianos como personas cerradas e hipócritas, quienes la mirarán de manera diferente, no sostendrán su mano durante este periodo de sufrimiento y estarán todos ciegos al hecho que *él / ella* fue quien *realmente* sufrió durante todo ese tiempo.

En este momento es como si Satanás ganara un seguidor, alguien que hará su voluntad, que está ciego a las consecuencias, que ha comido nuevamente del árbol del conocimiento del bien y del mal y que cree que ahora sabe más que Dios. La raíz de amargura se ha afianzado profundamente en su corazón endurecido. ¿Qué podríamos decirle a esta persona? ¿Qué podríamos hacer por ella? Se ha exaltado a la posición de saber qué es lo que más le conviene, aunque ello se oponga a lo que Dios dice. Está tan convencida de que su cónyuge está en su contra y que le ha arruinado la vida, que sentirá una falsa sensación de libertad al divorciarse legalmente.

Durante el ministerio de Cristo en la tierra hubo aproximadamente dieciocho meses durante los cuales fue apreciado. Los fariseos y saduceos comenzaban a preguntarse si este Jesús podría llegar a convertirse en el próximo rey; claramente, las multitudes lo seguían y aun algunos romanos lo escuchaban. Los fariseos se acercaron a Jesús y le formularon una pregunta que podemos suponer ocupaba un lugar importante entre sus preocupaciones respecto de lo que ellos podrían retener si Jesús llegaba al poder. La pregunta sonaba muy similar a lo siguiente: “Moisés nos permitió divorciarnos. ¿Lo permitirás tú?”. La respuesta de Jesús fue inmediata y tajante. “Por la dureza de vuestro

corazón Moisés os permitió repudiar a vuestras mujeres; mas al principio no fue así” (Mateo 19.7-8).

El divorcio emocional no revela los errores del cónyuge que es dejado; revela la dureza de corazón del cónyuge que se va. Debemos recordar que solamente hay dos tipos de personas que están cerca de las ovejas: los carniceros y los pastores. La voz del carnicero es áspera, crítica, controladora, de autojustificación, señala los defectos y es condenadora e inmoral. La voz de nuestro Pastor no es de las que guardan una lista de las ofensas sino que alienta, da vida, ilumina nuestro camino y nos concede la gracia para recibir los insultos de los demás (Colosenses 3.12-14). ¿Qué voz ha estado oyendo la persona divorciada emocionalmente?

Resulta alarmante que tantas personas dentro del cuerpo de Cristo se hayan resignado a la realidad del divorcio. Existen muchas iglesias y seminarios que ayudan a los que se han divorciado, pero ¿no sería mejor si el pueblo de Dios nunca llegara al punto en el cual el divorcio resulta inevitable? No estoy diciendo que no haya justificación bíblica para el divorcio. Además, muchos estarán rápidamente dispuestos a defender a quienes se ubican dentro de esta categoría; también yo lo hago. Sin embargo, la mayoría de los divorcios que he observado se produjeron por la causa antes mencionada: *el pecado del egocentrismo*. Este pecado causa profunda destrucción en los hogares cristianos y los niños que sufren las consecuencias.

Si usted se encuentra en el proceso de crear un divorcio emocional, ¿qué debe hacer? **En primer lugar**, ¡tiemble! Usted no tiene idea de la seriedad de aquello con lo cual juega. **En segundo lugar**, dedique un tiempo para estar solo, aunque no sea más que por un día o dos. Durante este periodo no piense en la situación, en su cónyuge ni en sus hijos; mire únicamente a Jesús. Tome un pasaje simple (como el Salmo 139), léalo y medite en el Señor. ¡Haga de Él su centro de atención! No deje que otra cosa ocupe su pensamiento. Durante este tiempo usted entrará en la sanidad divina. ¿Cómo reconocerá la sanidad divina? Porque tendrá sentido perdonar, perseverar, ser ofendido y sentirse usado. Será más atrayente perder su vida para que otros puedan vivir. En una palabra, usted se volverá obediente. El enemigo intentará hacerle creer que una vez que todas las cuestiones estén resueltas usted podrá volver a Dios, pero la verdad es que volverse a Dios es lo que resuelve todas las cuestiones. Usted podrá decir: “He intentado permitir a Dios que lo haga”, con lo cual estará revelando la profundidad del engaño en que ha caído. Nadie debe *intentar* permitir a Dios hacer algo. Ríndalo; Él se encargará. En realidad, al decir lo anterior usted está diciendo que Dios no ha resuelto las cosas en la forma en que *usted* pensaba que debía hacerlo o en el tiempo en que *usted* esperaba que lo hiciera. **En tercer lugar**, debe arrepentirse, y de esa manera recuperar el terreno ganado por el enemigo. Abandone toda relación inapropiada —emocional y/o física— con otras personas que no sean su cónyuge, y permita que Dios se encargue del perdón y la limpieza.

Si usted es el cónyuge de alguien que se está divorciando emocionalmente, ¿qué debe hacer? Orar, orar y orar, porque su lucha no es contra sangre y carne sino contra principados y potestades. No le servirá de nada recurrir a la lógica, esforzarse, llorar, rogar, suplicar o buscar que otros lo apoyen, pues el cónyuge que se está divorciando emocionalmente ya ha elegido; y la única decisión que espera de usted es una que concuerde con la de él o ella. De modo que ore teniendo presente que, a menos que Dios

abra los ojos de su cónyuge para que vea la verdadera fuente de su engaño, la persona está perdida para usted. Manténgase alerta, pues la persona que se está divorciando emocionalmente intentará demostrar lo peor de usted a fin de poder aparecer como el o la mejor de los dos.

¿Cómo debe actuar una persona piadosa cuando se da cuenta de que su cónyuge ha decidido dejarla? Es normal que aun el más devoto probablemente se llene de temor, preocupación, ansiedad, duda, depresión y llore durante un tiempo. ¿Cómo sabemos que es esto lo que sucede? ¡Vea 1 Corintios 7.15! Pablo había observado los mismos comportamientos y sentimientos, por lo cual aconseja que si el cónyuge incrédulo (su uso de la palabra incrédulo no se refiere solamente a una persona que no irá al cielo sino a aquella que rechaza el camino de Dios) desea partir, el creyente no está obligado, pues Dios nos llamó a la paz (lo opuesto a la aflicción antes mencionada). Pablo obviamente había visto lo opuesto de la paz en los creyentes angustiados y consternados, y sabía que Dios los había llamado a algo muy diferente. La turbación y el desconcierto son normales para un cristiano cuyo matrimonio se está terminando.

El cónyuge que está por ser abandonado debe orar para saber cómo reaccionar, pues muchas veces al cónyuge incrédulo se le pide que regrese; se produce entonces un cambio de emociones o se instala la culpa y este regresa, aunque solo para irse más adelante. Es un error común confundir un cambio en las emociones con un cambio del corazón. Cuando esto ocurre, el cónyuge creyente simplemente tendrá que sufrir el proceso nuevamente, ya que con el tiempo el incrédulo se aleja.

Con la experiencia de miles de horas de consultorio pastoral, puedo decir con toda certeza que el divorcio es desalentador, produce enorme daño y revela corazones duros.

Resulta de gran valor saber en qué consiste el ser *uno* en términos bíblicos. La unidad en el matrimonio suele describirse como un círculo dividido en la mitad por una línea. Una mitad representa al hombre y la otra a la mujer. Las dos mitades representan a dos personas que intentan aprender a vivir como una.

Pero la unidad bíblica es completamente diferente. Imagine que colocamos en un recipiente leche y harina. La leche y la harina no serán uno hasta que se hayan mezclado, después de lo cual no podrán separarse. Si se añade colorante durante el proceso de mezclado, se observará cómo cambia el color de toda la mezcla.

Cuando un hombre y una mujer se casan, no son dos personas que intentan vivir como una. Dios coloca al hombre y a la mujer en un recipiente, enciende Su mezcladora divina y los dos se vuelven uno. Debido a que la mezcladora divina está permanentemente en funcionamiento, si uno de los cónyuges ensucia al otro, inevitablemente acabará ensuciándose ella o él también. Muchos necesitan perder su individualidad (no su personalidad) y llegar a entender que son uno con su cónyuge, con el Señor Jesús y con el cuerpo de Cristo. Una vez que se revela la realidad de la unidad ponemos lo mejor de nosotros para edificar a nuestro cónyuge, vemos claramente que lo que es cierto de Cristo también es cierto de nosotros y nos negamos a causar daño al cuerpo de Cristo. Lo que Dios unió, nadie lo separe (Juan 10.30; 14.9; 17.11-12; Juan 15; 1 Corintios 6.17; 12.12).

¡Padre, libra a tu pueblo de este monstruo llamado divorcio; líbranos de la incredulidad –la madre de todos los pecados– y enséñanos tus caminos! “El Señor Dios de Israel, el todopoderoso, dice: ‘¡Cuiden, pues, de su propio espíritu, y no sean infieles;

pues yo aborrezco al que se divorcia de su esposa y se mancha cometiendo esa maldad!”” (Malaquías 2.16, DHH).

El peligro de usurpar la función de Dios

Un número importante de creyentes no puede distinguir entre su función como ovejas y la función del Pastor. Como resultado, muchos asumen como propia la responsabilidad que únicamente le corresponde a Dios. Al encontrarme con un creyente con estas características, a menudo le muestro la imagen de un pastor y sus ovejas y le formulo preguntas tales como: “¿A quién le corresponde la tarea de discernir la voluntad del pastor? ¿no le corresponde a Él revelarla?”. “¿A quién corresponde asegurarse que las ovejas se mantengan en el sendero correcto y buscarlas cuando se pierden?”. “¿A quién le corresponde la tarea de hallar alimento y agua para las ovejas y protegerlas de todo mal?”. “¿Enviaría un pastor a otra oveja a buscar a un cordero perdido?”.

Nosotros somos las criaturas y Él es el magnífico Creador. La vida cristiana no es difícil cuando están claras las verdaderas responsabilidades del Pastor. Es una vida que puede vivir aun el creyente más débil.

En una oportunidad, una mujer creyente me habló acerca de un seminario sobre la oración al cual había asistido. Parte de la enseñanza del seminario era cómo meditar hasta poder ver el rostro del Señor y oír Su voz. Muy pocos de los asistentes a la conferencia lograron alcanzar tal experiencia. Mi respuesta fue que esa enseñanza era sin duda del enemigo. La hermana me preguntó cómo podía estar tan seguro, a lo que respondí que cualquier enseñanza que no pudiera ser llevada a la práctica debía ser falsa. Su reacción fue bastante lógica: “¿Quién se cree usted que es!”.

Mi respuesta fue: “Soy el creyente más simple y sencillo que conozco, y si alguna enseñanza no me ayuda a entrar en la presencia de Dios, entonces esa enseñanza es errónea”. Le expliqué que las profundas verdades cristianas son aun para los creyentes más débiles y que ella ya había estado oyendo la voz de Dios.

Como mencioné anteriormente, hoy día existen en la iglesia dos formas de discipulado. La forma que predomina enfatiza lo que quizá algún día lograremos obtener esforzándonos mucho, manipulando al discípulo por medio de la culpa y comparándolo constantemente con otros que ya lo han logrado. La otra forma, menos utilizada, enseña lo que el creyente ya posee, destacando lo que hoy podemos experimentar por medio de la obra de Dios e inspirando a la acción por medio de la comprensión del amor y la compasión de Dios. Es lamentable que sea la primera forma de discipulado la que reina hoy entre los cristianos.⁵

Es valioso analizar las diferencias entre estas dos maneras de abordar el discipulado. En el primer caso, el éxito está determinado por los grandes logros: números, cantidad de convertidos, edificios, ofrendas, programas, concurrencia, pasajes bíblicos memorizados, reglas cumplidas, grados de separación del mundo, sumisión y devoción a la estructura. Las palabras que más se escuchan son de exaltación, superioridad y autoridad, en lugar de igualdad. El discipulado toma la forma de un molde que no produce otra cosa sino loros que se creen superiores en disciplina, sin tener en cuenta la mano amorosa de Dios sobre la vida de los débiles, los desalentados y los fracasados. El deseo

⁵ Este tema se desarrolla en forma extensa en el libro *Discipulado celestial*. (Nota del editor.)

de esperar en Dios sin recibir nada, el responder con amabilidad ante una calumnia o una mala interpretación y la capacidad para amar a las personas antipáticas y desagradables no se consideran virtudes deseables. El primer método promueve un cuaderno repleto de anotaciones y una cabeza atiborrada de conocimiento, antes que un corazón lleno hasta rebosar. El conocimiento de la Biblia está por encima del conocimiento de Su Autor. La ley de y para la tierra es más valiosa que la gracia que se origina en el cielo. Los discípulos son capacitados únicamente para conocer los pasos necesarios para asegurarse de tener a Dios cerca de ellos, pero permanecen ignorantes de la obra de Dios para asegurarse de tenerlos a ellos cerca de Él. Se les enseña continuamente cómo cambiar pero desconocen el secreto de expandir la vida de Cristo que ya poseen. Estos discípulos son esclavos de la comparación y nunca disfrutaban su juventud en Cristo. No se hace distinción entre el alma y el espíritu, lo cual los lleva a creer que un gran talento, intelecto y capacidad tienen el mismo valor que el verdadero poder espiritual y la obediencia a Dios. El crecimiento natural lento y constante es dejado de lado en la búsqueda de la prometida solución de una sola vez y para siempre. El líder es quien determina la norma para el éxito de las personas en su caminar con Dios, utilizando él sus propias experiencias y logros como patrón, en reemplazo del patrón de Dios, lo cual permite el éxito *individualizado*. Son muchas las víctimas del discipulado legalista.

Cuando alguien dice que no puede oír a Dios, los maestros de la primera escuela relatan inmediatamente la manera en que ellos lo oyen, y alientan al creyente a imitarlos. Cuando los maestros de la segunda se encuentran con alguien que dice que no puede oír a Dios, inmediatamente le imparten la seguridad que es imposible que el creyente que lucha no oiga a Dios, porque Sus ovejas oyen Su voz. Es tarea de Dios clasificar y definir la voz del Pastor que el creyente ha estado oyendo todo el tiempo.

En el verdadero discipulado debemos revelar a los elegidos todo lo que ya poseen como miembros del rebaño del Pastor. ¡La fe cristiana es sencilla!

La desobediencia

La obediencia puede presentarse como un escollo en la vida del cristiano, simplemente porque posee cualidades únicas que se prestan a malentendidos. El temor a obedecer puede obstaculizar el andar del creyente por mucho tiempo. La obediencia es, sin lugar a dudas, el tema más delicado y peligroso de la vida cristiana; esto por dos razones.

En primer lugar, hay quienes evitan completamente el tema. Estas personas pasan por alto el hecho que la obediencia es un tema predominante desde el principio de Génesis –donde constituye el requisito para habitar en el jardín– hasta el último capítulo de Apocalipsis –donde permite a los creyentes comer del árbol de la vida–.

En segundo lugar, cuando se la enseña, la obediencia es más peligrosa que cuando se la evita, pues cuando se la enseña mal alienta el pecado. Este fue el problema que enfrentó Pablo al enseñar acerca de la obediencia. La parte carnal de la vida del ser humano está sumamente predispuesta a todo lo que sea esfuerzo propio y desecha la gracia de Dios. Leamos parte de lo que Pablo dice a los creyentes gálatas.

Mas ahora, conociendo a Dios, o más bien, siendo conocidos por Dios, ¿cómo es que os volvéis de nuevo a los débiles y pobres rudimentos, a los cuales os queréis volver a esclavizar?

Gálatas 4.9

¿Dónde, pues, está esa satisfacción que experimentabais?

Gálatas 4.15

Aquellos de entre ustedes que tratan de ser justificados por la ley, han roto con Cristo; han caído de la gracia.

Gálatas 5.4, NVI

Porque vosotros, hermanos, a libertad fuisteis llamados.

Gálatas 5.13

La obediencia es uno de los temas más fáciles de enseñar en forma equivocada, simplemente porque el hombre es muy consciente de su propio fracaso. Continuamente se nos señalan nuestros fracasos y, por causa de ellos, hemos sido manipulados por otras personas. Por esta razón resulta muy común que la obediencia adopte el perfil sumamente desagradable y demoníaco de ser igual a la aceptación y necesaria para ella.

Decir que “obediencia es igual a aceptación” es, en realidad, la mejor definición de legalismo, el cual enseña que si obedecemos podemos ser más aceptables a Dios. A su vez, el legalismo alejará al creyente de Dios, llevándolo al esfuerzo propio. Si la obediencia fuera la condición para la aceptación, Jesús nunca habría necesitado venir a la tierra. El ser recibidos favorablemente por parte de Dios tiene su fundamento en la conducta de Cristo, no en la nuestra. No podíamos ser aceptables para Dios cuando estábamos fuera de Cristo, sin importar cuán buena fuera nuestra conducta; y ahora que estamos en Cristo no dejaremos de ser aceptados, sin importar cuán malas sean nuestras acciones. Esto no quiere decir que el creyente que no guarda los mandamientos de Dios no será disciplinado, sino que tal corrección ocurre porque el creyente *es* un hijo de Dios, no para que *pueda* serlo. Cuán fácil es olvidar que la obediencia no es la causa de nuestra relación con Cristo sino el resultado de ella.

El problema es que cuando se nos dice que obediencia equivale a aceptación, ¡inmediatamente la evitamos a cualquier precio! ¿Por qué? Porque en el pasado intentamos ser aceptados por medio de nuestra conducta y fracasamos; por esa razón sentimos que, esforzarnos en el presente, solo nos conducirá a otro fracaso. El resultado es que podemos estar huyendo de la obediencia para no sufrir el dolor de volver a fracasar.

Cuando creemos que obediencia es igual a aceptación, aun la Biblia, que debería ser un medio por el cual somos bendecidos, se convierte en una fuente de desaliento. El legalista lee la Palabra de Dios como si fuera a través de un filtro que distorsiona todo lo que dice, de manera que ve únicamente lo que debe *hacer* para ser aceptable.

La iglesia padece de legalismo generalizado. En una ocasión en la cual tuve el privilegio de hablar frente a varios cientos de creyentes, les hice la siguiente pregunta. “¿Qué cinco cosas debemos hacer para asegurar y mantener nuestro crecimiento

espiritual, nuestra santidad, nuestra vida familiar y nuestra fe?”. Las respuestas inmediatas que recibí fueron las siguientes: orar, leer la Palabra, congregarnos, ser disciplinados y tener nuestro tiempo devocional diario. Seguidamente, pregunté: “¿Qué cinco cosas está haciendo Dios para asegurar y mantener nuestro crecimiento espiritual, santidad, vida familiar y fe?”. ¡El auditorio quedó en silencio! Nos resulta sencillo comprender aquello que nosotros debemos hacer, pero demasiado a menudo somos ignorantes cuando se trata de comprender lo que Dios está haciendo por nosotros.

Andrew Murray dijo una vez que la peor herejía dentro de la iglesia era el continuo énfasis en lo que debemos hacer, sin que sepamos lo que Dios está haciendo por nosotros. No debemos ver la fe cristiana como una religión basada en el hombre, donde lo más importante tiene que ver con el hacer, pues se trata de *una relación con Dios* que descansa en Su obra y en “el poder de Su fuerza”. Si el éxito estuviera basado en el hombre, entonces obviamente estaríamos negando “la supereminente grandeza de su poder para con nosotros los que creemos” (Efesios 1.19).

Entender intelectualmente todos los mandamientos bíblicos no asegura la presencia de Dios, lo cual es algo que se nos da como el fundamento para el crecimiento de nuestra vida espiritual, no algo que podemos ganar por medio de nuestro propio esfuerzo y obediencia. El camino a la vida abundante es estrecho, sí, pero no es esa cuerda floja –por la que pocos pueden caminar– que el legalismo asegura que es.

¡Obediencia no es igual a aceptación! Si creemos que lo es, entonces estamos condenados al fracaso y la frustración, porque Dios no hará nada para alentar esa falsa teología. Somos aceptables porque la vida de Cristo, la única vida aceptable para Dios, mora en nosotros para convertirse en nuestra propia vida. Cualquier debate en cuanto a la obediencia debe establecer primeramente que la aceptación tiene su fundamento en Cristo y no en la obediencia. Aunque un creyente nunca sea obediente, aun así será aceptable en Cristo. ¿Fue la obediencia la que lo introdujo a usted en una relación con Dios o fue el nuevo nacimiento por medio de la fe? Del mismo modo, ¿puede la desobediencia quitarle su relación con Dios?

¿Cuál es, entonces, el propósito de la obediencia? Permítame responder por medio de una analogía. ¿Tuvo alguna vez apetito de algo sin poder definir de qué? ¿No ocurre que cuando nos sucede esto deambulamos por la cocina buscando algo para comer, que satisfaga nuestro deseo? A medida que probamos distintos alimentos buscando la comida perfecta que satisfaga nuestro antojo, poco a poco comenzamos a llenarnos, pero no quedamos realmente satisfechos. Finalmente, probamos las galletitas con trozos de chocolate e inmediatamente nos damos cuenta que eso era lo que habíamos estado deseando todo el tiempo. Con solo comer un poco nos sentimos inmediatamente satisfechos.

Todos nacimos incrédulos, con la vida de Adán en nuestro interior, una vida con antojo por la desobediencia. La persona no regenerada podrá probar muchas cosas, pero no estará satisfecha hasta hartarse de malas acciones.

El mundo está lleno de incrédulos insatisfechos que todavía no han tenido la oportunidad de probar todas las iniquidades de las cuales tienen antojo. Esta es la razón por la cual, por más que se la castigue duramente, la persona no regenerada se ocupará de violar todas las leyes que traten de impedir su desobediencia.

Por otra parte, cuando una persona nace de nuevo, recibe una vida nueva y recta – la vida de Cristo– la cual tiene hambre de obediencia. ¡La vida de Cristo que está dentro del creyente desea la obediencia como lo único que le producirá satisfacción! Para un creyente no se trata de ser aceptado o no, de ser pecador o justo, espiritual o carnal, exitoso o fracasado, sino de estar satisfecho o insatisfecho. El creyente ansía la obediencia como la única manera de satisfacer su deseo interior. Obedecer o desobedecer termina siendo una decisión entre comida para perros o nuestro plato favorito. La comida de perro no satisfará, ¡pero nuestro plato favorito sí! La diferencia entre ambos es tan grande que no constituye un gran dilema escoger la obediencia. Pablo no describe continuamente la vida cristiana como una lucha entre la obediencia y la desobediencia; por el contrario, da por sentado que la obediencia es algo que no solamente deseamos sino que también tenemos el poder para practicar.

¿Desea sentirse satisfecho? ¡Entonces obedezca! Porque la obediencia es aquello de lo cual usted tiene antojo.

Un hermano en Cristo me dijo que se sentía vacío, con un profundo anhelo incumplido y una cierta insatisfacción con la vida. Había llegado a la conclusión que la fuente de su problema era su esposa y que debía dejarla por otra mujer quien, en teoría, proporcionaría la anhelada satisfacción al hambre que había en su interior. Mi respuesta fue: “Hermano, el hambre que usted siente no es otra cosa que hambre de obediencia. Si quiere encontrar el verdadero sabor de la vida, obedezca amando a la esposa que tiene”.

Una vez que comprendemos que el propósito de la obediencia es satisfacernos y que no tenemos la presión agregada de la necesidad de un desempeño que nos haga aceptables, la obediencia se hace algo muy sencillo.

¿Cuánto esfuerzo se necesita para comer nuestra comida favorita? ¿Nos resulta una tarea pesada, insuperable, o una lucha, comprar para nuestro deleite una porción del pastel o el helado que más nos gusta? ¿Encontramos penoso pagar por los alimentos que disfrutamos comer? Claro que no; no lo consideramos una carga porque nos brinda satisfacción.

Cuando comencemos a ver a la obediencia como aquella comida que verdaderamente anhelamos, nos preguntaremos en cada oportunidad: “¿Quiero estar lleno o no? ¿Quiero sentirme satisfecho?”. Entonces comenzaremos a buscar oportunidades para ser obedientes. Si entramos a un cuarto en el cual nos están difamando y cumplimos con el mandamiento de amar a nuestros enemigos podemos, llegado el momento, abandonar el lugar llenos, satisfechos y con ánimo en nuestro espíritu. Si perdonamos, ponemos nuestra vida por nuestros hermanos, dominamos nuestros ojos y nuestra lengua, llevamos todo pensamiento cautivo a Cristo y damos de la manera en que Él nos dio, no estaremos más cerca de Dios ni seremos más aceptables a Él, pero estaremos llenos. Estaremos satisfechos.

Ahora comprendo por qué David amaba tanto los mandamientos de Dios. Una vez que pude ver el propósito de guardarlos, yo también comencé a amarlos y amar la obediencia, pues amo estar satisfecho y lleno hasta rebosar.

En ocasión de un retiro realizado en las montañas de Colorado con varios creyentes de diferentes países, decidimos intentar hallar oro. Uno de los hermanos me preguntó si era sabio utilizar nuestro tiempo para buscar oro cuando teníamos cuestiones espirituales que reclamaban nuestra atención. Mientras él aún hablaba, otro hombre

encontró lo que en ese momento parecía ser oro, de modo que todos comenzamos a cavar frenéticamente. Mientras cavaba, vi con asombro a mi derecha, cavando también, al hermano que creía que deberíamos estar haciendo algo más espiritual que excavar. Comenté que su actividad me confundía, ya que no revestía valor espiritual, a lo que sin mirar me respondió: “¡Es que no sabía cuánto me gustaba el oro hasta este momento!”. El hombre no se conmovió sino hasta que lo hubo visto. Lo mismo puedo decir en cuanto a la obediencia; no fue sino hasta que vi su propósito que descubrí cuánto me agradaba.

Si la obediencia es el alimento que satisface la vida interior, ¿no nos impulsan las siguientes palabras de Jesús a ser obedientes en toda situación?

Entre tanto, los discípulos le rogaban, diciendo: Rabí, come. El les dijo: Yo tengo una comida que comer, que vosotros no sabéis. Entonces los discípulos decían unos a otros: ¿Le habrá traído alguien de comer? Jesús les dijo: Mi comida es que haga la voluntad del que me envió, y que acabe su obra.

Juan 4.31-34

El Jesús que declaró cuál era Su verdadera comida es el mismo Jesús, con ese mismo apetito, que vive dentro de usted. Usted sabe qué alimenta la vida de Jesús, de modo que tiene acceso continuo al gozo de sentirse satisfecho.

La obsesión con el pecado

Cuando llegamos al tema de la lucha contra el pecado, existe una sola regla que nunca debemos romper: Al batallar contra el pecado, ¡nunca debemos batallar contra el pecado! Sí, lo que oyó. No debemos luchar con el pecado si queremos vencerlo.

Permítame ilustrarlo de la siguiente manera. Se cuenta la historia de un hombre que viajaba por las aldeas de la India vendiendo una poción mágica. Lo que hacía el hombre era pedir un recipiente limpio, dentro del cual vertía agua también limpia y un poco de su poción mágica. A medida que revolvía la mezcla, hábilmente dejaba caer en el recipiente tres o cuatro pepitas de oro. Cuando se retiraba el agua del recipiente, allí estaba el oro. En una aldea, un prestamista que observaba la demostración le preguntó si estaría dispuesto a venderle la fórmula por cincuenta mil rupias (unos 500 dólares). El hombre estuvo más que feliz de vendérsela, aunque tras recibir el pago hizo una última recomendación al prestamista: “Hay algo que jamás debe hacer mientras prepara el oro, porque de lo contrario la fórmula no funcionará. Mientras añade la fórmula y revuelve el agua, ¡nunca, pero nunca, debe pensar en el mono de cara roja!”. Como podrá imaginar, ¡el prestamista nunca pudo hacer oro! Dondequiera que fuera, desde el Himalaya hasta el sur de la India, no importaba cuánto se esforzara por no pensar en él, el mono de cara roja siempre estaba en su mente.

Lo mismo ocurre con el pecado. Nunca lo vencerá, a menos que deje de hacerlo el centro de su atención. Suelo comentar que Dios me ha liberado de muchas cosas, pero nunca de algo que ocupara toda mi atención.

Muchas personas han permitido que el pecado monopolice su atención durante diez, veinte, treinta y hasta cuarenta años. El pecado se ha convertido en una parte tan importante de su vida que no saben qué harían si fueran milagrosamente liberados. Si el

veinticinco por ciento de la atención de una persona estuviera puesto en algo que la consume y ocurriera una liberación inmediata, ¿en qué estaría puesta ahora toda esa energía mental? ¿qué llenaría ese vacío? La solución para luchar contra el pecado es poner nuestra mente en algo que no sea el pecado. Esto no se lleva a cabo evitando deliberadamente el pecado, sino resolviendo firmemente hacer del Señor el centro diario de nuestro pensamiento. “No os conforméis a este siglo, sino transformaos por medio de la renovación de vuestro enten-dimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Romanos 12.2). Si el centro de nuestro pensamiento está ocupado por las cosas del mundo y no por las cosas del reino de Dios, acabaremos en el fatalismo cristiano, la creencia que nuestra vida en la tierra será de constante derrota e infelicidad. De esta manera, aceptaremos el sufrimiento continuo como lo normal y simplemente nos dedicaremos a esperar el arrebatamiento, cuando entraremos en el descanso de la maravillosa experiencia del cielo. Lo cierto es que todo sufrimiento tiene el propósito de producir vida abundante y gozosa en la presencia de Dios ahora mismo.

TERCERA PARTE

La vida en la presencia de Dios

CAPÍTULO 7

El gozo de Su presencia

Como creyentes, después de atravesar la serie de obstáculos que se interponen en el camino a la presencia de Dios, descubrimos algo hermoso y maravilloso: Siempre tuvimos la presencia de Dios; era algo que buscábamos pero ya poseíamos. “¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia?” (Salmos 139.7). No reconocíamos ni utilizábamos la presencia de Dios porque estábamos felices de confiar en nosotros mismos para manejar la problemática de la vida diaria. Fue necesaria una serie específica de problemas, circunstancias y pecados para que comprendiéramos que no teníamos lo necesario para vencer separados de la Vid. También tuvimos que descubrir la victoria que era nuestra en Cristo al vencer cada obstáculo. Este triunfo nos fue dado, no nos lo ganamos. Esta información resulta invaluable a la hora de guiar a otros a la presencia de Dios.

Ahora que somos conscientes de que estamos en la presencia de Dios —el lugar preciso al cual el Salvador quería llevarnos desde hace mucho tiempo y en el cual descansamos de toda queja del alma, del cuerpo y del espíritu— prorrumpimos en alabanza.

Pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor con que nos amó, aun estando nosotros muertos en pecados, nos dio vida juntamente con Cristo (por gracia sois salvos), y juntamente con él nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús, para mostrar en los siglos venideros las abundantes riquezas de su gracia en su bondad para con nosotros en Cristo Jesús.

Efesios 2.4-7

En Su presencia encontramos el mayor gozo y, a su vez, somos de gozo para el Señor. Ahora estamos dispuestos a entrar *confiadamente* en el lugar santo por la sangre de Jesús, sabiendo que todas nuestras peticiones serán oídas, no sobre la base de nuestro desempeño sino sobre la base del desempeño y la estatura del Hijo. Al comprender esto, las peticiones de los discípulos comienzan a cambiar; ya no deseamos las cosas insignificantes de la vida, pues confiamos en que nuestras necesidades serán satisfechas. Comenzamos a pedir aquello que glorifica al Hijo: que personas le sean entregadas a fin de que Él pueda presentarlas al Padre. En la luz de Dios podemos completar las piezas faltantes de la vida cristiana. Vemos los mandamientos como promesas, descubrimos que los sufrimientos presentes no se comparan con la gloria de Dios, y la sanidad divina pasa a ser un estilo de vida. Tiene sentido obedecer, pues en Su presencia hay poder junto con el mandamiento; es lógico perseverar ¡pues en Su presencia hay seguridad de que Él nos llevará adelante! Es razonable perdonar, porque en Su presencia Su perdón está más allá de toda comprensión. La espera no es una actividad forzada, pues existe absoluta confianza en que la promesa vale tanto como su cumplimiento.

Los salmistas hallaron la sanidad divina en la presencia de Dios. “Cuando pensé para saber esto, fue duro trabajo para mí, hasta que entrando en el santuario de Dios, comprendí el fin de ellos” (Salmos 73.16-17). Para David era sabio amar, porque en la presencia de Dios hay abundancia de amor.

La fe no implica esfuerzo cuando contemplamos el misterio del obrar de Dios y llegamos a comprender que no hay nada imposible para Él. Ya no necesitamos enfrentar el sufrimiento con abatimiento, cuando va acompañado por el conocimiento que no hay dolor que Su presencia no conquiste de tal manera que seamos hechos más que vencedores.

Por cierto, no hay nada que Su presencia no cure. La hemos hallado, no podemos perderla y nadie nos la puede quitar.

Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo por venir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.

Romanos 8.38-39

Si Su presencia está demasiado ausente de nuestra vida cristiana, somos despojados del gozo que debemos tener en nuestra tarea. ¿No es esta la razón por la cual la lectura bíblica, la oración, el testimonio, la asistencia a los cultos y las batallas espirituales carecen de la expectativa que Jesús demostró durante Su vida? Su presencia

debe convertirse en nuestro alimento para enfrentar las tareas que tenemos por delante, ya que Él es el verdadero pan que debemos comer.

Existe un gran peligro una vez que ya estamos disfrutando de Su presencia. Debemos comprender que intentar asegurarnos Su presencia solo hará que la perdamos, porque no nos es dada como recompensa por un esfuerzo sino por medio de la fe. A medida que aprendamos a permanecer en ella día tras día y momento a momento, comenzaremos a experimentar cuán inalterable es la vida en el Espíritu. La conciencia de nuestra comunión ininterrumpida en el Espíritu tendrá un efecto calmante en nuestra mente, voluntad y emociones, lo cual también tranquilizará el cuerpo, permitiéndonos vivir en un mundo hostil poseyendo Su paz.

La presencia interior

¿Dónde está el reino de Dios? ¿Dónde debemos buscarlo? Los fariseos se hicieron estas mismas preguntas, y las respuestas que Jesús les dio también son apropiadas para nosotros. “El reino de Dios no vendrá con advertencia, ni dirán: Helo aquí, o helo allí; porque he aquí el reino de Dios está *entre* vosotros” (Lucas 17.20-21 [Cursiva del autor]). Es interesante señalar que varias versiones de la Biblia (BA, BJ y VHA) aclaran en nota marginal que aquí el término “entre” puede traducirse también como “dentro de”. Muchos han buscado el reino en una iglesia, en una vocación o en tal o cual lugar o persona, pero nunca debemos buscarlo en otro sitio que no sea nuestro interior, donde mora Cristo. “Cristo vive en mí” (Gálatas 2.20, NVI). “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1.27). “[...] hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gálatas 4.19). “Para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Efesios 3.17). “[...] santificad a Dios el Señor en vuestros corazones” (1 Pedro 3.15).

Lo que deseo señalar es que si queremos morar en la presencia de Dios momento a momento, debemos mirar al Cristo que habita dentro de nosotros para hallar Su presencia que permanece. San Agustín dijo cierta vez que había perdido mucho tiempo al comienzo de su experiencia cristiana tratando de hallar al Señor externamente en lugar de buscarlo dentro.

Es de gran provecho reconocer que el reino de Dios se encuentra en nuestro interior. En el Padrenuestro pedimos que venga Su reino y se haga Su voluntad en la tierra como en el cielo. La expresión de lo celestial debe revelarse primeramente en nuestro corazón antes de poder manifestarse a quienes están sobre la tierra. Al centrar nuestra atención en el Cristo que mora dentro, Su vida es liberada en nosotros, mostrando a quienes nos rodean la esencia de Su reino. La belleza de esta manifestación es tan natural como una flor en un árbol frutal; no es artificial sino verdadera, y está dotada de un fragante aroma para todos los que lo pueden percibir y recibir.

Al contemplar la vida que está dentro de nosotros, Jesús nos enseñará diariamente, dejando una huella perdurable en nuestro corazón. Esta es la clase de enseñanza que anhelamos, la cual es impartida con poder.

Durante muchos años estudié la Biblia para poder convertirme un día en un buen maestro. A fin de impartir el conocimiento adecuado, me preparé leyendo comentarios, estudiando el griego y haciendo bosquejos de pasaje tras pasaje. Después de mucho estudio académico, descubrí que esa clase de conocimiento no me pondría en contacto

con el Dios vivo. Mi error había consistido en creer que si yo o cualquier otra persona poseíamos el conocimiento adecuado haríamos lo correcto y honorable. “Ustedes estudian con diligencia las Escrituras porque piensan que en ellas hallan la vida eterna. ¡Y son ellas las que dan testimonio en mi favor!” (Juan 5.39, NVI). Entonces dejé de procurar saber *acerca* de Dios y comencé a ocuparme de conocer *a* Dios.

Imagine que en lugar de tener físicamente un esposo o esposa, yo le entregara únicamente fotografías y cartas de él o ella. ¿Sería esto suficiente? Cada vez que usted deseara encontrarse con su cónyuge, mi respuesta sería: “Allí tiene sus fotografías y cartas” o “Quizá usted debería escribirle también”. ¿Sería satisfactoria esta clase de relación por correspondencia?

Dios tampoco está interesado en un “amigo por correspondencia” que lea sus cartas, mire sus fotografías y le envíe mensajes preocupantes de vez en cuando. Dios desea que usted se relacione con Él y se ha encargado de hacer que esto resulte increíblemente sencillo al poner Su vida, la vida de Su Hijo, dentro de usted. Si tan solo permaneciera en calma por un momento, podría oír Su voz enseñándole con poder para cambiar su corazón.

¿Por qué tantas personas tienen mucho conocimiento y a la vez muy poco poder? ¿No será que su conocimiento no proviene de un Cristo que mora en su interior, sino solamente de la Palabra externa? Una vez que aprendí este secreto, me sorprendió que al mirar al Cristo que mora dentro podía recibir, a veces en menos de un minuto, un mensaje para enseñar. Mi mayor asombro fue que, cuando predicaba un mensaje de este tipo, salía con poder y transformaba las vidas de los oyentes. Esos mensajes recibidos en tan corto tiempo de parte del Señor tenían más poder espiritual en una sola frase que todo un sermón desarrollado a partir de mis propios recursos e investigación.

Uno de mis amados mentores de la fe, quien vive en la India, cuenta de una oportunidad en la cual deseaba ardientemente ver el rostro de Jesús. Sentía que si el Señor tan solo se le apareciera, tendría la confianza necesaria para enfrentar la tarea que tenía por delante. Decidió ayunar y orar a fin de crear las condiciones para que el Señor se le revelara. Muy tarde durante la noche del cuarto día oyó que golpeaban a su puerta. Sintió en su espíritu que realmente vería a Jesús. Al abrir la puerta, descubrió frente a él a un joven semidesnudo, desnutrido y de aspecto desagradable. Observó también que las moscas volaban alrededor del sucio muchacho, quien ofreció la siguiente explicación. “¿Quiere saber por qué las moscas vuelan a mi alrededor? Lo hacen porque soy excremento. Mi madre y mi padre me rechazaron y todo el mundo me desprecia. ¡Soy excremento!”. Luego dio media vuelta y se marchó.

Cuando la puerta se cerró, mi maestro oyó la voz del Señor: “¡Ahora has visto mi rostro! ¡Donde hay sufrimiento, donde hay dolor, donde hay rechazo, allí estoy yo!”. Mi maestro había orado, había buscado al Cristo que estaba dentro de él y la enseñanza llegó con tal poder que dejó una marca permanente en su corazón. Ahora este hombre irradia el amor de Cristo hacia los oprimidos de una manera pocas veces vista. Visita leprosarios, abraza a los intocables y da el amor de Cristo sin medida. Después de conocerlo, mi madre lo describió como “un ángel hindú”.

Esto es lo que ocurre con quienes encuentran al Cristo que mora dentro: no hay falta de poder, no hay sentido de comunión interrumpida; solo está el continuo fluir de Su

vida. “¿No sabéis que sois templo de Dios, y que el Espíritu de Dios mora en vosotros?” (1 Corintios 3.16).

Hay otro beneficio que resulta de descubrir al Cristo que mora dentro: El silencio se convierte en una bendición. Mientras estamos ocupados buscando a Cristo aquí y allá, sintiendo que no lo podemos encontrar, anhelamos la seguridad que nos proporciona Su voz. Sus palabras podrían satisfacer nuestra búsqueda y darnos la seguridad de haberlo hallado, o al menos de que no nos ha abandonado. Pero una vez que por medio de la fe hallamos al Cristo que mora dentro, esa presencia interior, el silencio ya no nos preocupa; es más, comenzamos a disfrutarlo. Muy pocos son los que conocen las bendiciones que produce el silencio, pues la mayoría de las personas están demasiado ocupadas impartiendo a Dios las órdenes del día, implorando ruidosamente para asegurarse que Él los oiga y que haga lo que mejor responda a los intereses de ellos. Se pierden la conciencia de Su presencia revelada en el silencio. El silencio es importante para Dios; se lo menciona más de cien veces en la Biblia.

Disfruto de mi esposa en diferentes aspectos de nuestra relación: el aspecto espiritual, el físico, el emocional y el sexual. Nos relacionamos de diferentes maneras en diferentes momentos. Una manera de relacionarnos que no mencioné y que nos tomó más tiempo desarrollar es la del silencio. Hay muchos momentos en los cuales mi esposa y yo estamos juntos y no deseamos hablar. Cuando estoy leyendo hay silencio, pero me gusta saber que ella está conmigo en el otro extremo del diván. Experimento calma y una cálida conciencia de su compañía. Yo simplemente deseo permanecer en su presencia del mismo modo que ella quiere permanecer en la mía. Lo que hace de este silencio algo tan satisfactorio es que yo sé que ella desea estar allí conmigo; y ella sabe que yo deseo estar allí con ella. Ninguno de los dos exige mucho del otro, sino que simplemente ambos disfrutamos de estar juntos. Que esté allí, cerca, es lo único que le pido durante esos tiempos silenciosos, porque la amo. Cuando todas las acciones quedan de lado, estamos verdaderamente contentos tan solo con poder contar con la presencia del otro.

Quienes formamos la iglesia somos la novia de Cristo. ¿Estamos contentos con Él y nada más, o únicamente lo deseamos cuando nos da algo que queremos? ¿Podemos estar contentos con el calor de Su presencia en silencio? ¿o debemos estar continuamente hablando, presentando situaciones y pidiendo cosas? Si por el resto de nuestra vida no recibiéramos de Él nada más que la conciencia de este Cristo que mora dentro, y si Él permaneciese en silencio, ¿nos sentiríamos llenos hasta rebosar?

Muchos nunca se han tomado el tiempo para permanecer en silencio delante del Señor. Muchos no saben cómo hacerlo. Puedo decir con seguridad que han sufrido una gran pérdida en todo su hablar, buscar y dar órdenes. Si lo buscamos egoístamente para nuestro deleite, para que satisfaga nuestras necesidades emocionales, físicas y espirituales, nos equivocamos, ya que debemos buscarlo para alegría de Él. Todo aquel que ha buscado a Dios para alegría de Él testificará que ha sido lleno hasta rebosar y no se ha visto decepcionado durante un solo minuto de los que pasó en Su presencia. Deje de buscar lo espectacular de Dios y ámelo en silencio; aprenda a disfrutar la presencia de Él dentro de usted, y de su interior fluirán ríos de agua viva.

¿Cómo comenzamos a experimentar esta bendita vida de la presencia de Cristo en nuestro interior? Pidiéndole a Dios, quien nos ha llamado a esta profunda relación

personal, que nos la revele. Al permanecer en silencio y dependencia, Él será fiel en completar aquello a lo cual nos ha llamado.

He comprobado que la doctrina intelectual es mucho más fácil de comunicar que las verdades espirituales, las cuales son misterios no totalmente entendidos pero cuyo propósito es ser experimentados completamente.

He estado presente en los momentos en que mi esposa daba a luz a tres hijos. He estudiado minuciosamente el proceso. Ella hasta me explicó en detalle lo que experimentó durante el parto. Sostuve en mis brazos a cada recién nacido pocos minutos después de su nacimiento. Sin embargo, hasta el día de hoy no puedo comprender en toda su dimensión lo que es dar a luz un niño. Mi esposa no tiene problemas para hablar de su experiencia con otras madres, quienes al escuchar los detalles asienten con la cabeza en señal de comprensión. Sin embargo, sé que yo nunca lo entenderé completamente.

Lo mismo ocurre con las verdades espirituales. Quienes han experimentado al Cristo que mora dentro quizá lo expliquen en términos muy imperfectos, pero otros creyentes que tuvieron experiencias similares solo necesitarán asentir con la cabeza en señal de comprensión. Las realidades espirituales, como el nuevo nacimiento, son milagros que provienen de la mano de Dios. ¡Y Él es un Dios de milagros!

CAPÍTULO 8
La oración en Su presencia
¿Qué es la oración?

¿Qué es, exactamente, la oración? Se ha escrito mucho acerca de este tema y son numerosos los libros que enseñan sobre cómo, por qué y dónde orar. Pero me gustaría ocuparme de un aspecto olvidado de la oración, que es *escuchar*. Al aquietarnos y prestar atención al Cristo que mora dentro, podemos comenzar a oír Su voz y ser renovados y alentados.

En primer lugar, será importante que aclaremos qué es lo que hemos de escuchar. Jesús señaló inequívocamente que Su voz es posible de distinguir en forma clara y completa. “Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen” (Juan 10.27). Esta es una afirmación absoluta por parte de Jesús. Su voz tiene que ser claramente distinguible. Sin embargo, parecería que muchos no logran discernir Su voz; están constantemente confundidos por las voces que los rodean, sin saber a ciencia cierta si están oyendo a Satanás, a Dios, a su conciencia o a sus propias emociones fluctuantes.

¿Cómo puede ser, entonces, que Jesús diga que Su voz es fácil de oír? Para hallar la respuesta a esta pregunta debemos remitirnos a la enseñanza anterior de Jesús en Juan 8. En primer lugar, el Señor dice: “Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida” (v. 12). Luego, remarca un segundo aspecto: “Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres” (vv. 31-32). Si lo seguimos, Él nos guiará a la luz, y al permanecer en Su Palabra lo oiremos, conoceremos la verdad y seremos libres.

Luego Jesús relata una parábola acerca de un buen pastor para reforzar lo que acababa de enseñar. Seguramente no hubo ni una sola persona entre Su audiencia que no comprendiera la parábola, ya que todos estaban acostumbrados a los hábitos de los pastores y las ovejas. Era responsabilidad del pastor guiar a las ovejas a un lugar donde estuvieran seguras y tuviesen alimento. Es responsabilidad del Hijo del Hombre sacar a Sus seguidores de las tinieblas y guiarlos a la luz. También era responsabilidad del pastor enseñar a las ovejas a oír su voz. Si un pastor tenía una oveja que no había aprendido a reconocer su voz desde pequeña, utilizaba su cayado para quebrarle una pata. Luego de vendar la pata de la oveja, era necesario que la cargara sobre sus hombros y la alimentara con su mano hasta que sanara. Durante este tiempo de debilidad, la oveja moraba entre (“permanecía en”) las palabras del pastor y aprendía a oír su voz.

De manera similar, un recién nacido, en su debilidad, no puede hacer nada para proveer para sí mismo, por lo que hace lo único que un recién nacido puede hacer: permanecer en la presencia de su madre, aprendiendo a conocer su voz. Con el tiempo, la voz y el toque de la madre se vuelven inconfundibles, aun al extremo de que el niño no permitirá que nadie más lo consuele ni lo cargue en sus brazos. Conoce con certeza la voz de su madre.

¿Por qué, entonces, al parecer, son tan pocos los creyentes que conocen la voz del Señor Jesús? ¿No será que nunca tuvieron la oportunidad de aprender a conocer Su voz en el momento ideal, cuando eran bebés en Cristo? En ese momento, aprender a reconocer Su voz habría sido algo natural, porque no habría otra cosa que hubieran podido hacer en su primera etapa de vida. Lamentablemente, la iglesia sufre por descuidar lo que establece los cimientos para todo lo demás. Muy a menudo, a los nuevos cristianos que poseen cierta medida de talento, capacidad e intelecto se los pone a trabajar inmediatamente. Es como si ninguna capacidad o talento debiera pasar inadvertida; debe utilizarse una y otra y otra vez. Cuando esto no ocurre, se oye decir: “¡Qué desperdicio!”, como lamentara aquel discípulo cuando María quebró el frasco de perfume de gran precio a los pies de Jesús, “desperdiciando” lo que podría haberse utilizado. Cuando descuidamos lo esencial, inconscientemente elegimos medidas más drásticas que deberán ser tomadas más tarde. Quienes no han aprendido a reconocer la voz del Señor durante la infancia, a menudo deberán soportar los métodos más extremos para ser “domados”. Quedan inmovilizados por un período prolongado a fin de que puedan descubrir lo que deberían haber entendido mucho tiempo (años quizá) antes.

¿Por qué, entonces, tantas personas no conocen Su voz? Porque nunca tuvieron, ni se les brindó, la oportunidad de postrarse ante el Señor en silencio, permanecer en Sus palabras y ser así capaces de distinguir Su voz de entre todas las demás. “[...] porque llamé, y nadie respondió; hablé, y no oyeron” (Isaías 66.4). Dios está hablando y exige que escuchemos; es crucial que aprendamos a oír Su voz.

La importancia de prestar atención a la voz de Dios

Para oír la voz de Dios debemos comenzar por permanecer en Su Palabra. Muchos escritores de material devocional del pasado utilizaban un método útil al comenzar a desarrollar el aspecto de la permanencia, al que llamaban “orar las Escrituras,” un método simple pero muy efectivo.

Para comenzar con este ejercicio, aparte un tiempo en un lugar donde pueda estar tranquilo, ya que esta clase de oración necesita tiempo para desarrollarse. En silencio delante del Señor, fije su atención en Cristo con una actitud de humildad, con la misma disposición con la que un cordero se acercaría al pastor o un niño pequeño a su madre. Es la convicción de no poseer nada, una actitud de dependencia total. ¿Podría usted obtener su propio alimento espiritual? ¿Sabría dónde comenzar a buscar? ¿Cuenta usted con algún recurso propio? Al mostrar una actitud de dependencia total, el Padre lo guiará hasta el verdadero maná que viene del cielo, porque Él es el verdadero Pastor que al mismo tiempo es el alimento para Su rebaño. Él le dará a beber del río de agua viva y usted será saciado. “De cierto os digo, que el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él” (Lucas 18.17). Como un niño, como un cordero, usted se presenta ante el Gran Proveedor y rinde su corazón, su libertad, su familia y sus necesidades espirituales con gozo y confianza, sabiendo que estas nunca podrían ser manejadas por alguien tan débil como usted. Al hacer esto, comenzará a percibir en su espíritu la realidad del gran Pastor, el Padre amoroso. Sí, ocurrirá, no en una avalancha de pensamientos y emociones, sino en un lugar mucho más profundo y calmo: la fortaleza incommovible de nuestro espíritu. “[...] porque los verdaderos circuncidados somos nosotros, los que adoramos a

Dios movidos por su Espíritu, y nos gloriamos de ser de Cristo Jesús, y no ponemos nuestra confianza en las cosas externas” (Filipenses 3.3, DHH).

La primera lucha que enfrentaremos al realizar este ejercicio será con la mente, la cual inmediatamente comenzará a divagar. Esto es de esperar; su mente se ha ejercitado durante muchos años para buscar la satisfacción fuera del cuerpo. Aliéntese al saber que la mente puede ser disciplinada para poner su atención en el Cristo que mora dentro y no en el trabajo, los problemas o los sucesos del pasado. Luego de períodos prolongados de lucha con su mente usted quizá quiera darse por vencido, pensando que Dios está disgustado con su incapacidad de concentrarse en Él. Nada estaría más lejos de la verdad. Los intentos por disciplinar una mente que divaga, para que se concentre en Él, no le desagradan; por Su gran amor somos libres para fracasar.

A continuación, elija un pasaje bíblico. Yo recomiendo el Salmo 139. Al acercarse a la Palabra de Dios de esta forma usted no puede ni debe preocuparse por la cantidad leída. Una sola palabra puesta por Dios en su corazón es más valiosa que mil palabras aprendidas de memoria. Hay un tiempo para el estudio académico, pero ese tiempo no es ahora. Esta será la única carrera en la cual el “perdedor” (si calificáramos así al que ha leído menos), muy probablemente sea el ganador.

Ahora, abra su Biblia en el Salmo 139 y lea las dos primeras palabras: “Oh Jehová”. No avance en la lectura, aquiete su mente, vuélvase al Cristo que mora dentro y escuche. Medite en las palabras “Oh Jehová”. Sí, Él es Jehová su Señor; todo su corazón lo reconoce. Alábelo por lo que esto significa para su vida. “Oh Jehová, tú eres Señor y eres el responsable de cuidarme. Oh Jehová, me arrepiento de mi preocupación por el mañana; te tengo a ti, Señor, y tú eres todo lo que necesito”.

“Pero algo más me viene a la memoria, lo cual me llena de esperanza: [...] El gran amor del SEÑOR nunca se acaba, y su compasión jamás se agota. [...] Por tanto, digo: «El SEÑOR es todo lo que tengo. ¡En él esperaré!»”

Lamentaciones 3.21-24, NVI

Así la Biblia habrá cumplido su propósito expreso, el cual no es hablarle acerca de Dios, sino poner su espíritu en contacto con Él. Ya no necesitará leer acerca de alguien, que a su vez leyó de alguien que leyó acerca de otro que oyó a Dios, porque ahora usted lo habrá oído personalmente. Usted será renovado solamente por estas dos simples palabras: “Oh Jehová”. Piense en estas palabras durante todo el día y salude con ellas todo lo que se presente.

Ahora puede seguir caminando sobre la base del versículo que dice: “Tú me has examinado”. ¡El Dios del universo, en persona, se ha tomado el tiempo para examinarme! ¿Cómo es posible que yo sea tan importante? No poseo nada, y sin embargo soy el centro de Su atención.

Luego de meditar en la totalidad de este Salmo, ejércítese con el Salmo 23. Nuevamente, comience por aquietar su mente y centrar su atención en el Cristo que mora en su interior. Con la certeza de Su presencia, puede comenzar a leer el primer pasaje. “Jehová es mi pastor”. Tome conciencia de estas palabras. No se conforme con una mera “degustación”, ¡tráguelas! ¡Jehová es *mi* Pastor!

“Alabado seas Padre, porque Tú y solo Tú eres mi Proveedor, mi Líder, mi Guía y mi Protector. Gracias, Padre”.

Una vez que este conocimiento y certidumbre se hayan instalado en su corazón, avance. “En lugares de delicados pastos me hará descansar” (v. 2). Sí, Él nos *hace* descansar. Él nos guía hacia la abundancia, ¡donde nuestra alma se llena de la vida nueva! Continúe leyendo. Él restaura, guía, protege, consuela y unge. Sí, “[...] mi copa está rebosando. Ciertamente el bien y la misericordia me seguirán todos los días de mi vida, y en la casa de Jehová moraré por largos días” (vv. 5-6). Cuando este conocimiento pasa de la cabeza al corazón, el pasaje deja de ser Palabra que le habla *acerca* de Dios, escrita hace mucho tiempo, para convertirse en la comunicación viva de Dios, quien se revela a usted.

Su tiempo a solas con Dios pasará muy rápido. Usted no querrá irse y deseará llevar consigo la presencia de Él, lo cual de hecho hará: “[...] y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo” (Mateo 28.20).

Muchos creen que si no logran tener un “momento silencioso” durante el día, significa que ese día no se encontraron con Él, pues fueron persuadidos que solo podemos encontrarlo en un tiempo especial apartado para tal efecto. Nuestra vida devocional se ha visto severamente perjudicada al confinar a Dios a un determinado tiempo y lugar, cuando Jesús deja bien claro que Él está *dentro* de nosotros. ¿Dónde está, entonces, ese lugar en el cual debemos encontrarnos con Él? Está dentro de nosotros, y este espíritu nuestro en el cual Él mora va con nosotros dondequiera que vayamos. No debemos preocuparnos desmedidamente por encontrarnos con Dios religiosamente en un determinado lugar cada mañana, pero debe ser nuestro profundo anhelo encontrarnos con Él en nuestro interior, momento a momento.

¿Qué debemos hacer cuando no es posible tener un “momento silencioso”? ¿Cómo podemos adorarlo mientras trabajamos, viajamos hacia nuestro trabajo o realizamos las tareas del hogar? Recomiendo escribir una pequeña porción bíblica que constituirá el mensaje para la semana. Usted puede llevar consigo el papel y leerlo en cualquier momento del día. Generalmente necesitará toda la semana para terminar el pasaje, pero al finalizar será algo que quedará grabado en su corazón. Aun si no escribimos un versículo bíblico, podemos rememorar un pasaje familiar, las palabras de un himno bíblico o los detalles de alguna manera en la cual Él ha obrado en nuestra vida. Así descubriremos una vez más que hemos estado en Su presencia.

Con este tipo de práctica, usted encontrará que se hace cada vez más fácil vivir en una comunión ininterrumpida con el Señor. Conocerá la verdad que no hay nada que Su presencia no cure. Usted será un maestro efectivo porque poseerá las enseñanzas de Él. Lo que es más, encontrará que cuando su mente está completamente absorta en los proyectos del día, al mismo tiempo su espíritu está totalmente absorto en Él y en Su presencia. Hasta he llegado a encontrarme orando durante una conferencia, al mismo tiempo que hablaba. Esto es precisamente lo que significa orar sin cesar. No se trata de una comunicación verbal incesante, sino de una comunión ininterrumpida en el espíritu. Si usted lleva a cabo los pasos mencionados, no necesitará que nadie le explique en qué consiste una vida plena en Cristo, ya que puede ser también su propia experiencia.

Qué gran privilegio el de oír la voz de Dios, de ser una de Sus ovejas que oyen Su voz y de tener a Cristo en persona morando en nuestro interior; qué maravilloso es ya no

estar confinado a este o aquel lugar para adorar, sino ser capaces de adorar en espíritu y en verdad en cualquier sitio o circunstancia. La voz de Él siempre reconfortará nuestro espíritu, aun cuando tenga que señalarnos algo para cambiar, porque Dios únicamente trae convencimiento respecto de aquello de lo cual planea liberarnos.

Al oír Su voz, será importante que la obedezca. “Por lo cual, como dice el Espíritu Santo: Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones” (Hebreos 3.7-8). Al estar usted atento, la voz de Dios se hará oír en distintas maneras, cada una por una razón específica. Su voz puede llegarnos como un trueno a fin de acallar la mente cuestionadora y exigir silencio: “¿Puede tu voz tronar como la mía?” (Job 40.9, NVI). Puede penetrar como un relámpago para iluminar y traer convencimiento: “[...] ¡resuena su voz, y no retiene sus rayos!” (Job 37.4, NVI). Él es el poderoso Libertador de todas las circunstancias, de modo que: “La voz del Señor es poderosa” (Salmos 29.4a, BA). Su voz puede ser majestuosa, llamándonos a adorarlo en silencio: “La voz del Señor resuena majestuosa” (Salmos 29.4b, NVI). Su voz puede aplastar todo obstáculo y darnos certeza: “Voz de Jehová que quebranta los cedros” (Salmos 29.5). Una palabra del Señor hablada a su espíritu puede extinguir todos los fuegos abrasadores del pecado, y Él abrirá un camino en el desierto para usted: “Voz de Jehová que hace temblar el desierto” (Salmos 29.8).

¿Por qué vino Jesús? La mayoría responde: “Para morir por los pecados”. El libro de Hebreos dice claramente que Él vino para acercarnos a Dios. ¿Cuántos cristianos carecen de la experiencia de la cercanía de Dios en una comunión ininterrumpida? La mayoría se queda en el atrio exterior, la vida centrada en sí mismos, sirviendo a Dios y trabajando para Él con sus propias fuerzas.

Decida hoy mismo que no tratará de comprender ni sentir la cercanía de Dios. Crea por fe en la cercanía que Él ha provisto libre y abundantemente al morar en su interior; y actúe con la plena seguridad de que Dios está cerca. Al comenzar a actuar por fe, sobre la base de las verdades que Dios ha provisto, descubrirá que Él está verdaderamente tan cerca como las palabras que usted pronuncia. ¡No permita que nada le impida disfrutar de Su presencia!

CAPÍTULO 9

La participación en Su victoria

En una oportunidad me preguntaron si Jesús es racista, y mi respuesta inmediata fue “¡Sí!”. Sin duda Jesús es racista, pero no tiene prejuicios con respecto a la vida exterior y visible del hombre sino respecto de la vida interior. La vida exterior se presenta en una diversidad de formas y razas, cada una de ellas única dependiendo del linaje físico, ya que la vida exterior se forma en el vientre materno. La vida interior, la vida espiritual, presenta solo dos razas posibles: el linaje de Adán (la vida que todos llevamos dentro desde nuestro nacimiento) o la vida de Cristo (la cual comienza con el nuevo nacimiento del creyente).

La vida interior de Adán adoptará su forma singular y propia por medio de los mensajes de identidad percibidos. Satanás, en concordancia con su propósito declarado de matar, robar y destruir, utiliza distintos sucesos para crear una identidad que consuma y finalmente destruya a la persona desprevenida. Por ejemplo, un niño que vivió el divorcio de sus padres y sufrió los sentimientos de abandono e inseguridad asociados con ello, se verá tentado a escuchar la voz del enemigo que le asegura que no es aceptado y no vale nada. Una vez que la persona asume esa identidad, quizá tenga que pasar el resto de su vida procurando cambiarla.

Cuando nacemos de nuevo, recibimos una nueva vida –la vida de Cristo– y una nueva identidad, ya que las antiguas quedaron en la cruz cuando Cristo fue crucificado (vea Gálatas 2.20; Romanos 6 y Colosenses 3). Lo que es cierto de la vida de Cristo pasa a ser cierto de la vida del cristiano.

Una rama de vid cortada y colocada en un florero no tiene vida en sí misma. Puede luchar y poner todo su esfuerzo para ser lo que no es –una rama viva– pero terminará aceptando su triste condición y se dará por vencida. Una rama injertada en una vid recibe nueva vida de la planta, de modo que lo que es cierto de la vida de la vid también lo será de la rama, la cual pierde completamente su antigua identidad y recibe una nueva.

La condición del creyente que deja de permanecer en Cristo se vuelve similar a la de la rama que fue cortada, aun cuando no pierda su posición en Cristo. El bagaje de la vida de Adán, que aún permanece en la mente, se activa, haciendo que el caminar del creyente exprese la carne en cada aspecto de su vida.

Uno de los secretos de la vida que permanece en Cristo es el reconocimiento de que Él es ahora nuestra vida, de modo que lo que es cierto de Su vida pasa a ser cierto de la nuestra, la cual ha sido injertada en la vid. Él es santo; nosotros también (1 Pedro 2.9-12). Él está cerca de Dios; nosotros también. Él es aceptable a Dios y nosotros también, pues hemos recibido Su vida que es santa, que está cerca y que es aceptable. Por lo tanto, como creyentes no necesitamos esforzarnos para ganar nada de lo anterior, pues en Él ya tenemos esas cualidades. Podemos expresar la vida que está dentro de nosotros (no tratar de *imitar* una vida superior) y podemos sentirnos libres de todo aquello sobre lo cual Cristo ganó la victoria.

Desde el momento en que Cristo murió han existido solo dos clases de vida interior. La humanidad poseía la vida de Adán, una vida interior que fue derrotada por la tentación, el pecado, Satanás, el mundo, el deseo físico y toda clase de circunstancias. Cristo poseía una vida interior que había derrotado a todo lo anterior, incluida la muerte.

Es la vida de Cristo, recibida en nuestro nuevo nacimiento, la que nos da la victoria sobre cada uno de los enemigos de la humanidad. Esta vida abundante y victoriosa continúa siendo un secreto para demasiados creyentes que trabajan *por obtener* la victoria en lugar de trabajar *a partir* del regalo de la victoria en Él.

Una vez que Cristo es su vida (Él se convierte en su vida cuando usted se lo pide; tan simple como eso), usted no necesita más que recurrir al Cristo que mora dentro y encontrará que Él es victorioso sobre el pecado que lo esclavizaba, la identidad que lo controlaba y las circunstancias que lo hicieron apartarse. ¡Pero hay más!

La victoria de Cristo incluye el triunfo sobre las cosas pequeñas e insignificantes de la vida que se convierten en una piedra en el zapato y nos hacen tropezar o detenernos en el viaje de nuestra nueva vida. Lo que frustra al hombre rara vez es la imposibilidad de lograr lo difícil, sino el fracasar en lo pequeño y aparentemente insignificante. ¡La vida de Cristo en usted también ha vencido esto! Su victoria sobre lo aparentemente pequeño, pero en la práctica gigantesco, no es de las que se observan a la distancia y luego se emulan, sino una victoria en la cual ya participamos. Debido a que esta victoria sobre lo insignificante es algo que se recibe, debemos insistir mucho en que somos participantes – no imitadores– de la vida y la victoria de Jesús.

El sentido de la libertad

“En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo” (Juan 6.33). En el Antiguo Testamento encontramos implícita una doble queja encubierta. De parte de Dios la queja es: “Hombre, tú no sabes lo que es ser Dios. Te creé por amor y para tener comunión contigo; sin embargo, deseas vivir en forma independiente”. La queja del hombre es: “Dios, tú no sabes lo que es ser un hombre de carne y hueso con deseos tanto para la vida espiritual como para la carnal”. Dios resolvió este conflicto con amor al enviar al Dios-Hombre, completamente divino en el espíritu pero con un alma y un cuerpo humanos. “Y aquel Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros” (Juan 1.14). Es increíble que este Dios-Hombre caminara en el mundo creado por medio de Él, entre hombres creados a Su imagen y que haya hecho la siguiente declaración, una verdad espiritual absoluta, en cuanto a que “en el mundo tendréis aflicción”. Si el Hijo de Dios se enfrentó de primera mano con los problemas derivados de la condición humana, nosotros no podemos esperar ser exceptuados de padecer aflicciones similares. Sin embargo, la promesa segura es que en Él tendremos paz (vea Juan 16.33). Estando en la tierra, Jesús venció todo aquello que había dividido la atención del hombre y, de esta manera, lo hizo libre de todo eso. Ya no tenemos que sentirnos arrastrados en direcciones opuestas por lo espiritual y lo carnal. Todo lo carnal fue vencido *en Él*.

Jesús debe convertirse en el objeto de toda nuestra atención. Solo Él dará victoria para la vida. El hombre no fue creado para centrar su atención en más de una cosa a la vez. Estar dividido provoca confusión, ansiedad, depresión, preocupación y frustración. En Mateo 17.1-9, el escritor relata que Jesús tomó a Pedro, Jacobo y Juan y los llevó al monte. Cuando aparecieron Moisés y Elías, Pedro exclamó: “Hagamos aquí tres enramadas”, una para cada uno. Por supuesto, esto tenía sentido para Pedro, quien reconoció que Moisés representaba la ley, Elías representaba a los profetas y Jesús era la gracia y el nuevo pacto. El error de Pedro fue poner a los tres en el mismo nivel. Inmediatamente, una nube los cubrió y una voz proclamó: “Este es mi Hijo amado, en

quien tengo complacencia; a él oíd”. Los discípulos cayeron sobre sus rostros, Jesús los tocó, la nube se disipó y solo quedó Jesús.

El aspecto más sublime del ser del hombre es su corazón, creado con un espacio para que lo ocupe una sola persona: Jesús. Una vez que asignamos a algo la misma importancia que Cristo, no importa cuán bueno parezca o cuán importante haya sido su valor en el pasado, una nube inmediatamente cubrirá nuestro espíritu. Sentiremos desaliento, ira, frustración y temor. No será sino hasta que caigamos sobre nuestro rostro en señal de sumisión a la voz que proclama: “Este es mi Hijo”, que la nube se disipará y que nuestro espíritu será vivificado.

Debemos desear que en nuestro discipulado y capacitación sea removido todo lo que está en pie de igualdad con Cristo en el corazón humano. Lo más importante para cada creyente es esta meta, no los métodos. Muchas personas sufren por tener demasiadas prioridades en la cima; demasiadas cosas ocupan el lugar que solo Cristo debe ocupar. En realidad, Él es el Rey de la cima, el dueño del primer lugar.

Imagine un trozo de acero de un metro y medio de largo, treinta centímetros de ancho y cinco centímetros de espesor. Le dicen que usted no podrá descansar hasta haber clavado el objeto en su totalidad en la tierra. Sospecho que le costaría mucho trabajo hacerlo. Es más, dudo que pueda completar la tarea en un solo día, lo cual lo llenará de frustración, depresión, temor e ira. Sin embargo, si se biselara y afilara el extremo que se clavará en la tierra, la tarea resultaría mucho más sencilla.

Los creyentes dejan de progresar en la vida cuando su atención no está puesta en una sola cosa sino que está desafilada por tener muchos puntos de interés, actividad y concentración. El matrimonio, los hijos, el pecado, otras personas, la vocación y los fracasos ocupan todos el mismo lugar de importancia que Cristo. En general, los creyentes están concentrados en demasiadas cosas. Solo cuando Cristo se convierte en el único objetivo del alma es que la vida del creyente será una vida afilada y atravesará fácilmente los problemas cotidianos. La depresión y la ira aparecen cuando colocamos cualquier cosa que no sea Jesús en la cima de la montaña que es el corazón. Una vez que nuestra atención está puesta en Él y estamos afilados, muchos intentarán, como con un martillo, desafilarnos nuestra vida, pero no lo lograrán.

¿Desea ser un creyente feliz? Entonces recuerde que no hay nada que la presencia de Jesús no cure. Con esto en mente, usted tendrá en Él los recursos necesarios para superar cualquier obstáculo.

Libertad del temor de ser como la mayoría

Pocos creyentes han descubierto la libertad del temor a ser como la mayoría. Otros huyen de todo lo que sea común o típico en busca de “aquel día” (concebido en el pensamiento de algunos cristianos) en el cual los problemas desaparecerán y tendrán la oportunidad de ser *productivos*, lo que a su vez les permitirá ser diferentes, especiales, bendecidos, usados grandemente por el Señor en el ministerio y más aceptables que los demás creyentes. Creen que cuando llegue ese día podrán sobresalir y ser tenidos en cuenta. El peligro de esperar ese gran día es desperdiciar cada momento presente que podríamos aprovechar para aprender que lo que hace extraordinarios a los creyentes son los sucesos cotidianos y comunes de la vida.

Jesús tuvo victoria sobre el temor a ser como la mayoría, y nosotros también somos partícipes de esa victoria si Su vida es nuestro todo. Jesús se crió cuidando de una madre viuda en una casa llena de hermanos y hermanas, mientras trabajaba diariamente sobre un banco de carpintero. Jesús podría haber permitido que lo embargaran sentimientos de desesperanza, y haberse sentido insatisfecho y una persona demasiado común, pero Su vida ayudó a formarlo y prepararlo para el ministerio singular de ser tan diferente que los hombres lo exaltarían. ¿Le parece que esto es ser como los demás?

El hombre espiritual no hace distinción entre trabajo secular y trabajo espiritual. En Cristo los dos se vuelven una sola cosa; son inseparables. En el caso del Señor, la obra natural de la vida cotidiana (que muchos llamarían aburrida) cumplió una función en su preparación para la obra sobrenatural de Dios. ¿Por qué tantas personas temen que el resultado de sus actividades diarias rutinarias las convertirá en simples personas iguales a todas las demás? La respuesta es que han separado el trabajo secular del espiritual, lo cual impide que lo secular enriquezca su vida espiritual. Es por medio de los sucesos de un día común que los hombres y mujeres espirituales se desarrollan.

En una oportunidad le preguntaron a una mujer si no se cansaba de esforzarse tanto diariamente en su bordado, a lo que respondió: “¡Jamás! ¡El bordado es para mi vestido de novia!”. Las tareas diarias y terrenales de la vida se vuelven atractivas cuando las observamos como una parte vital de nuestra preparación para Él. “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel; y el que en lo muy poco es injusto, también en lo más es injusto” (Lucas 16.10). ¿Logra usted ver que es en el hacer fielmente lo poco, que somos preparados para la verdadera productividad espiritual? Quítele a las diversas actividades de la vida las etiquetas que las señalan como “pequeñas”, “aburridas” e “insignificantes”. Preparar un emparedado, limpiar la casa, pagar las cuentas, correr tras los hijos o los nietos y realizar un trabajo de rutina, todo coopera para mejorar nuestra capacidad para la vida santa, y por lo tanto resulta tan importante como las otras tareas consideradas mayores.

Recuerde, es el reino de Dios el que está invadiendo este mundo; no permitamos que el mundo con sus ideas de grandeza invada el reino.

Una vez que comprendemos quiénes somos en Cristo, el deseo de grandeza independiente desaparece. Si no sabemos de qué estamos participando, lo sensacional e impresionante siempre resultará tentador. Jesús fue el Dios-Hombre que poseía todo el poder del cielo pero que, sin embargo, se rehusó a utilizarlo para su propio beneficio. Cristo eligió otro método para llamar la atención de un mundo agonizante; decidió conquistarlo y vencerlo por medio del servicio, de la humildad y de perdonar a quienes lo negarían y crucificarían. Fue un hombre sereno que se negó a promocionarse a sí mismo y se convirtió en la voz más oída de la historia. Quienes se promocionan a sí mismos son pronto olvidados; hasta este día, millones promocionan a Jesús, y Él nunca será olvidado.

Debemos participar en la libertad que Cristo proporciona respecto del mundo de lo fantástico y lo maravilloso. Esto será especialmente importante hoy día, cuando a nuestro alrededor se promueve el éxito de la vida centrada en la persona (en el yo) y cuando se hace lo mismo desde el púlpito sobre la base de los éxitos y actividades sobrenaturales de los oradores. Encienda la televisión cristiana y encontrará por todas partes esta clase de demostraciones en la forma de justicia propia, corrección tanto conservadora como liberal, habilidades intelectuales, fortaleza y audacia personales, y aun temores a cosas

tales como el futuro, la segunda venida de Cristo, los problemas económicos, el ocaso de las escuelas o el renovado interés por lo relacionado con el ocultismo. Estos últimos temas son promovidos por personas importantes que utilizan lo espectacular como su plataforma para promocionarse.

Mientras visitaba Sudáfrica, conocí a la sobrina de Andrew Murray, el gran evangelista y escritor de materiales devocionales. Me habló sobre varios aspectos de la vida de su tío, y me permitió sentarme en su silla y leer algunas de sus cartas personales. Al día siguiente, mi hermano y yo contratamos un automóvil y recorrimos una considerable distancia para visitar su tumba y también la iglesia en la cual había ministrado, de la cual había surgido uno de los más grandes avivamientos que se han conocido. Fue un largo viaje a no pequeño costo, pero eso no me parecía importante. Quería ver la iglesia y su tumba porque admiro a este hombre que nunca se exaltó a sí mismo sino que celebró y glorificó a Cristo.

Por otra parte, al viajar dentro de los Estados Unidos, a menudo he pasado frente a edificios monumentales contruidos por oradores cristianos como testimonio de su grandeza. Cuando me preguntan si deseo detenerme, mi respuesta es siempre la misma: “¡No! ¿Para qué? Solo son recuerdos de hombres que se exaltan a sí mismos. No tengo tiempo para eso”.

Victoria sobre el linaje familiar

Durante un almuerzo con un amigo no creyente, este me dijo: “Lo que no me gusta de ustedes los cristianos es que piensan que únicamente quienes creen en Jesucristo como su Salvador irán al cielo”.

Inmediatamente le respondí: “¡Exacto, así es!”. Entonces me dijo que podía presentarme a un cristiano con una pésima conducta y a un no cristiano que vivía una vida que él denominaba santa. Deseaba saber si frente a esto yo seguiría afirmando con la misma certeza que solamente los cristianos van al cielo.

Entonces le formulé una pregunta personal: “¿Tienes un hijo?”.

Me respondió que sí.

“¿Cuántas horas trabaja por semana?”.

“Cuarenta”, replicó.

“A menudo he trabajado el doble. ¡Trabajo mucho más que tu hijo!”. Luego le pregunté: “¿Qué nivel de educación tiene tu hijo?”.

“Una licenciatura”, respondió.

“Yo tengo más del doble de su educación. ¿Y qué hay acerca de su matrimonio?”.

“Es divorciado”, contestó.

“Yo he estado casado toda la vida con la misma mujer ¡y me esfuerzo diez veces más que tu hijo para tener una buena vida familiar!”.

Ante esto, mi amigo exclamó: “¿Y qué si eres mejor que mi hijo? ¿Qué quieres probar con eso?”.

“Entonces estarás de acuerdo en que soy mejor que tu hijo”, le dije.

“Sí”, contestó comenzando a irritarse, “pero, ¿a dónde quieres llegar?”.

“Bien, como he demostrado ser mejor que tu hijo, espero que me dejes toda tu herencia”.

“¡Eso es ridículo!”, contestó. “Podrás ser mejor que él, pero no eres mi hijo. ¡No te dejaré nada!”.

Entonces le pregunté si había oído alguna vez la expresión “nacer de nuevo”, lo cual, le expliqué, era participar en un nuevo nacimiento, recibir un nuevo padre –el Padre celestial– y convertirse en un hijo de Dios con plenos derechos de herencia, no por esfuerzo ni desempeño sino por haber nacido de nuevo. El creyente que ha nacido de Dios pero tiene una conducta inadecuada no será reemplazado por un no creyente con una buena conducta. Le expliqué a este amigo que necesitaba un nuevo nacimiento, un nuevo Padre y una nueva familia si esperaba ser aceptable a Dios.

Lo cierto es que, como creyente nacido de nuevo, usted tiene un nuevo Padre y una nueva familia. Ya no necesita dejarse controlar por la subcultura de la antigua familia de la cual proviene. Muchos creyentes provienen de un trasfondo de maldad en su árbol familiar que incluye alcoholismo, adulterio, insania, adicciones, temperamentos explosivos, deseos de controlar, acoso... y la lista continúa. A menudo las manifestaciones carnales y egoístas pasan de una generación a la siguiente.

Espero que mi hija se case con alguien como yo, pues el día que parta del hogar llevará consigo una maleta invisible cargada con todas las experiencias y el conocimiento para manipular, controlar, presionar hasta un límite seguro y lidiar con el rechazo de un hombre con mis mismas características. Naturalmente, ella procurará encontrar a alguien con quien esa conducta resulte exitosa; y si la persona no es como yo, ella se encargará de hacerla como yo.

Todos provenimos de una subcultura familiar que nos ha ayudado –adecuada o inadecuadamente– a relacionarnos con otros. A muchos, esta subcultura nos hace fracasar miserablemente en el terreno de las relaciones interpersonales cuando repetimos los errores familiares del pasado.

En este aspecto es importante recordar que Cristo, quien en términos de linaje terrenal no provenía de una subcultura familiar espléndida, fue victorioso sobre ella. En Cristo, los creyentes nacidos de nuevo deben participar de las costumbres de su nueva familia. Somos libres del pasado con sus disfunciones y caos; estamos en una nueva familia con sus propias tradiciones: amor, perdón, libertad otorgada a otros para que nos ofendan, paz, paciencia, bondad, dulzura y la disposición para entregar nuestra vida unos por otros.

¿Cree usted que tiene una nueva familia? ¿Cree que su antigua familia ya no lo ata ni lo maldice hasta la quinta generación? ¡Créalo! No permita que nadie le robe este gran secreto mientras la nueva vida en la familia de Dios comienza a rodearlo. ¿Ha visto la gloria de ser cortado e injertado en una nueva familia? No espere que otros la vean; si es necesario, sea el primero en permitir que la realidad de la nueva familia se exprese por medio de usted. Pídaselo al Señor y Él se lo revelará con poder celestial, no solo en su mente, sino también en su corazón. Decida, como Pablo, olvidar “lo que queda atrás”, y persevere en el regalo gratuito de una nueva familia en Cristo. En Él su disfunción ha terminado. Usted no necesita permitir que el pasado continúe controlándolo.

Mientras nos encontrábamos en un retiro para hombres, uno de los hermanos nos contó la dolorosa experiencia de haber visto cómo su padre mataba a cinco hombres. No podía dejar de pensar que su padre había arrebatado las vidas de cinco personas inocentes, sin mencionar la tragedia que provocó en sus familias. ¿Cómo podía él disfrutar de la vida cuando esos cinco hombres ya no podían hacerlo? La vida familiar pasada de este hermano se había convertido en una oportunidad para que el enemigo lo oprimiera. Al

orar todos juntos por él pudimos ver cómo la fortaleza del enemigo era destruida. El hermano comenzó a vivir por la fe y aceptó su lugar en una nueva familia, libre de las maldades de su antigua subcultura familiar. ¡Fue glorioso!

Dios es nuestro Padre, Jesús es nuestro Hermano y no importa cuán grandes sean las diferencias entre otros hijos de Dios y usted, la unidad es mayor. ¡Permita que la victoria de Dios controle su corazón!

Libertad de la vida agitada

¿Puede usted pensar en algún hombre en toda la historia que haya tenido más ocupaciones que Jesús? Era el Hijo de Dios, el Redentor, el Hijo del Hombre, el Buen Pastor y hasta la Vida Eterna. Debía salvar a los hombres de un infierno futuro y de los sufrimientos del abismo diario en el cual se encuentran las personas cuando viven alejadas del Padre. Su propósito al estar aquí era establecer el reino de Dios dentro de los hombres, ¡lo cual cambiaría completamente la historia de la humanidad! ¿Cómo encontraría el tiempo para hacer todo esto? ¿Tendría suficientes horas el día? Necesitaría aprovechar al máximo cada momento si esperaba ser *productivo*: nada de tiempo desperdiciado, ningún descanso, ningún permiso por enfermedad, nada de llegar tarde y retirarse temprano... y nunca dejar de testificar. Y todo esto debía llevarlo a cabo en el transcurso de Su corta vida. Si Jesús no se apresuraba todo estaría perdido, ¿o no?

Aunque nunca hubo un hombre con más ocupaciones que Jesús, nunca lo vemos apurado ni hecho un manojo de nervios. En realidad, no solo pasó treinta años como carpintero en un pequeño pueblo sino que también apartó tiempo para otros y sus necesidades individuales (Juan 11.6). ¿Por qué Dios no hizo que Jesús anduviera más ajetreado? ¿Sería porque Dios no está apurado? ¿Por qué creó Dios el mundo en siete días y no en uno? ¿Por qué hace Dios esperar a Sus hijos? ¿Por qué invierte tanto tiempo en cada uno de nosotros, utilizando cada circunstancia de la vida cotidiana y aun nuestros muchos fracasos para crear para Sí algo único, hermoso y útil? ¿Por qué requiere tanto tiempo la gestación de un bebé, el crecimiento de un bosque o la formación de un arrecife de coral? ¿Por qué? Porque el apresuramiento, la agitación, la presión y la velocidad no son atributos divinos. Recuerde que fue la serpiente en el jardín la que presionó a Eva para que actuara, fue Satanás quien se apresuró a destruir a Job y fueron los fariseos quienes, después de su primer encuentro con Cristo, inmediatamente comenzaron a conspirar contra Él. La prisa no es característica de una vida que permanece sino que es señal de la actividad del adversario. El dios del apresuramiento es el enemigo. Jesús reconoció la actividad de Satanás en la vida de Judas, y le ordenó actuar en consecuencia cuando le dijo: “Lo que vas a hacer, hazlo más pronto” (Juan 13.27).

La vida del cristiano no es una vida apresurada sino relajada y natural. A través de la participación *activa* crecemos sin tener que preocuparnos por tener que memorizar suficientes versículos bíblicos, evangelizar a suficientes personas, realizar suficiente trabajo voluntario en la iglesia, ni ocupar cada minuto disponible con actividades que otros definen como espirituales.

A menudo recibimos la visita de creyentes provenientes de lo que en otros tiempos se denominaba el Tercer Mundo, quienes luego de varios días nos preguntan: “¿Cuál es la prisa?”. He descubierto que estos creyentes son en realidad del “Primer Mundo”, cuando se trata de tener una perspectiva más piadosa de la vida cotidiana.

En una oportunidad, cuando mi padre y yo viajábamos por la India, unos hermanos nos invitaron a realizar un viaje para observar la última manada de elefantes salvajes que existía en el país. Comenzamos la jornada muy temprano en la mañana con mucha expectativa y entusiasmo. Sin embargo, durante el transcurso del día comenzaron a presentarse los obstáculos: un neumático desinflado, el camino bloqueado por los manifestantes de una huelga y varias otras demoras. Por último, perdimos el barco que nos llevaría hasta la manada. Finalmente pudimos ver a los elefantes pero, francamente, fue lo que menos disfrutamos del viaje, cuyos inconvenientes nos habían brindado la oportunidad de ser testigos de la total ausencia de frustración, preocupación o prisa por parte de nuestros hermanos locales. Enfrentaban cada situación inesperada en la manera calmada en que suelen hacerlo los hindúes, aprovechando los contratiempos para hablar acerca de nuestra vida, nuestro Señor y nuestra manera de pensar. Estos creyentes no estaban apurados. Disfrutaban de cada momento del día y de nuestra compañía, sin la necesidad imperiosa de tener que alcanzar el objetivo. Una paz interior prevalecía en estos hermanos, quienes luchaban diariamente con esa clase de dificultades que en aquel momento se convirtieron en una gran bendición para mí. Debemos permitir que la deliberada falta de velocidad de Cristo nos envuelva y nos sostenga mientras lo vemos presente en todo lo que nos rodea.

He comprobado repetidamente que lo que me pone más ansioso es aquello en lo cual sin duda fracasaré. Cuando trabajaba como asistente del gerente en una tienda de alimentos, recibí un útil consejo de mi jefe: “Mike, hoy no necesitas tomar ninguna decisión, ni una sola”. He comprobado que eso siempre es cierto; no existe gran apuro hoy. También he observado que acelerar el ritmo de vida no asegura mayor productividad. Un estudio de gestión demostró que los ejecutivos que invertían treinta minutos en una siesta después de almorzar eran sesenta por ciento más productivos que aquellos que no descansaban.

Permita que la vida de Cristo lo libere de una vida agitada que no tiene tiempo para descansar ni para disfrutar de la familia, de la creación de Dios y, sobre todo, ¡de Él!

Victoria sobre la amargura

Participamos de una vida libre de la amargura. Aunque muchos le fallaron, sufrió abusos y lo rechazaron, Jesús murió con estas palabras en Sus labios: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23.34).

En cierta oportunidad me dijeron que un hermano me estaba difamando. Mi primer pensamiento fue: “Este hermano debería tener cuidado con lo que dice”, ya que la disciplina más severa que he recibido de parte del Señor me llegó las veces que abusé verbalmente de alguno de Sus hijos. El siguiente pensamiento que tuve fue una oración: “Padre, muéstrale a este hermano la misma gracia y compasión que me mostraste a mí las veces que yo me equivoqué”. La amargura no tiene cabida en la vida de Cristo que permanece, porque Él hizo frente a la decepción, la derrotó, y venció la amargura.

La amargura tiene su raíz en la frustración para con los demás. En primer lugar, muchos cometen el error de esperar de la carne (el yo) más de lo que realmente puede dar. Cuando mis hijos han fracasado, les he dicho que no quiero oírlos decir: “Lo haré mejor”. Por el contrario, quiero oírlos decir: “No puedo hacerlo mejor”. Esta conciencia puede ayudar a guiar a un niño para que deje la independencia y encuentre una profunda dependencia del Dios que mora en su interior y que ya lo ha hecho mejor. Segundo,

nuestra frustración para con otros revela nuestra falta de madurez espiritual. Un creyente puede llegar a desilusionarse tanto con el progreso espiritual de su cónyuge, sus hijos, el pastor y la iglesia, que los rechazará para buscar a otros que cree que serán exitosos. Esto es ridículo, en el sentido que la próxima familia no estará compuesta por perfectos gigantes espirituales, el próximo pastor tendrá fallas, la próxima iglesia tendrá debilidades y aun algunas personas de la nueva congregación lo ofenderán.

Participar de la victoria de Cristo incluye apoyar hasta el final a quienes tenemos cerca. Jesús podría haber dicho: “Me buscaré discípulos nuevos porque estos parecen seguir en la misma condición a pesar de todo el esfuerzo que he hecho”. ¡No! Los apoyó hasta el final. La victoria es apoyar a su *actual* cónyuge, a su hijo, a su pastor y a su congregación hasta el final. Para poder hacerlo, su fe debe estar llena de perdón, la característica que hace que la fe cristiana sea lo que es: la expresión del amor y la compasión de Dios por la humanidad. Cuando la fe cristiana carece de perdón se hace difícil, se vuelve dura y dogmática y pasa a ser tan solo otra serie de enseñanzas que enfatizan las reglas correctas a seguir. ¡El perdón hace que nuestra fe sea celestial!

Una vez un hermano que predicaba en las calles me dijo que el mayor obstáculo para la receptividad de las personas al evangelio era el comportamiento de otros creyentes. Es cierto; muchos son malos representantes de la fe, pero ninguno peor que Pedro, quien después de tres años y medio de instrucción personal a los pies de Jesús le cortó la oreja a un hombre. Sin embargo, Jesús lo perdonó y no desechó a Pedro para cambiarlo por un discípulo más maduro; la victoria estaba en tomar a *este* hombre y hacerlo un hombre de Dios.

A menudo nuestro cónyuge o un hijo nos representarán mal, pero cuando ponemos nuestros ojos en el Señor somos libres del deseo de renunciar a ellos y podemos continuar junto a nuestro ser querido, permitiendo a Dios hacer de nosotros Su agente de cambio. Participamos de Su victoria, por lo que la palabra clave es *participar*. No podemos imitar las acciones de Jesús, lo cual únicamente nos llevaría al fracaso y la frustración, pero sí podemos participar de Su victoria sobre la amargura, la frustración, la falta de perdón y la debilidad humana de renunciar a quienes nos rodean.

Libertad de las normas del rebaño

Cuando Jesús irrumpió en la escena terrenal, la verdadera consagración y éxito religiosos estaban definidos por la aplicación de normas y patrones ya alcanzados por quienes los proclamaban. Jesús trajo una nueva definición del éxito y venció los estándares del mundo. Nosotros también participamos de Su victoria.

En ningún momento es más importante esta victoria que cuando se trata del tema que muchos han definido equivocadamente como “la genuina conversión”. Esto lleva al creyente que acepta la falsa definición, a deambular buscando la vida que proviene de Cristo en lugar de vivir la vida (de Él) que *ya* posee.

Un artículo de un antiguo libro de lecturas devocionales que estaba leyendo sugería que hay dos maneras de entrar en una relación con Cristo. Una es por medio de una experiencia explosiva, con fuegos artificiales, lo cual está precedido por depresión, ansiedad y/o una gran crisis; la otra es entrar de manera lenta y metódica por medio de una comprensión que, en el transcurso de un cierto tiempo, hace el viaje desde la cabeza hasta el corazón. El artículo decía que quienes vienen a Cristo lentamente, pocas veces

pueden señalar con exactitud el día y la hora en que renunciaron a sí mismos y aceptaron al Señor; sin embargo, su vida prueba que ese hecho verdaderamente ocurrió. De estas dos maneras de llegar a Cristo, ¿cuál supone usted que es la que se considera normal y deseable? ¡La explosiva, por supuesto! Quienes nunca experimentaron la explosión se quedarán pensando si realmente conocen a Cristo en la misma medida que otros. Lo más interesante del artículo era que revelaba los resultados de una encuesta según la cual el sesenta por ciento de los creyentes llegaron al Señor en la manera lenta, mientras que el cuarenta por ciento restante lo hizo en la manera explosiva. Nada le falta a ninguna de las dos, ya que el hecho importante es que se estableció con Cristo una relación de salvación. Si usted nunca pasó por la experiencia de la explosión, no pierda tiempo esperándola; si llegó a Cristo lentamente, considérese parte de la mayoría y avance en su relación con Él.

El rebaño querrá definirnos lo que es la conversión, la verdadera santidad y la espiritualidad. Jesús prevaleció sobre las falsas definiciones, no solo de su generación sino también de la nuestra. Confíe en las definiciones de Él y podrá encontrarse viviendo una experiencia cristiana normal.

Victoria sobre la necesidad de “apropiarnos” de las cosas de Dios

Al tomar forma humana, Jesús se *vació* a sí mismo, lo cual hacía necesario que tuviera que *recibir* diariamente de Su Padre lo que necesitaba. Los carnales enseñan que debemos poseer un atributo o fortaleza especial para recibir de Dios, pues para ellos recibir tiene relación directa con nuestra capacidad para trabajar esforzadamente, hacer confesiones positivas, seguir la fórmula adecuada o, en otras palabras, *apropiarnos* de las cosas de Dios. Jesús desvirtuó ese concepto e introdujo para el hombre el concepto de recibir.

Todo lo que el creyente recibe debe ser por fe. Por esa razón es importante analizar cómo un creyente acepta las muchas bendiciones que Dios da por medio de la fe.

Lo comparo con caminar por las montañas y hallar un claro y fresco arroyo de montaña cuando me ataca la sed. Cuando ahuecamos nuestras manos recibimos el precioso líquido, pero si las apretamos más intentando retener lo que tanto deseamos, tendremos cada vez menos agua hasta que finalmente no quedará nada qué beber. Debemos recibir el agua sin temor a perderla y sostenerla serenamente y con confianza.

Así es como debemos beber el agua viva. No se esfuerce por aferrarse a lo que Dios le ha dado, pues en el momento en que comience a preocuparse por retener lo que Dios le da gratuitamente junto con Su presencia, lo perderá. En este caso, usted estaría concentrándose en su propio esfuerzo. Todo es *dado* cuando Él es nuestro centro de atención.

Recuerdo que en los primeros tiempos de mi ministerio estaba dictando un seminario sobre la vida que permanece. Me esforcé por permanecer en Cristo, pues deseaba que otros recibieran del Señor y no de mí. ¡A la mitad de la semana me encontraba exhausto! Me di cuenta que *estaba* permaneciendo, no por mi esfuerzo, sino porque Cristo me había colocado en Él en una relación de permanencia. Dejé de esforzarme, puse mis ojos en Señor, le agradecí por permanecer y descansé; y disfruté de vida en Él durante el resto de la semana. Simplemente recibí la permanencia sin sentir ya la necesidad de “apropiarme” de ella.

¡Reciba... y participe de la vida relajada de Cristo!

Victoria sobre el mundo del dolor

¿Cristo sufrió dolor? La respuesta es sí. Sin embargo, en Él, el dolor tenía un sentido y un propósito. Cuando estamos en Él, nuestro dolor se transforma en una expectativa maravillosa.

A menudo me han preguntado: “¿Se supone que los cristianos sufren, pasan por tiempos difíciles y suelen estar tristes?”. El dolor y el sufrimiento son comunes a toda la humanidad. Externamente, los creyentes sufren de la misma manera que los no creyentes por causa de la naturaleza, de otras personas o del cuerpo físico, pero los cristianos no necesitan pasar por el sufrimiento interior destructivo que aflige a quienes no conocen al Señor. Con frecuencia, en nuestras sesiones de discipulado observo que hay cristianos que pasaron por las mismas calamidades y, sin embargo, no todos respondieron de la misma manera: algunos lo hicieron con depresión, ira o frustración, y otros con nada de eso. La vida pareciera golpear a todos por igual, y aun así, las reacciones son diversas; el mismo suceso, en la vida de dos creyentes, a menudo provoca respuestas diferentes. ¿Por qué? Todo depende de la actitud interna de la persona que sufre. Suele decirse que lo que llegamos a ser en el largo plazo depende de lo que la vida encuentra en nosotros. El sufrimiento amarga a unos y endulza a otros. Lo que importa no es lo que nos sucede, sino lo que hacemos con lo que nos sucede.

En las montañas es común hallar álamos casi muertos. El sol brilla sobre todo el árbol, pero da más vida a una rama en particular al tiempo que acelera la descomposición de otra, dependiendo de lo que haya dentro de la rama. Al igual que lo que sucede con el sol y estos árboles, el sufrimiento deja a algunos marchitos y débiles, mientras que a otros, por la vida que hay en su interior, los hace más fuertes y los prepara mejor para soportar cualquier medida de sufrimiento.

Recuerdo haber discipulado a dos mujeres, cada una de las cuales había sufrido por tener un esposo infiel que buscaba justificar su conducta culpando permanentemente a su esposa. Una de las mujeres se volvió una persona radiante como resultado de su sufrimiento, porque encontró que Cristo era su todo; la otra mujer se volvió amargada y, para ser honesto, muy fea, pues su estrés la desfiguró. Dos mujeres, el mismo suceso y diferentes respuestas. Una poseía una vida interior que se encontró con el rechazo y lo venció con amor; la otra fue vencida por el rechazo.

Como creyente, no siempre puedo determinar lo que me sucederá, pero sí puedo determinar *cómo me afectará*. Si la situación me lleva más cerca del Señor, el suceso me hará una persona más feliz, útil y llena de vida. Los sucesos comunes de la vida pueden hacer de mí alguien común o una persona espiritualmente viva.

Nunca trate con el dolor puramente en el nivel humano; incorpore a Dios a su dolor y permita que Él lo guíe a través del proceso. Descubrirá que Dios toma lo que parecería ser sufrimiento sin sentido y lo transforma en vida espiritual. El sufrimiento puede tener sus raíces aun en el mal; sin embargo, la cuestión sigue siendo no el lugar de dónde proviene la calamidad sino adónde usted permite que ella lo lleve. Coloque a Dios en el centro de su dolor y Él lo guiará a una vida más profunda. La cruz es el ejemplo perfecto de sufrimiento guiado por Dios, pues este gran sufrimiento se convirtió en vida no solamente para Cristo sino también para millones de personas.

Existe una razón más importante para el dolor: llevarnos al fin de la confianza en nosotros mismos, la fuente de mucha infelicidad. Muchos llaman a esto quebrantamiento. Para alcanzar este estado, no es un prerrequisito que la persona sea adicta a las drogas, que padezca depresión clínica ni que viva en los bajos fondos de la ciudad. Puede llegar silenciosamente hasta los sitios más recónditos del corazón del hombre sin que se observe ninguna de las manifestaciones antes mencionadas. Se trata simplemente de renunciar a nuestra independencia de Dios.

Hace poco, mientras pasaba un tiempo en una cabaña en las montañas, observé cómo una polilla batía sus alas contra la ventana en un vano intento por escapar. Decidí que trataría de capturarla con el fin de liberarla, pero cuanto más me esforzaba por ayudarla, con más ahínco intentaba escapar. No fue sino hasta que quedó completamente exhausta e inevitablemente relajada que pude recogerla y dejarla ir. Muchos creyentes han sido heridos tan fuertemente que baten las alas de su ser interior contra las fuerzas invisibles de la vida que los atan y esclavizan. La única solución que conocen es *esforzarse más*. Deben permitirle a Dios ser Dios y no usurpar las responsabilidades de Él, a fin de convertirse en personas relajadas a las cuales el Padre pueda tomar en Sus manos y así darles libertad.

Sí, los creyentes sufren, y debemos dar gracias a Dios por estar en medio de todas las situaciones desagradables por medio de las cuales Él perfecciona a los que ama.

Victoria sobre lo insignificante

Tengo una carpeta identificada con un rótulo que dice “¿Y qué?”, en la cual coloco todo aquello que es intrascendente, irrelevante, poco importante, nimio o que no es interesante. Quiero participar en la victoria de Cristo sobre estas cosas. Deseo ser tan libre de lo insignificante como lo fue Él. “Porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley [...] ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello!” (Mateo 23.23-24).

La reacción de un hombre que sobrevivió a un accidente aéreo en el cual murieron muchas personas, ¡fue salir a buscar su maletín entre los cadáveres! Muchos creyentes se comportan de manera similar cuando deambulan en medio de un mundo que agoniza, buscando lo insignificante. ¿Hubo algún momento en la historia cuando la iglesia haya necesitado, más que en la actualidad, participar de la victoria de Cristo sobre lo insignificante? La familia cristiana se ve presionada por una cultura que amenaza a los padres, por estilos de vida impíos y glamorosos, y por abundantes tentaciones que afectan a cada uno de los miembros de la familia. Sin embargo, ¡estos aspectos pocas veces se tienen en cuenta! Por el contrario, en medio de la mortandad familiar buscamos el “maletín” que contiene el deseo de que nuestro cónyuge confiese que nos dijo algo ofensivo, la ira debido a que otros no están de acuerdo con nosotros, el malestar que sentimos cuando otros no se solidarizan con nuestros sufrimientos, las riñas sobre quién dijo qué y quién hizo qué, y las recriminaciones contra quienes no toman en cuenta nuestros esfuerzos.

“¡Señor, por favor, libra a tu pueblo no solamente de lo malo e impío sino también de lo que no es digno de su atención! Permítenos ver que el Hijo no solamente venció el pecado, sino también lo insignificante”.

Sus familiares, hermanos de la iglesia o compañeros de trabajo, ¿se están ocupando de lo que no es importante? Si es así, pregúntese si las discusiones respecto del color de la alfombra de la iglesia, la dirección en que se debe enrollar el papel sanitario, dónde se deja la ropa, la clase de zapatos que comprarán sus niños y la cantidad de gasolina que se deja en el tanque del automóvil luego de haberlo utilizado, coinciden con la manera en la cual Cristo veía el mundo. Si no coinciden, huya de lo insignificante, pues cuanto mayor sea el tiempo de exposición a ello, más nos volveremos como aquello a lo cual nos exponemos.

Victoria sobre el aislamiento

Seguir a Cristo lo ha puesto a usted entre la minoría; muy pocos serán los que estén de acuerdo con su esfuerzo y menos aún los que quieran alentarle. Pero anímese; Jesús venció el temor al aislamiento que viene como consecuencia de formar parte de la minoría. Quienes integraban la multitud el día que Jesús fue crucificado eran los que, precisamente, estaban más lejos de Él. Pertenecer a la mayoría siempre lo alejará del Salvador. Contarse entre la minoría, lo colocará más cerca de Cristo. La vida de Él (que es nuestra vida, Colosenses 3.4) se mantuvo firme en ser diferente de la mayoría. Jesús no se aisló como resultado de la presión por parte de otros respecto de sus conceptos inconformistas.

La historia de la iglesia está atestada de ejemplos de “ermitaños espirituales” que se apartaron del mundo, convencidos de que eso les permitiría un acceso a Dios sin obstáculos. No obstante, en Jesús vemos a un hombre que tenía perfecto acceso a Dios y, sin embargo, permaneció en medio de la humanidad y de sus problemas más acuciantes. Enfrentó las dificultades y las cargas del mundo que lo rodeaba: “Afirmó su rostro para ir a Jerusalén”. El saber que tenía el punto de vista de la minoría nunca lo hizo aislarse.

Hoy en día muchas personas procuran evadirse de las crisis que existen en su sociedad, aunque al mismo tiempo temen formar parte de la minoría. Es cierto que esto los libra, en diversos sentidos, de las cargas de nuestra sociedad, pero simplemente porque se rehúsan a tomarlas; aunque en Él, estas son fáciles de llevar.

Un psicólogo profesional me dijo una vez: “Nunca lleve los problemas del consultorio con usted a casa”.

Mi respuesta fue: “El día que no me lleve los problemas del consultorio a casa dejaré de aconsejar”. Si mi hija me contara que su matrimonio se está derrumbando, ¿le daría tan solo una hora de mi tiempo y le diría: “¡Ese es todo el tiempo que tengo! Ya no puedo seguir pensando en tus problemas”? ¡Por supuesto que no! Llevaría la carga en el Señor hasta que el problema estuviera resuelto. Si un hermano o hermana en Cristo me enviaran un hijo que está pasando por el mismo conflicto matrimonial, también tomaría la carga hasta que el problema estuviera resuelto.

¡El Cristo en el cual permanecemos llevó las cargas de todo el mundo! Al participar de la vida de Él, podemos cargar con los problemas de quienes nos rodean sin que nos aplasten. No necesitamos aislarnos del mundo por el temor a las dificultades de otros o de formar parte de la minoría. Jesús se mantuvo firme, y debido a que participamos de Su vida, ahora nosotros también estamos firmes.

Permítame preguntarle si está contento con pertenecer a la minoría; no solamente con respecto al mundo sino también, muchas veces, precisamente dentro de la comunidad cristiana. Si permanece en la vida de Cristo, los principios celestiales y singulares de Él fluirán a través de usted y *será* una persona diferente. La mayoría enfatiza los grandes logros; la minoría debe probar su fidelidad en los pequeños. La mayoría promete una solución inmediata para todos los problemas con solo seguir una fórmula; la minoría enseña una libertad de momento a momento que proviene de nuestra comunión con Cristo. La mayoría señalará continuamente que tienen lo que otros no; la minoría ve lo que otros no pueden ver –la plenitud de Cristo en cada creyente– y trabaja para revelar este tesoro a todo aquel que ya lo posee. La mayoría señala la evidencia de la grandeza de su fe por medio de resultados inmediatos; la minoría dice que la fe aumenta en proporción directa al tiempo que podemos esperar sin recibir. La mayoría pone el énfasis en el conocimiento, en un cuaderno de anotaciones lleno y en un corazón apesadumbrado que lleva cargas que únicamente Cristo puede llevar; la minoría exhibe un corazón lleno de amor hasta rebosar. La mayoría asume una postura rígida con respecto a la ley, hablando del juicio de Dios y haciendo que los creyentes se vuelvan competitivos o desesperanzados; la minoría revela la gracia y la compasión de un Dios que nos ama, quien nos recibirá a pesar de nuestros fracasos cuando simplemente nos volvamos a Él con un corazón arrepentido. La mayoría enfatiza el conocimiento del Libro; la minoría enfatiza el conocimiento del Autor. La mayoría hace una lista de los pasos diarios necesarios para asegurarse de tener a Dios cerca de ellos, mientras que la minoría habla de lo que hace Dios para asegurarse de tenernos a nosotros cerca de Él. El término favorito de la mayoría es *cambiar*; la minoría dice por fe que debemos *expandir* lo que ya tenemos en Cristo.

La mayoría colocaría a los creyentes gafas especiales que únicamente les permitirían ver lo que se debe hacer, de manera que se esforzaran *para* alcanzar la santidad; la minoría quiere que todos vean lo que Cristo ha hecho por ellos, que tomen aliento porque pueden trabajar *a partir* de la santidad de Él (1 Pedro 2.9-12). La mayoría no permite al nuevo creyente disfrutar de su nueva vida, sino que inmediatamente le impone cargas. La mayoría nunca separa lo que es del alma (conocimiento, capacidad, talento y apariencia) de lo que es del espíritu. La minoría encuentra su fortaleza en el Espíritu y no pone su confianza en la carne. La mayoría enseña que debemos generar la fe y aferrarnos a la verdad; la minoría sabe que las cosas de la fe se reciben. La mayoría dice: “Esfuézate por ser como Cristo”; la minoría reconoce que somos uno con Él en el espíritu. La mayoría se presenta delante de Dios confiada en su desempeño, sabiendo que se han ganado el derecho a una audiencia; la minoría se arrodilla ante Dios esperando ser oídos porque el Hijo obtuvo la audiencia. La mayoría señala a los hombres más débiles como prueba de la necesidad de un Salvador; la minoría reconoce que son los fracasos de los más talentosos y cultos lo que demuestra nuestra necesidad de un Salvador. La mayoría es fatalista y no vislumbra gozo hasta que estemos en el cielo en el futuro; la minoría ha encontrado la verdadera vida en el presente y está llena de esperanza. La mayoría dice: “Haz lo correcto”; la minoría simplemente alienta a elegir bien. La mayoría centra la atención en nuestros pecados para destacarlos, mientras que la minoría promueve la respuesta a nuestros pecados. La mayoría dice que debemos estar de acuerdo en todas las doctrinas; la minoría sostiene que debemos estar de acuerdo en mantener una

actitud de amor. La mayoría sigue una enseñanza, mientras que la minoría sigue al Maestro. La mayoría se ofende fácilmente creyendo que su actitud es justificada; la minoría vive según el absoluto espiritual que no importa cuál sea la ofensa, se nos ordena amar sin excusa.

Si usted permanece en Cristo y participa de Su vida, vive en la minoría. ¿Le complace estar allí? ¡No existe un lugar mejor! Aquí usted permanecerá firme aunque se presenten muchos obstáculos, pruebas, problemas, dificultades en el matrimonio, un hijo rebelde, un trabajo que no lo satisface y mucha resistencia. Debe mantenerse firme, porque si retrocede ante alguna de estas cosas estará apartándose del Dios que lo ayudará a superarlas, y buscaría los ídolos del pasado para tratar de vencer los problemas. Jesús, estando en la minoría, se mantuvo firme. Nosotros también participamos de esa vida.

Victoria sobre el enemigo

“Yo veía a Satanás caer del cielo como un rayo. He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará” (Lucas 10.18-19). Luchamos contra un enemigo derrotado. No debemos olvidarlo. Luchamos *a partir* de una posición de victoria, no *para alcanzarla*. ¡Participamos de una vida que venció al enemigo! Aunque Satanás es feroz, está derrotado.

En una oportunidad, después un largo día durante el cual discipulé a personas que habían estado cegadas por el enemigo, me sentí guiado a orar de manera específica, al observar claramente las estrategias del enemigo a través de los hoyos que estaba cavando para hacer caer a los desprevenidos. Estaba tan concentrado en el poder del enemigo, su engaño y su habilidad para confundir, frustrar y destruir, ¡que todo lo que podía ver era el hoyo, el hoyo, el enemigo y el hoyo!



La semana siguiente observé algo maravilloso: El hoyo que el enemigo había cavado llevó al creyente a una condición de tanta infelicidad que este se volvió a Dios con un deseo renovado de mantenerse en una comunión constante, de momento a momento con el Hijo.

Con la tierra que Satanás sacó del hoyo al cavarlo, se formó una montaña que conducía hasta la presencia de Dios. El enemigo jamás podría haber sido convencido de edificar una montaña para Dios, pero cavó activamente un hoyo que resultó indirectamente en una montaña. He visto una y otra vez cómo Dios hace de esa clase de hoyo una montaña de éxito. Por eso, permita que cada obstáculo, derrota, circunstancia adversa y experiencia tanto de 1 Corintios 4 como de 2 Corintios 4, sean las montañas que lo conduzcan a la presencia de Dios. Nunca tenga temor del hoyo; con expectativa por los resultados, ¡permítale a Cristo colocarlo en la cima de la montaña!

La vida sencilla

Nuestro deseo es que la vida de Cristo y Su victoria en la cual participamos se convierta en mucho más que una simple enseñanza; deseamos que se convierta en nuestro estilo de vida. Pero, ¿cómo? Simplemente al estar en Él. En el mundo padecemos tribulación; en Él tenemos paz. Pero ¿cómo? preguntará usted nuevamente. A través de aceptar el hecho que estamos en Él, no por esfuerzo propio sino porque Él nos colocó allí el día que nacimos de nuevo. Usted participa de Su vida, de modo que puede decir: “Cristo es mi vida”. Estas palabras afirman lo que es cierto. A menudo me han acusado de enseñar un método que es demasiado simple para creerlo; precisamente este es el obstáculo para un mensaje de fe y nada más. Millones de creyentes todavía encuentran difícil, si no imposible, llevarlo a la práctica.

La vida profunda en Cristo es más apropiada para los muy débiles, una categoría en la cual todos nos encontramos, aunque pocos lo admiten. El hombre necesita al Creador para mantener su frágil existencia. Quienes reconocen la dependencia están dispuestos a confesar: “No puedo vencer. No hay modo de hacerlo. Lo intenté todo y lo prometí todo pero sin resultado; ahora solo puedo decir que Cristo es mi vida”. Una vez que hacemos esta declaración, experimentamos el hecho. La vida de Cristo fluirá en medio de cada dificultad, en toda situación inesperada, en cada batalla y en cada relación. ¿Por qué? ¡Porque Él dice que es nuestra vida! Él está *con* nosotros y *en* nosotros; Él es la Vid y nosotros las ramas; es así porque Él dice que lo es. ¡Esto es la fe! ¡Esto es suficiente! No necesitamos pruebas experimentales ni emocionales sino solamente que Él nos lo diga. ¡Esta es la vida que permanece!

Pasajes bíblicos citados Antiguo Testamento

Pasaje	Páginas	Pasaje	Páginas
Génesis	68	Salmos 23.2, 5-6	82
Génesis 3.10	35	Salmos 25.14	42
Génesis 15.8	24	Salmos 27.8	42
		Salmos 29.4	83
Éxodo 16.9, 12	19	Salmos 29.5	83
		Salmos 29.8	83
Deuteronomio 1.21	42	Salmos 33.18	42
Deuteronomio 1.29	42	Salmos 40.8	52
Deuteronomio 3.2	42	Salmos 73.16-17	74
Deuteronomio 4.7	19	Salmos 111.10	42
Deuteronomio 4.30-31	20	Salmo 139	47, 65, 81
Deuteronomio 30.4-6	20	Salmos 139.7	73
Jueces	19, 21	Proverbios 22.6	24
Jueces 14.6	21		
Jueces 14.8	21	Isaías 19.20-22	20
Jueces 14.14	21	Isaías 26.16	19
		Isaías 44.22	21
1 Samuel 6.4	20	Isaías 55.7	21
1 Samuel 7.3	20	Isaías 66.4	80
2 Samuel 22.7	19	Jeremías 3.12	21
		Jeremías 3.22	21
1 Reyes 8.48-50	20	Jeremías 15.19	21
		Jeremías 24.7	21
2 Crónicas 6.24-38	20	Jeremías 29.13	42
2 Crónicas 15.4	19		
2 Crónicas 20.9	19	Lamentaciones 3.21-24	81
2 Crónicas 30.6-9	20	Lamentaciones 3.40	61
Job	44, 57, 91	Oseas 6.1	21
Job 2.10	37	Oseas 14.1, 4	21
Job 22.23	20		
Job 37.4	83	Jonás 2.2	19
Job 40.9	83		
		Zacarías 1.3	20
Salmos 6.3-4	20	Zacarías 3.2	44
Salmos 18.6	17		
Salmos 22.23	42	Malaquías 2.16	66
		Malaquías 4.6	21

Pasajes bíblicos citados Nuevo Testamento

Pasaje	Páginas	Pasaje	Páginas
Mateo 4.9	43	Juan 11.6	91
Mateo 4.10	43	Juan 13.27	91
Mateo 5	50	Juan 13.38	25
Mateo 6.10	52	Juan 14.9	66
Mateo 7.13-14	27	Juan 14.12	23
Mateo 10.21	48	Juan 15	51, 66
Mateo 10.28	42	Juan 16.33	86
Mateo 16.17-19	25	Juan 17.11-12	66
Mateo 16.23	25		
Mateo 17.1-9	86	Hechos 6.2-4	52
Mateo 19.7-8	64	Hechos 13.22	53
Mateo 23.23-24	96	Hechos 15.36-41	53
Mateo 26.34	25	Hechos 16.7	53
Mateo 28.20	82	Hechos 17.28	47
		Hechos 20.24	53
Marcos 3.35	52		
Marcos 8.33	25	Romanos 12.2	60, 72
Marcos 14.30	25	Romanos 12.2-3	52
		Romanos 16.20	44
Lucas 5.8	35	Romanos 4.20-21	56
Lucas 6.26	48	Romanos 6	85
Lucas 10.18	44	Romanos 8.32	16
Lucas 10.18-19	99	Romanos 8.38-39	74
Lucas 15.11-32	24		
Lucas 16.10	88	1 Corintios 3.16	76
Lucas 17.20-21	75	1 Corintios 4	100
Lucas 18.17	80	1 Corintios 4.12-13	39
Lucas 22.31-32	44	1 Corintios 4.9-13	11
Lucas 22.34	25	1 Corintios 6.17	66
Lucas 23.34	92	1 Corintios 7.15	66
		1 Corintios 12.12	66
Juan 1.4-5	43		
Juan 1.14	86	2 Corintios 1.3-4	22
Juan 4.31-34	72	2 Corintios 4	100
Juan 4.34	53	2 Corintios 4.8-10	12
Juan 5.39	76	2 Corintios 4.10-12	40
Juan 6.33	86	2 Corintios 4.11	22
Juan 8.12, 31-32	79	2 Corintios 4.17	14
Juan 10.27	79	2 Corintios 11.3	56
Juan 10.30	66		

Pasajes bíblicos citados – Nuevo Testamento (Continuación)

Pasaje	Páginas	Pasaje	Páginas
Gálatas 2.20	75, 85	Hebreos	83
Gálatas 4.9	68	Hebreos 2.3	52
Gálatas 4.15	69	Hebreos 3.7-8	83
Gálatas 4.19	75	Hebreos 11.1	23
Gálatas 5.4	69	Hebreos 12.1-2	34
Gálatas 5.13	69	Hebreos 13.2	52
		Hebreos 13.16	52
Efesios 1.19	70		
Efesios 2.4-7	74	Santiago 1.2-3	25
Efesios 3.17	75	Santiago 1.12	25
Efesios 4.15	21	Santiago 4.7	44
Efesios 5.15-21	52	Santiago 4.15	53
Efesios 6.11	44		
Filipenses 1.6	16	1 Pedro 1.6-7	23
Filipenses 2.13	59	1 Pedro 2.9	44
Filipenses 3.3	81	1 Pedro 2.9-12	85, 98
Filipenses 3.13-14	62	1 Pedro 3.15	75
Filipenses 4.8	60	1 Pedro 5.8	21
		1 Pedro 5.10	21
Colosenses 1.27	75		
Colosenses 3	85	1 Juan 1.9	7
Colosenses 3.4	97	1 Juan 2.16	15
Colosenses 3.12-14	56, 65	Apocalipsis	68
1 Timoteo 4.14	52		

**Otros libros del Dr. Wells traducidos al español, publicados por
Abiding Life Press
una división de Abiding Life Ministries International**

Perdido en el desierto

Cómo hacer suya la victoria de Cristo y vivir la vida abundante

Discipulado celestial

El testimonio de la plenitud de Cristo que habita en cada creyente

El yo único

Cómo comprendernos a nosotros mismos y a los demás

En traducción: *Mi debilidad, Su fortaleza*

El primer tomo de una serie de libros de lecturas devocionales

*Todos estos y otros materiales pueden descargarse gratuitamente
de la página del ministerio, en archivos PDF.*

Abiding Life Ministries International fue fundado por el Dr. C. Michael Wells en 1989, como un ministerio de discipulado a través del cual los miembros del cuerpo de Cristo pudieran capacitarse para ministrar eficazmente a creyentes y a no creyentes que están desalentados. Este objetivo se cumple a través de la distribución de materiales gráficos y audiovisuales, y de seminarios y talleres dictados en iglesias en todo el mundo. Si usted desea más información respecto del ministerio, actividades y recursos de ALMI en idioma español, visite:

www.michaelwellsespanol.com

o escriba a:

almiespaniol@gmail.com

Encuéntrenos en Facebook en
Michael Wells Español y en ***Abiding Life Ministries International***.

Abiding Life Ministries International
P.O. Box 620998
Littleton, CO 80162
EE.UU. de Norteamérica
www.abidinglife.com
abidinglife@aol.com



¿Los problemas personales le impiden disfrutar de la conciencia de la presencia de Dios? ¿Ha perdido la oración su vitalidad para usted?

¡Aquí hay ayuda!

Los cristianos tienen tantos problemas como cualquier otra persona. Crisis financieras, conflictos matrimoniales, enfermedades, soledad, divisiones en la iglesia –lo que sea–, los cristianos también los tienen.

Los problemas suelen causar desánimo, pero a veces acentuamos ese efecto al suponer que son el castigo de Dios por nuestras malas acciones o errores pasados. Esto resulta especialmente cierto si no logramos ver a Dios presente y obrando en nuestra vida, si no disfrutamos de una vida de oración gratificante o si nuestra relación con Dios parece algo lejano.

En *Los problemas, la presencia de Dios y la oración*, Michael Wells nos muestra cómo podemos experimentar el gozo de caminar más cerca de Dios. A través de enseñanzas bíblicas y ejemplos de la vida real, destaca la manera en que nuestro amoroso Padre celestial usa los problemas para acercarnos más a Él por la fe y no para rechazarnos ni alejarnos de Su presencia. Este libro le ayudará a descubrir que a menudo prolongamos una prueba por aplicar nuestros propios métodos para superarla –entre otros, discutir, deprimirnos, trabajar sin descanso o enojarnos– en lugar de rendir a Dios el control total de la situación.

Michael Wells fue el fundador y Director Ejecutivo de Abiding Life Ministries International, y el autor de *Perdido en el desierto; Discipulado celestial; Mi debilidad, Su fortaleza* y *El yo único*, además de otros títulos en inglés.

Desde el fallecimiento de Michael en octubre de 2011, su esposa Betty ocupa el cargo de Directora Ejecutiva.



Abiding Life
Ministries International

P.O. Box 620998
Littleton, CO 80162
EE.UU. de Norteamérica